



LOS PAJAROS EXOTICOS

Novela

Seudónimo: Belgiorno

Algunos datos sobre los personajes
principales de esta novela.

- Yrigoyen: presidente argentino derrocado por el general Uriburu.
- Satuszeck: famoso corredor de automóviles.
- Agustín Magaldi: famoso cantor de tangos.
- Ernesto Blanco: famoso corredor de automóviles.
- Sabattini: gobernador de Córdoba, alias el Orejudo.
- Cantoni: caudillo político sanjuanino.
- Gral. Uriburu: militar argentino.
- Dr. López: médico aficionado a la política.
- Pedro: admirador de Satuszeck.
- Juan : admirador de Pedro.
- Tío Juan,
tía Pina,
tía Elena,
el abuelo,
la abuela,
tío Rupli : personajes fabulosos.

INDICE

Capítulo I.....	3
Capítulo II.....	15
Capítulo III.....	24
Capítulo IV.....	36
Capítulo V.....	49
Capítulo VI.....	66
Capítulo VII.....	89
Capítulo VIII.....	96
Capítulo IX.....	111
Capítulo X.....	130
Capítulo XI.....	148

Capítulo I

Cuando bajó del tren sintió que aumentaba :
ver algo maravilloso. Extendió la vista y vio vagones cargados con piedras blancas, montones de leña, algunos burros. Avanzó unos pasos con la valija en una mano y oyó la voz de la tía Elena, todavía en el interior del tren, que lo llamaba.

- Juan, ayudame - decía la voz.

Su tía bajaba en ese momento, cargados los brazos con valijas y otros objetos. Le costaba hacerlo porque era un poco gorda. El dejó su valija en el suelo y se acercó para ayudar. Ella sonrió y se compuso el sombrero. Había sol pero hacía frío. Era un sol ardiente y grande, hacia el ocaso, pero el aire se sentía en la piel, frío y áspero. Se subió las medias hasta cerca de las rodillas y después miró a su tía, que buscaba algo con la vista, hacia puntos distintos.

- El muy sinvergüenza no vino - dijo, y tomó las valijas que había dejado un instante en el suelo.

- ¿Quién? - preguntó.

- Pedro - respondió ella.

El niño vio que la Estación, baja y con techos de teja, se prolongaba un poco más hasta un puente, y luego proseguían las vías, infinitamente, las vías por donde había venido. Sobre una pared vio un grifo llamativo, adornado con azulejos pintados con un motivo relacionado con el agua, y enseguida oyó la campanita trivial que anunciaba la partida del tren. Como habían bajado por el lado opuesto al andén, él atisbaba todo esto entre dos vagones, y ahora tendrían que esperar hasta que el tren partiese, para cruzar las vías e iniciar la marcha. El niño pensó que la Estación de la gran ciudad que había dejado se prolongaba hasta aquí, de modo que, hasta que saliese de la Estación donde ahora estaba, aquella ciudad no acabaría, como si las vías que habían recorrido durante tantas horas fuesen una simple prolongación de la ciudad. Después

vio a la tía Elena, parada, con los paquetes y las valijas, mientras el viento le alzaba un poco el ala del sombrero blanco y el ruedo del vestido. El tren pasaba, en tanto, majestuoso, vaya a saber hacia dónde, pero él podía ver, pese a la mole negra del tren, podía ver por encima de sus chimeneas las montañas lejanas, Antes había oído hablar de ellas. Eran realmente magníficas. Jamás hubiese creído que fuesen tan altas y azules.

Cuando el tren acabó de pasar y él y su tía cruzaron las vías para emprender la marcha, vio otra vez las montañas, igual que durante el paso del tren.

- No, no ha venido, ni el tío Juan tampoco- dijo su tía, mirando la galería de la Estación, casi desierta, y ahora el ala de su sombrero blanco parecía una cosa decidida, como si formara parte de la expresión de su cara.-Y vamos a tener que apurarnos-dijo como pensando-porque aquí anochece de golpe.

Salieron de la Estación, y a Juan le llamó la atención lo abrupto de las calles, subiendo y bajando, con piedras brillantes a la vista. El tren había traspuesto el puente vecino y ya no había memoria de él; el ruido y el humo se perdían a lo lejos y una paloma cantaba en cambio en algún lugar próximo.

En una plazoleta vecina murmuraba un grupo de gente, alrededor de una tribuna. En lo alto de ella, por un altavoz, crecía una marcha militar. La música cesó de pronto y una voz fría y electrificante invitaba a la gente a concurrir, "por una Argentina más grande y poderosa".

- El muy sinvergüenza - decía su tía como para sí, y Juan sentía que sus deseos permanecían intactos. En verdad todo era casi maravilloso debajo de ese sol calcáreo y frío que le hacía arder las mejillas.

Cuando dejaron atrás la plazoleta miró otra vez las montañas, tan altas y azules como el ya olvidado humo del tren, y las calles que subiendo y bajando parecían montañas también, con casitas chatas y llenas de flores.

- ¿Te gusta? - preguntó la tía Elena, como si supiera que él

esperaba un acto maravilloso para el final del viaje.

Murmuró algo sin despegar los labios, entregado a la contemplación. Sabía que todo viaje tenía por objeto el ^{descubrimiento} ~~descubrimiento~~ de algo que pudiese ser contemplado largamente. Y aunque no veía nada de aquello a simple vista, presentía que algo había, oculto en cualquier parte del camino.

Subían ahora por una calle llena de piedras a flor de tierra, que brillaban bajo el sol. Desde las casitas pintadas la gente se asomaba para ver pasar a Juan y a su tía ^{Elena,} ~~teresa,~~ que jadeaba ya con el peso de las valijas.

-El muy atorrante - musitó su tía, y haciendo un alto puso las valijas en el suelo. Sacó de la cartera, que le colgaba de un brazo, un pañuelo chiquito, con el que se secó la frente, donde el polvo, adherido a las finísimas gotas de sudor, formaba una capa oscura. Se limpió la frente rozando casi con el pañuelo la blanca ala del sombrero, que proyectaba una sombra sobre la mitad de su cara.

Un burro se acercó y se puso a oler las valijas.

-¡Fuera! - exclamó su tía mientras él alzaba el brazo y le palpaba el anca y veía que desde allí salía una nube de tierra.

-¡Fuera he dicho! - gritó su tía, como si el burro estuviese obligado a oírlo, y Juan vio en eso que su tía se estaba sacando los zapatos, que encajó en los hilos de uno de los paquetes.

El burro siguió su incierto camino y la tía alzó las valijas.

- Vamos - dijo señalando con la cabeza la otra orilla de la calle, donde había un pasto corto y muy verde-. Yo no aguanto los zapatos - añadió como para sí, y él vio que su tía ahora caminaba más rápido.

El niño pensaba, mientras subía oyendo el jadeo de la tía, que la gran ciudad adonde habían quedado sus padres terminaba definitivamente en la Estación del pueblo. Se acordaba de la conversación de su mamá y de las interrupciones de su padre, que se paseaba por el cuarto con la pipa en la mano.

"-Yo siempre dije que Buenos Aires no sirve para los chicos - había dicho su mamá - y ahora el pobrecito - en este punto había

llorado con la voz, la voz se había ahuecado, debilitado, casi hasta cortarse en un punto - y ahora el pobrecito"...

"- El aire del campo lo curará en pocos meses"- había dicho su tía, tan extraña e indecisa allá en la ciudad y que ahora, en cambio, caminaba tan decidida hacia la parte alta del pueblo, como si ella y él se dirigiesen directamente a la montaña.

Su papá, llevándose la pipa a la boca, se había acercado a él y tomándolo por los hombros le había dicho:

"-Tené cuidado de que los burros no te coman la corbata".

La tía Elena había sonreído y él siguió con los ojos a la madre, que se iba a llorar a la cocina, según su costumbre. Y mientras la tía le decía que allá había miles de burros para que anduvieran los chicos, él oía el lloriqueo suave de su madre junto al ruido de las tapas de las cacerolas y al humo que de ellas salía al destaparlas.

Su tía, que le llevaba ahora algunos pasos de ventaja, se detuvo en el punto más alto del camino y volvió a sacar su pañuelito. El llegó y miró hacia abajo la misma calle que un instante antes parecía terminar allí y que ahora se prolongaba en bajada, atravesada de vez en cuando por un sukky o un camión paquidérmico.

Su tía alzó un brazo y le señaló la distancia con un dedo.

- Allá es la casa - dijo.

Pero Juan no veía lo que su tía señalaba, y su vista abarcaba en cambio todo el valle, los techos rojos de las casas bajas, las manchas verdes y un arroyo al final de la bajada.

Los sucesos que había evocado hasta ese momento se detuvieron bruscamente ante las palabras de su tía, y desaparecieron al contemplar el valle. Pero ahora volvían otra vez; el padre se sacaba la pipa de la boca y proseguía su paseo por el cuarto, y la madre levantaba la tapa de una olla, de la que salía un vapor casi blanco que le cubría la cara y sólo dejaba ver los cabellos, largos y lacios, peinados hacia atrás.

Una especie de camión que hacía mucho ruido al saltar sobre las piedras a flor de tierra pasó junto a ellos y se lanzó cuesta abajo, haciendo más ruido todavía.

- ¡Tío Rupil, tío Rupil! - gritó su tía, pero el vehículo había

llegado ya adonde la voz no podía ser audible.

- El tío Rupil - dijo su tía Elena -.El pobre no ve casi nada. No nos ha conocido.

El había alcanzado a ver los bigotes del tío Rupil. El vehículo, por su parte, no parecía ni automóvil ni camión. El tío Rupil mismo, según supo después, había hecho la carrocería.

- Sinvergüenza - musitó su tía.

- ¿El tío Rupil? - preguntó él.

- No, Pedro - dijo la tía Elena, y el ala del sombrero pareció bajarse en ese instante, como si fuese una gran ceja que se ceñía para indicar severidad o enojo.

Pensó que el tío Rupil lanzaba a tientas su vehículo por las calles del pueblo, que conocía sin duda de memoria, y sólo este sentido, esta memoria, le permitían no caer en las runetas o chocar contra alguno de los altos molinos de viento de los muchos que se veían desde allí. Inmediatamente después olvidó al tío Rupil y se acordó del día ^{en} que su tía llegó a Buenos Aires. Su papá no estaba, y la tía, sentada en la cocina, al lado de su madre, chupaba el mate con fuerza y decía apenas recibí la carta me vine. Su madre también dijo algo, pero no podía recordar sus palabras sino el cabello lacio hacia atrás, y el humo que salía de las ollas. Papá quería que viniera Juan, pero desde que vino del servicio militar anda metida en la política, insistía, a través del recuerdo, la voz de la tía Elena, la misma voz conque ahora decía el muy sinvergüenza. Cuando la tía Elena llegó, él estaba en el patio del departamento y oyó claramente el ruido del puño sobre la puerta. Podía verlas, a su tía y a su madre, en dos actitudes que no eran cronológicas pero que ahora lo parecían, a través de las vías del tren. Cuando la madre abrió la puerta, se abrazaron y lloraron un rato y después estaban tomando mates ^{de} juntas en la cocina. A él le había asombrado la cara grande ^{de} la tía Elena, llena de granitos bajo la piel casi roja, y había pensado que allá en la aldea todos eran como ella. Hablaba con un sonido pegajoso que poco después pudo advertir sólo en algunas palabras aisladas.

"-¿Querés venirte con la tía Elena?"- había dicho la tía Elena después.

Había otras cosas que no recordaba, como si hubiesen ocurrido en un tiempo lejano. Y después de ese tiempo lejano venía el padre, que a los cinco minutos de llegar estaba burlándose de la tía y del pueblo de donde ella venía. Hablaban de la escuela, adonde él iría, dentro de algunos meses, por primera vez. Su papá tenía la pipa en la boca cuando decía:

"- Para entonces estará tan sano como un tigre y podrá volver acá. De lo contrario - y miró profundamente a su tía sacándose la pipa - habrá que comprarle un burro para que vaya al colegio. Porque supongo que hay una escuela, y que está lejos, ¿no?" - dijo finalmente mirando más hondo a su tía sobre los anteojos y llevándose otra vez la pipa a la boca con sus anchos dedos. La tía Elena dijo que era cierto que la escuela estaba lejos, pero que andar en burro no era una deshonra. La cara de su tía, en Buenos Aires, era una cosa realmente atractiva. Era más o menos como su madre, un poco más baja y más alegre. Tenía unos músculos enormes por todas partes. La cara de su tía entre las paredes oscuras del departamento había sido para él un indicio verdaderamente bueno de algo que se acercaba, la premonición de sucesos felices en otra parte. Tomaba el mate chupando con fuerza, hasta no dejar una sola gota de agua en el fondo de la yerba. Su papá la había querido llevar a conocer el puerto y el zoológico, pero ella prefirió quedarse, durante esos tres días, tomando mate en la cocina.

Fueron tres días muy lindos. Su mamá ya no lloraba como cuando llegó la tía, y su papá estaba divertidísimo burlándose a cada rato de ella y de su pueblo. "Tenés que tener mucho cuidado con los burros, porque pueden comerte la corbata", le decía a él. Cuando la tía, refiriéndose vagamente a su enfermedad, ~~había~~ motivo del traslado, hablaba del aire, tan sano, su papá la interrumpía para decirle que efectivamente el aire era muy sano allá, y que siempre había aire porque ponían enormes ventiladores afuera, en medio del campo. Su tía sonreía entonces, y él ahora se daba cuenta de que los ventiladores mencionados por su papá eran los molinos de viento que ahora tenía ante sus ojos, con sus letras negras pintadas en las aletas de zinc. Su papá hablaba todo el tiempo con su tía,

però en realitat se dirigia a él, quería que él oyese todo y se riera como él de las cosas del pueblo de su tía, que era también el de su madre. Y el último día su papá le contó a la tía lo de la revolución.

Cuando llegaron al arroyo, su tía volvió a soltar las valijas y sonrió. El arroyito pasaba tranquilamente por el medio de la calle y luego seguía su curso a la derecha, entre casas y matorrales. Juan se agachó y alzó algunas piedras de varios colores, que guardó en los bolsillos. Su tía le dijo que de esas piedras había por todas partes, hasta en el patio de la casa, y que no se molestara en juntarlas allí. Le dijo también que ese arroyo pasaba al lado de la casa adonde iban.

- Esas piedras - prosiguió - las usan los chicos para la honda. Pero vos no tenés que usar honda, como ese sinvergüenza.

- Pedro - afirmó él.

- Pedro - dijo su tía.

Para cruzar el arroyo había que ~~avanzar~~^{cominar} sobre unas piedras trastabillantes. A él le costó algún trabajo mantener el equilibrio sobre las mismas. La tía lo hacía con naturalidad.

- Ya te vas a acostumbrar - le dijo.

Ahora el camino subía otra vez en medio de dos hileras de postes de la luz. Su tía alzó las valijas, que había dejado del otro lado del arroyo para ayudarle a cruzar, y vio que el vestido y el sombrero estaban ya casi negros de tierra. El aire no era frío ahora, y sentía que el cuerpo le sudaba bajo la blusa.

- Pero es mentiroso tu papá - dijo de pronto la tía.

La tía Elena dijo después otras palabras que fueron haciéndose cada vez más agudas y jadeantes, a medida que subían la cuesta, hasta ser después sólo un jadeo. El entonces, tomando el hilo de las palabras de su tía, pensó en lo que su papá le había contado de la revolución, tan distinta a las que narró otras veces a otros parientes del interior del país.

"- ¿Y para la revolución?" - había dicho su padre el segundo día. "Creí que nos mataban a todos" - proseguía, poniéndose la pipa en la boca, pero con la actitud y la seguridad de un héroe.

La tía Elena había abierto los ojos.

"- Yo y Contreras estábamos en la Plaza ~~del~~ - decía como si Contreras fuese una especie de ayudante de él, alguien que le tenía los largavistas, aunque Juan sabía que Contreras fue el que vino a la casa, durante esos días, como huyendo, y contó todo lo de la revol^ución y trajo la bandera que su papá guardaba en el repero como un trofeo, con algunos recortes de diarios cuidadosamente doblados -. Nos tiramos contra el cordón de la vereda, mientras las balas rebotaban cerca de mi cabeza".

Juan pensaba ahora que su tía tenía algo de razón, porque los dos estaban juntos contra el cordón de la vereda, pero las balas rebotaban únicamente cerca de la cabeza de su papá.

" -Pero es mentiroso tu papá " - parecía interrumpir la voz de la tía, el relato del padre.

"- Yo y Contreras íbamos a salvar a Yrigoyen, pero los enemigos, bien apostados por allí cerca, no nos dejaban avanzar. En eso Contreras me dijo que nos separáramos, uno para cada lado, y me arrastré como pude, con riesgo de mi vida, hasta la otra vereda. Las balas me silbaban por la cabeza. Los bárbaros estaban haciendo fuego cruzado".

La tía Elena había abierto los ojos y la boca, mirando fijamente a su papá; de lo contrario hubiera advertido los gestos de la madre, que le hacía señas para decirle, sin propósitos de interrumpir al padre, que eran puras mentiras. Su papá, en un momento dado, hasta se sacó la pipa de la boca para imitar el ruido de los revólveres y de los fusiles. Juan, por su parte, oía maravillado esta nueva versión de los hechos.

"- Entonces Contreras y yo nos miramos y avanzamos juntos, cada uno al lado de su cordón de vereda. Como las balas que tiraban esos bárbaros me pasaban cada vez más cerca, tuve que sacar mi revólver, ese que tengo en el repero, un Smith y Wesson bastante pesado. Me arrastré como pude hasta la esquina, donde había algunos bultos que me servirían de trinchera, y cuando llegué vi que Contreras se retorció contra el cordón; estaba herido".

La tía Elena hizo un gesto de horror. A Juan se le ocurrió, al oírle el jadeo cada vez más fuerte, que el ala del sombrero blanco era ahora como una flecha que indicaba el camino hasta la

casa, y que debían apurar más el paso para llegar pronto y descansar de la caminata. Habían llegado a la cumbre otra vez, donde parecía terminar el camino, pero el mismo proseguía en otra bajada profunda, donde las casas eran ya raras y se multiplicaban en cambio los molinos.

La tía se detuvo nuevamente y se pasó las manos por los pies.

- ¿Quedan lejos las casas? - le dijo mirándolo con la cara muy cerca del suelo, mientras se acariciaba los pies. Le preguntaba si la casa quedaba lejos, como si él se lo hubiera preguntado a sí mismo mentalmente -. Después de estaba bajada doblamos y llegamos - agregó, y tomó las valijas.

Juan siguió con sus evocaciones, como si las mismas fuesen necesarias para recorrer todo el trayecto. Vio de pronto llorar a su madre, pero la voz del padre volvió en el acto, cálida y persistente:

" - El pobre Contreras estaba herido. Después de mirar a todos lados, y pensando en mi mujer y en mis hijos, crucé la calle mientras las balas picaban sobre el pavimento. Tomé a Contreras por los hombros y lo arrastré hasta el refugio donde yo estaba. En eso, mientras le vendaba la herida con mi pañuelo, oí que en la otra cuadra pasaba una manifestación. Gritaban "Yrigóyen réventó Yrigóyen réventó". Yo y Contreras habíamos llegado demasiado tarde, porque Yrigoyen ya había caído, caía desde el último piso hasta la calle, y por detrás de él caían también sus pocos muebles, su cama de hierro, las sillas, los libros. Se pían bombas por todas partes, y, lejos de terminar las cosas, ahora venía lo peor".

Su tía seguía boquiabierta, pero quizás, pensaba ahora Juan, ya se hubiera dado cuenta de algún modo de que casi todo era invención de su papá.

" -¡Ziing!" - silvaban las balas en la boca, ahora sin pipa, de su papá. ¡Bang!" - respondían a su vez los revólveres desde la otra punta.

Y cuando su tía empezó a mirar alternativamente a su papá y a su mamá, como pidiendo más datos sobre los hechos, quizás alguna prueba, la voz del padre prosiguió, ahora con la pipa en la boca;

" - Entonces vino el momento culminante. Yo y Contreras no podíamos avanzar porque la manifestación estaba encima. Cuando me di vuelta, para volver y llevarme a Contreras, colgado aunque fuera de uno de mis brazos, vi que un grupo de unos noventa hombres avanzaba hacia nosotros. Gritaron: viva la revolución! y yo les contesté ¡muera! en momentos en que sacaba mi Smith y Wesson del bolsillo. Pero cuando apunté hacia ellos me di cuenta, con horror, mientras Contreras se desmayaba para siempre, de que mi revólver no tenía gatillo".

"- Pero es mentiroso tu papá"- parecía repetir ahora la voz de su tía, mientras bajaban por la calle, y Juan ocultaba cuidadosamente en su interior, con infinita simpatía, las otras versiones que solía hacer su papá de aquellos hechos remotos.

Después le mostraron la bandera, que su tía miró con ojos incrédulos. Era enorme y se suponía un trofeo de la revolución. Efectivamente, la había traído Contreras pocos días después, el nueve o el diez de septiembre, según había oído, vaya a saber de dónde. Y mientras la tía miraba esa prueba casi irrefutable de que algo era verdad, o de que por lo menos la revolución era cierta, su padre le leía, casi al oído, uno de los recortes. "Sienta esto - decía -: pueblo argentino, a las armas. Pero la gente se fue a las armerías. Este otro: todo argentino que tenga en su poder armas, elementos o ~~elementos~~ trofeos revolucionarios, será pasado por las armas sin formación de proceso .URIBURU".

Después prepararon las valijas y su papá los llevó en el auto hasta Retiro. Su papá, a cada rato, sacaba una mano y le indicaba:

" - Mire, Elena, allá ocurrió tal cosa; en esa esquina tal otra".

Su mamá le dijo que no mintiera más, y su papá, gravemente, dijo que no mentía, que nunca había mentido y que esto también era cierto.

En la Estación hubo otra vez llantos y las recomendaciones minuciosas: el frío, el calor, la sopa, el agua de arroz. Su papá le compró una revista y alargándosela le dijo:

" - Para que mirés las figuritas. Y despedite de la gente y llevala de recuerdo, porque allá lo único que vas a ver son cabras y burros".

Su tía lo pellizcó.

La madre interrumpía su llorar, iniciado en la casa, para hablar del jarabe, la fruta y la comida. No había que comer damascos verdes. Las tricotas de lana estaban en la valija chica por si hacía frío.

Habían llegado ahora al término de la bajada, y el camino proseguía en otra subida tan pronunciada que casi no se veían las montañas desde el lugar en que ellos estaban. Pero allí tenían que doblar, y su tía descansó otra vez. Ahora se sacó el sombrero almidonado y plegándolo sin consideración alguna lo encajó en el hilo del paquete, al lado de los zapatos. Su tía tenía un hermoso cabello rubio y ondeado. Se sacó también el collar, que guardó en la cartera.

- Allá - le dijo - están las casas.

Camaron un trecho y Juan vio el vehículo del tío Rupil, estacionado enfrente de una casa con verjas metálicas.

- Allí vive el tío Rupil - le dijo -; después vendremos a comer higos; maduran antes que en casa.

Juan, en tanto, se preguntaba adónde quedaría la casa que le había señalado antes su tía, porque en verdad él veía muchas. Cuando preguntó, su tía le dijo:

- La del eucalipto - y enseguida gritó:

- ¡Y está la nona! ¡Corré, Juancito!

En efecto, una mujer había aparecido a unos cien metros, y caminaba hacia ellos. Su tía corrió un trecho y después siguió caminando. Juan apuró el paso también. Detrás de la abuela venían un perro y un bulto que luego resultó ser un gato, con la cola para arriba.

Y como si su larga evocación hubiera sido absolutamente necesaria para el recorrido entre la Estación donde finalmente acababa Buenos Aires y el lugar adonde ahora estaba, Juan pensó una vez más en todo aquello que había dejado. Su papá había sonreído hasta último momento, y se había burlado de su tía, mientras la madre lloraba. Recordó el abrazo de ella, los besos ardientes, y a su tía, que también lloró. Los padres bajaron del tren y él quedó en el asiento, al lado de la tía Elena, con la revista en las manos.

Después, por la ventanilla, aparecieron ellos otra vez. Su mamá le dijo algo más a la tía, una frase con la palabra invierno, y su papá, entonces, poniéndole un billete de cien pesos en las manos le dijo que se portara bien y que guardara ese dinero en la libreta de ahorro. Su tía se había acomodado en el asiento, y el ala de su sombrero, entonces blanquísima, parecía casi una mariposa. Besó otra vez a los padres, a través de la ventanilla, y guardó el dinero en el bolsillo. "No saques la cabeza ni los brazos", dijo otra vez su mamá. Cuando el tren empezó a andar era como si ellos retrocedieran y el tren, en cambio, permaneciese quieto. Su papá volvió a sonreír, mientras abrazaba a su mamá, pero él vio fugazmente, en el último resto del cuadro de la ventanilla, y con el último resto de los ojos, vio que su papá sacaba un pañuelo del bolsillo alto del saco y se lo llevaba a los ojos.

CAPITULO II

El pueblito estaba lleno
de personas forasteras...

Miraba hacia adelante las primeras casas de comercio del centro del pueblo y el movimiento de caballos y automóviles, pero en realidad estaba percibiendo las impecables rayas de los pantalones recién planchados y el grato olor de la gomina.

Pensaba que podría ir un rato al bar "San Martín" (quizás la única distracción concreta) para jugar un rato a las cartas, o a la Estación, para ver si había llegado Elena (porque Pedro sin duda no iría), o al Comité, según se lo había aconsejado Aldo, "para enterarse de las cosas", pero sabía que sus pies, indefectiblemente, lo llevarían a la casa de Aldo, para ver a Elsa. Era como si las mismas rayas de los pantalones lo empujasen allá, después de tres días de vacilaciones, por aquello de la carta. Si no le hubiese enviado desde San Juan aquella carta que aún lo avergonzaba, ahora podría ir a la casa de Elsa sin problemas.

"Elsa", se dijo como evocando, y recordó un vestido amarillo. Era quizás el que ella tenía puesto en el baile de los conscriptos, cuando él viajó a San Juan para hacer el servicio militar. Le había gustado entonces su manera de reír y de hablar, y las trenzas entrevistas allá en la infancia, que no usaba desde hacía mucho tiempo.

- Chau, Juan - oyó a su derecha.

- Chau, respondió, recordando el baile de despedida: un cartel en lo alto de la entrada del Club, con letras (¿azules o rojas?) que decían gran baile de despedida de los conscriptos-dos grandes orquestas-dos-baile y diviértase esta noche, esto último con letras más chicas.

La orquesta que había quedado (una se retiró temprano) se nega-

ba a seguir tocando, y ellos, los muchachos y las muchachas, se habían reunido, parados, en el centro de la pista, para despedirse personalmente. Los músicos enfundaban sus instrumentos. El cantor conversaba en voz baja con una muchacha. Las últimas copas eran bebidas de un solo trago. Elsa reía, cada vez más fuerte. Norma lloraba porque el novio se iba. "Cantá, cantá", le dijeron de pronto. "No, no quiero cantar, hoy no canto", había dicho él, aunque tenía ganas de cantar. "Cantá, Juan", dijo la voz de Elsa, y él titubeó un momento y después cantó Adiós muchachos. Cuando terminó, todos aplaudieron, hasta el cantor de la orquesta, que se había acercado, con la muchacha, para oírlo. "Muy bien, pero muy bien", dijo el cantor de la orquesta, y él no respondió, tenía vergüenza porque había oído, mientras cantaba, que la muchacha le decía al cantor: tiene muy buena voz; una vez lo quisieron llevar; una orquesta de Córdoba; iba a cantar por radio; y había visto también que el cantor movía la cabeza como desaprobando. Cantaría bien, eso sí, pero para ir a Córdoba le faltaba mucho todavía. Eso quería decir el movimiento de la cabeza. Pero después Elsa se acercó y lo besó. "Me besó", pensó con esperanza, como si acabase de enterarse de ello. Pero ^{Elsa} ~~mamá~~ había besado a muchos esa noche. "Los quiero a todos, a todos", había dicho ella finalmente, llorando.

Aquel beso era lo último de ella, pero estaba también la carta, escrita rápidamente después de un mes de vacaciones. Hubiera querido no recordarla, pero las frases restallaban en su memoria; "Querida Elsa; tomo la pluma en mis manos para decirte lo mucho que te extraño. Te ofrezco mis relaciones y espero algún día poder hacerte feliz como lo mereces". Dios mío, qué estúpido. Jamás le contestó, y cuánto tiempo estuvo aguardando la respuesta. Ofrecerle relaciones, cuando ella, lo sabía, hubiera hecho cualquier cosa por él. Hacerla feliz, cuando ella le había demostrado que lo era cuando se veían. Pero sucedía que de esos hechos al amor había una distancia muy grande. Como ir a cantar a Córdoba, por radio.

Cuando llegó a la casa de Aldo el olor de la gomina había desaparecido. Sentía los cabellos tirantes.

Estaban construyendo más habitaciones en la casa. El letrero que la denominaba Hostería había desaparecido de lo alto del muro frontal, desde donde se levantaba ahora otro muro más alto, en un segundo piso, sin revocar y con un andamio adherido.

- La temporada pasada nos faltó lugar, hubo muchos turistas-dijo el padre de ~~mi~~ Elsa, mientras sarandeaba arena.

- ¿Mucho trabajo? - preguntó.

- No tanto si Aldo me ayudara más. Se lo pasa en el Comité.

Después hubo una pausa larga y cuando él dijo "bueno" para irse, el padre de Elsa explicó:

- Aquí sos ahora una especie de héroe.

- ¿Yo? ¿Por qué?

- Por lo de la revolución, en San Juan.

- Bah - dijo Juan.

- En serio, decían que te habían herido.

Juan pensó que si hubiese sido herido, Elsa habría preguntado por él, habría llorado.

- No, pero fue bravo - aseguró -. Un soldado que iba al lado mío, cuando avanzábamos, cayó herido. Mandaron cuerpo a tierra, pero él ya estaba herido. Parece que tiraban desde las ventanas.

- Y cayó Cantoni-dijo el padre de Elsa sonriendo, como adjudicándole a él la peor parte de la tarea.

- Después nos acuartelaron. Hice guardia varios días seguidos.

- Yo sabía que eran macanas que te habían herido, aunque no faltó mucho, ¿eh?. Pero acá todos decían que te habían herido. El doctor López se interesó mucho, estuvo varias veces en tu casa y dijo que eras un mártir. Después tu papá recibió la carta y así supimos que estabas bien; pero la gente siguió diciendo que te habían herido.

Había hablado sin interrumpir su tarea. Cuando acabó, se irguió y se secó el sudor con una mano.

- Si lo buscás al atorrante de Aldo, seguro que lo encontrarás en el Comité. Es al lado de Bolinger. Tienen un acto más luego. Los otros también tienen un acto, en la plazoleta de la Estación. Han traído mucha gente de afuera. Si no, no irían ni los burros.

Durante la carcajada del padre de Aldo, iniciada en las últimas palabras de la frase, Juan miró hacia arriba, como si Elsa pudiese estar allí, en lo alto del muro, oyéndolos.

Cruzó el puente de madera sobre el arroyo (el mismo que, mucho más allá, pasaba por los fondos de su casa), y se dijo que pasaba otro día más, otra sucesión de aburrimientos. No quería ir al Comité, pero pensaba que por ahora era el único vínculo que podía tener con Elsa. Yendo al Comité podría estar más tiempo con Aldo, y acaso a través de él llegase de alguna manera hasta la hermana. Había estado en una reunión, días atrás, sin entender absolutamente nada de lo que se decía allí. Fue el día que eligieron una comisión. El presidente era el doctor López Antúnez, el farmacéutico, el secretario. Y Aldo el tesorero. Todas las miradas se dirigieron a Aldo cuando hubo que elegir tesorero, que fumaba como ausente, como aceptando resignado tan importante cargo. El lo admiraba porque era decidido y sabía un poco de todas las cosas, y parecía estar predestinado para ocupar los cargos más altos. Algún día sería intendente, sin duda alguna. El, aquel día, había esperado remotamente, sin desearlo, que al mencionar algún cargo pronunciaran su nombre. "¿Y los vocales?", dijo alguien, y la mirada de Aldo se posó en él. Entonces adoptó la misma actitud de Aldo y pronunció un tímido "no", arguyendo luego con voz más clara que había allí personas mucho más capacitadas que él. "Juan podría ser vocal", dijo la voz de Aldo, y la voz del doctor López agregó: "macanudo, ya tenemos integrada la comisión". El sintió entonces por primera vez que todos sus temores, sus limitaciones, las ansias y el hastío que constituían su vida, se convertían de pronto en algo sustancial. "Me nombraron vocal de la comisión", podría decir en adelante, y la palabra vocal era algo así como un nombre más verdadero, algo que le diferenciaba. "¿Tan joven y vocal?", podrían decir. Y Elsa lo sabría, se enteraría.

Había tomado por el camino de El Alto. Iría al Comité. Había por allí muchos muros pintados: "Orden, paz, progreso; vote al Partido Demócrata". "Agua corriente, sala de primeros auxilios; vote al Partido Radical". "Para un matadero propio, vote a Arredondo". "El pueblo

ya los siente, Arredondo intendente". Pudo ver, a lo lejos, la plazuela donde se realizaba uno de los actos del día. Hombres negros o grises con los sombreros puestos, y uno de ellos, sin sombrero, hablando desde un palco. Tomó por la calle que desembocaba en el Correo y fue a dar a los grandes almacenes de Bolinger, donde había otro palco y otro grupo de personas grises. El doctor López era el más alto del palco. Estaba hablando alguien que no conocía. Aldo no estaba en el palco pero sin duda andaría por allí, en las primeras filas. En eso oyeron claramente las voces de los de la plazuela. Gritaban en coro no pasarán, no pasarán. Inmediatamente el doctor López y todos los que con él estaban, comenzaron a gritar pasaré-mos, pasaré-mos. Una cara giró hacia él y, sin que la boca, rítmicamente, dejase de gritar "pasaremos", le indicó, con los ojos y las manos, que también gritase. Gritó dos o tres veces, sintiendo el peso de su mandíbula inferior, como si estuviese mirándose ante un espejo. Avanzó un poco para ver si Aldo estaba por allí. En eso la cabeza de Aldo se alzó entre la multitud para mirarlo. Se encontraron casi al pie del palco. Aldo le tendió una mano y le tocó un hombro con la otra. No oyó bien lo que le decía. En esos momentos la multitud se desbandaba en manifestación y los policías corrían paralelamente con las manos puestas en los palos que pendían de los cinturones. Gritando pasaré-mos, se dirigían hacia la plazuela. El y Aldo se alejaron un poco, mientras el doctor López y otros hombres desconocidos bajaban trabajosamente del palco.

- Si se encuentran con los de la plazuela puede haber lío, ¿no? - dijo Juan.

- No creo. Los muchachos quieren asustarlos, nada más - dijo Aldo alegremente -. La policía no los va a dejar llegar, además - agregó -: tienen que proteger a los suyos. Pero les ganaremos lejos.

Le pasó un brazo sobre los hombros y le dijo:

- Vení, te voy a presentar alguna gente. Vinieron de afuera para colaborar en la campaña.

El doctor López lo vio llegar y se adelantó con un brazo extendido:

- Muchacho - exclamó, y después de darle fuertemente la mano lo

abrazó.

Luego, dirigiéndose al más gordo del grupo, impecablemente vestido, le dijo:

- Doctor, aquí tiene usted al héroe del pueblo. Estuvo haciendo el servicio militar en San Juan y le tocó la revolución. Te hirieron, ¿no?

- No - dijo Juan, tomando la mano que le tendía el gordo sonriente -. No me hirieron pero le faltó poco.

El gordo aquel tenía algo de meloso y de falso. Cuando Juan sintió el contacto de su mano, decidió que no iría más al Comité. Seguiría siendo amigo de Aldo, y trataría de acercarse a Elsa por otros medios.

Aldo lo invitó a ver qué hacían los muchachos en la plazoleta. Tomaron por la calle de la Estación. Se oían, mezclados, "no pasarán" y "pasaremos". Un estampido hizo estremecer a Juan. Miró a Aldo como interrogándolo.

- No es nada - dijo Aldo -. Algún tiro al aire que hace la policía para desbandar a los nuestros.

Sonaron varios disparos más.

Cuando llegaron a la esquina y divisaron la plazoleta, la manifestación había desaparecido. Los hombres negros de la plazoleta se retiraban en silencio. Desde los altavoces una voz grave decía que había que dar ejemplo de civilidad. "La madurez política de nuestro pueblo no permitirá que se cometan actos vergonzosos".

- Claro, total la policía los protege a ellos - comentó Aldo -. Vení, vamos a tomar una cerveza- dijo después, como olvidando aquello.

En el bar "San Martín" había muchas caras nuevas. Juan miró hacia un grupo de mesas, a la derecha, y vio que eran los de la plazoleta. Se le ocurrió que todas las caras eran idénticas, con sus sombreros negros.

Pidieron cerveza, y él quedó como perplejo, mirando hacia afuera. Aldo le dio un codazo suave y le dijo:

- Ahí tenés una colección de lomos negros. El galerudo aquel es

el candidato a diputado por el departamento.

En eso entraron el gordo del palco y el doctor López. El gordo lo saludó con una discreta inclinación de cabeza; el doctor levantó una mano, como si saludase a una multitud. Se sentaron ante una mesa vecina.

- Esperá, ya vuelvo - dijo Aldo, se levantó y fue a conversar en voz muy baja con los que habían entrado.

Elsa no le había contestado la carta, pero había un hecho opuesto a ese episodio ingrato. Cuando vino, a mediados de año, licenciado por unos días, estuvieron juntos. El había procurado no verla, por aquello de la carta, pero se encontraron y ella misma inició la conversación alegremente. Fue en la casa de la tía Margarita. Ella estaba en el patio de la casa vecina a la de su tía, y conversaron a través del alambrado. Al atardecer volvieron a encontrarse en el mismo lugar. Durante la conversación él procuró no evitar cualquier referencia a la carta, pero ella, en el último momento, cuando estaba por irse, le dijo que la había recibido.

- Recibí tu carta - dijo ella bajando los ojos.

- No tiene importancia - dijo él con miedo y vergüenza, bajando también los ojos y sintiendo que ahora ella lo miraba.

- ¿Entonces quiere decir que la escribiste porque sí?

- No - titubeó -; la escribí por algo; pero vos no me contestaste.

- Tené en cuenta - dijo ella - que es difícil contestar una carta así. Pero te he extrañado.

- Yo también te extrañé mucho - dijo él, y vio que ella ya se iba, como avergonzada.

Después no volvió a verla hasta el día del regreso. En la Estación, entre tantos parientes, estaba ella también. Lo saludó desde lejos.

Por un momento pensó que aquel hecho podía justificar su esperanza de acercarse a Elsa. Después se dijo que no tenía ninguna importancia. "Más vale que me olvide", pensó.

Aldo había vuelto.

- Contame de la revolución. Todavía no me contaste nada - le dijo.

- Mirá, es poco lo que puedo contarte. Un buen día nos hicieron

formar, y un oficial nos dijo que la patria estaba en peligro y que teníamos que salir a defenderla. Nos dieron armas y proyectiles y salimos, pero no sabíamos a quién íbamos a matar, ni qué estaba pasando afuera. Avanzamos por una calle y de pronto oímos "cuerpo a tierra" y el estampido de los balazos. Cuando oí "fuego", apreté el gatillo con el cañón del arma hacia adelante, pero no sé a quién le tiré y si maté a alguien. Días después le pregunté a un compañero si él había visto algo, y me dijo "¿cómo? ¿no viste que caían?". "Yo no vi nada", le dije. Después hicimos guardia y ^{no}dejábamos entrar a nadie sin identificarse.

- Mirá vos - dijo Aldo -.Acá se decían cada cosas. ¿Y qué pensás hacer ahora?

- Seguir trabajando con mi papá.

Aldo sonrió.

- ¿En el trabajo que hace tu papá? ¿El asunto de los pájaros?

- Y de alambrador - dijo Juan.

-Mirá - dijo Aldo -;vos te merecés mucho más que eso. Nosotros necesitamos tipos de agallas en el Partido. Tipos como vos.El doctor López te estima mucho. Le has caído en gracia desde que volviste. Recién me estuvo hablando de vos.

El sabía que Aldo mentía, pero se dejó conducir. Confiaba en Aldo, sabía que siempre trataría de ayudarlo, además de ser un vínculo secreto con Elsa. Aldo le hablaría a ella de él, le diría que era importante, de agallas.

- En la vida hay que llegar a ser algo - le llegó la voz -.Y tenés todo el porvenir por delante. Sabés muy bien que podés contar conmigo.

Pensó que Aldo lo dominaba, que era superior, y no sólo por ser hermano de Elsa. Estuvo un rato callado, oyendo lo que Aldo le decía acerca del futuro, y dijo de pronto, como si de eso hubiesen estado hablando, y arrepintiéndose en el acto por haberlo dicho:

- ¿Y Elsa?

Aldo lo miró un instante y sonrió.El pensó que sabía lo de la carta.

- A vos te gusta mi hermana - dijo, borrando su sonrisa con las

palabras.

Sintió una tremenda vergüenza y calló.

- Yo sé que te gusta. No tengas secretos conmigo.

Sintió que el tono de la voz de Aldo era casi insultante.

- ¿Le decís por lo de la carta? - preguntó.

- Bueno, sí; pero no tiene importancia.

Le ardían las orejas.

- ¿Cambiamos de tema? - dijo Aldo, con la misma expresión maligna.

- Eso ya pasó - dijo Juan.

Los hombres vestidos de negro, con sombreros idénticos, salieron por la puerta apretándose unos contra otros. Había mucho humo en el bar. Aldo pidió otra cerveza.

CAPITULO III

La llegada a la casa podría haber sido el suceso maravilloso / presentido, pero no podía gustarlo, sentirlo, porque los hechos llegaban a él mucho después de ocurridos, como unas luces lejanas que había entrevisto desde la ventanilla del tren, en la oscuridad del campo.

En la casa, además de los abuelos, había muchos tíos y tías, todos parecidos, ~~ambos~~ colorados y robustos. Después supo que sólo tres o cuatro de las tías eran solteras y vivían en la casa, además del tío Juan y de Pedro (que también era su tío). Los demás eran maridos de las tías casadas. Le llamó la atención la bomba para el agua, el parral, el horno para el pan, el Ford T desvenejado, la huerta, el arroyo del fondo, los bigotes del abuelo, la escopeta de dos caños, el Colt 45, el retrato de Yrigoyen. Detrás del arroyo se extendía un valle, después las colinas, luego las montañas lejanas y azules.

No había alcanzado a saludar a todos los tíos cuando llegó el tío Rupil, en su vehículo, que llamaban Fortachín. Le tapó los dos ojos con sus bigotes enormes cuando lo besó. Eran puntudos hacia arriba. Los del abuelo, en cambio, eran más blandos y con las puntas para abajo. El tío Rupil conversó brevemente con todos, un poco en italiano, un poco en dialecto, otro poco en español. Le preguntó a él por su papá y dijo enseguida que tenía que ir a trabajar. "Algún día te lleve a las canteras. Allá sí vas a ver piedras", le dijo. Cuando oyeron, después, los ruidos de ~~la máquina~~ de arranque, el tronar del motor y finalmente los saltos de la carrocería del tío Rupil, que se alejaba, el abuelo reflexionó como para sí:

- Trabaja todo el año y se come todo lo que gana.

El abuelo protestaba casi siempre en su silla de madera labrada, con la pipa en la mano, y la abuela lo hacía con las gallinas, pavos, gansos y patos que había en los fondos de la casa, y que a veces invadían todos los rincones, desde la sala hasta el dormito-

rio de los abuelos.

Juan sintió, mientras oía o trataba de oír lo que decían todos al mismo tiempo sobre distintos temas, que estaba en otro mundo, en un mundo que jamás hubiese presentido. Todo era allí fuerza y vigor, las palabras eran violentas, algo así como la alegría. Sus padres habían quedado en el andén de la Estación como si allá debieran permanecer para siempre, y él estaba ahora en el final de aquellas vías interminables donde otro mundo le imponía su presencia. Hablaban de temas que desconocía, cambiándolos incesantemente. El tío Rupil había desaparecido, la tía Elena se había sacado la ropa que traía puesta durante el viaje, y la abuela realizaba afuera tareas incomprensibles. Las tías hablaban velozmente, y el abuelo, que fumaba sobre su silla, intervenía de vez en cuando en alguna de las conversaciones simultáneas y casi siempre terminaba sus frases con la palabra "caraco". Hablaba castellano correctamente y quizás sólo utilizase su lengua natal, casi olvidada, para criticar. Juan estaba parado en medio de la sala y no sabía si seguir a la abuela, que rezongaba en voz baja en el patio, o quedarse allí, donde nadie se ocupaba de él. El abuelo estaba sentado contra la pared, debajo del enorme retrato de Yrigoyen, y a él le pareció que el abuelo era otra especie de retrato, de héroe legendario. Pensó fugazmente que su papá casi había salvado a Yrigoyen, y en eso oyó la voz de la abuela, que llamaba a gritos desde afuera a la tía Elena para que le ayudase con una gallina.

- Así que estamos de gallina - dijo uno de los tíos mirándolo, como si él solo debiera comérsela.

- No - dijo la tía Elena, saliendo -. Es la bataraza, que quiere poner en el horno, y ahora está el pan adentro.

Juan se asomó y vio que la gallina saltaba para meterse dentro del horno, y que chocaba contra la tapa metálica que cubría la boca de éste, sostenida con un palo apoyado en la tierra.

• Stúpida - dijo la abuela cuando entre ambas lograron atraparla, y la llevaron al gallinero.

La abuela volvió del gallinero y, agachándose, lo abrazó con // fuerza.

- ¿Te vas a quedar siempre con la nona? - le dijo.

- Sí - respondió.

La abuela destapó un poco la tapa del horno y mostrándole las hileras de panes enormes y morenos le dijo "qué rico", como si en realidad él hubiera tenido que decir eso, con una expresión que tendría que haber sido suya.

Entraron en la pieza, y oyó que la tía Elena, que había entrado antes, preguntaba algo sobre Pedro, y ^{que} el abuelo, mirándolo con simpatía, le decía:

- ¿Así que vos también sos radical?

Desde la pared, Yrigoyen los miraba con severidad.

El abuelo no decía vos sino "vo", igual que la abuela, y pronunciaba la "ve" con los dientes. La palabra "radical" le pareció, en ese momento, una invención del abuelo, como si en realidad él hubiera querido decir "radijal", pero pronunciando la palabra tal como si hubiese querido decir "caraca". Efectivamente, el abuelo dijo poco después:

- Hay que ser radical, caraco.

Juan oyó esto último juntamente con la voz de la tía Elena:

- Así que fue a la Estación.

- Sí - dijo la tía Pina -. Salíó de aquí hace dos horas.

Juan supo que hablaban de Pedro, y ahora los personajes que lo rodeaban dejaban de ser una sola masa y podía distinguir la voz de un tío no identificado, sentado enfrente del abuelo, con una revista en las manos, la de su tía ^{Margarita} ~~Silvia~~, que tejía sentada en un banco, la de la tía Pina, que con unas tijeras cortaba unas telas sobre la mesa. Podía ver a la tía Elena, que se movía de un lado para otro sin hacer nada determinado, y a todos los otros, tías y tíos que estaban allí porque él había venido pero que sin duda vivían en otra parte.

- Yo le voy a dar Estación - dijo la tía Elena.

- Llevaba la honda - dijo uno de los tíos, como burlándose.

- Podrías haber ido vos - decía la tía Pina, enarbolando sus

tijeras.

- Hay que ser radical, caraco - decía el abuelo más allá, dirigiéndose a uno de los tíos, y se puso a golpear la pipa contra una pata de la silla para golpear el resto de tabaco no fumado.

- Apestás con esa pipa - decía una de las tías, mientras la abuela le preguntaba a él otra vez si se quedaría siempre con ella.

- Sí - respondió, mirando el enorme cinturón del abuelo, parecido al que le había visto al tío Rupil, ancho y grasoso, con una tremenda hebilla de bronce.

De pronto las conversaciones iniciadas un rato antes por sus tías, interrumpidas con la alusión a Pedro y las exclamaciones del abuelo, prosiguieron en las bocas de los tíos y las tías que entraban y salían del cuarto, y él pensó que todo eso era el sustituto de los paseos de su padre, de su padre sobre la mesa de dibujo, de su madre levantando las tapas de las ollas. Todo esto le habían dado en cambio, y todavía quedaba mucho por ver, había hacia adelante millares de días con sus historias diferentes, calles y casas, hombres y mujeres, acaso la escuela, los higos en la casa del tío Rupil y quizás algún paseo de añadidura en su inexplicable vehículo. Desde ahora tendría que hacer todo eso, Y sintió que todo transcurría lentamente, que las cosas se demoraban en él, como si al suceder y llegar de pronto hasta él se convirtieran de golpe en algo soñado.

Entre ese sueño, la tía Elena cebaba mate. La abuela, ayudada por la tía Pina, sacaba el pan del horno. Ella los extraía con una larga pala de madera, y la tía los recibía en un largo trapo blanco, los limpiaba para sacarles la ceniza adherida y los ponía sobre una mesa que habían llevado hasta allí. Después pusieron todos los panes en una bolsa y llevaron la mesa más allá, debajo del parral. El abuelo arrastró hasta allí su silla de madera. Juan vio que Yrigoyen había quedado solo. Después el abuelo tomó un banquito azul, lo ~~miró~~ afirmó bien contra el suelo para que no quedase ninguna pata bailando en el aire y le dijo:

- Es tuyo.

La abuela partió el pan con un cuchillo inmenso, y la tía Elena colocó sobre una mesita los enseres para el mate.

- Seguilo vos,, mamá - dijo.

La abuela tomó los elementos, y Juan la oyó farfullar:

- Todo lo tiene que hacer la nona.

El abuelo, mientras tanto, protestaba por el precio de la harina. Protestaba, pero nadie lo oía ni le respondía.

Algunas de las tías seguían con sus conversaciones simultáneas, y uno de los tíos dejó la revista en el suelo y se puso a cortarse las uñas de los dedos de las manos con las tijeras de la tía Pina. Juan se sintió obligado a atender al abuelo, pero éste no parecía querer que nadie lo oyese. Y todo parecía un sueño.

- Pan caliente no - dijo la abuela -; al chico, no.

- No le haré nada - dijo la tía Pina, y Juan vio de pronto en sus manos un trozo de pan humeante.

El abuelo comía la miga y dejaba la corteza sobre la mesa, que luego comería la abuela. Juan advirtió entonces que el abuelo no tenía un solo diente. La abuela, en cambio, conservaba algunos.

Finalmente los diversos temas que trataban los tíos y las tías fueron aclarándose hasta unificarse en el viaje. La tía Elena todavía no había pedido contarle detalladamente, y parecía haberlo olvidado.

- En Córdoba nos bajamos y compramos galleta - dijo por fin la tía mirándolo a él, como para recordarle un instante grato. Parecía que a los demás no les interesaba ese detalle.- Se portó muy bien - fue la otra frase, que nadie demostró haber oído.

- Pero la Filomena lloraba - preguntó, como afirmando, la voz de un tío.

- Imaginate - respondió la tía.

- ¿Y Adolfo sigue como siempre? - dijo la voz de una tía no identificada.

- Se ve que le dolía al pobre - respondió.

La tía Elena respondió con rapidez a varias preguntas y luego dijo:

- La Filomena está gorda pero un poco pálida. Y Adolfo trabaja

bien.

- Pero nunca tienen nada - dijo el abuelo desde su silla, sobre la que había subido los talones-. Gastan todo: revistas; biógrafo.

Hubo otras palabras, otras frases reiterativas que ingresaron directamente en el territorio del sueño. Después, ^{como} como si finalmente lo hubiesen agravado, el abuelo decía:

- Lo cuidarán bien y todo lo que quieran; pero el aire de Buenos Aires es sucio. Guarda - prosiguió, señalando a Juan con la cabeza-; piernas secas, todo seco. Y el color de la cara. Guarda.

- El médico de Buenos Aires dijo que el cambio de aire lo va a curar en pocos meses. Traje las inyecciones y las gotas- dijo la tía Elena.

- Los remedios lo van a enfermar más - aseguró la tía Pina, con la aprobación del abuelo, que movió la cabeza afirmativamente.

- Qué remedio ni qué remedio - masculló el abuelo.

- Basta - exclamó la abuela, mirando a la tía Pina y al abuelo-. Va a tomar los remedios y todo.

Juan vio que los ojos tan azules de la abuela se corrían de pronto hacia otras zonas, y blanqueaba en cambio, en el centro de los ojos, algo como una nube súbita. El abuelo, mientras tanto, había tomado una brasa con los dedos, la sopló un poco para reavivarla, y la mantuvo unos instantes sobre la pipa, chupando. Después la arrojó, castañeteando los dedos como si se hubiese quemado, y dijo, entre el humo azul:

-Pero sí; que le den los remedios.

- Hablan por hablar - decía la abuela, y los ojos se azulaban otra vez -. Y no saben nada. Lo que el pobre chico tiene es grave y hay que cuidarlo como se debe. Después si le pasa algo quién va a tener la culpa.

- Bueno, bueno - dijo uno de los tíos más lejanos-. Por lo menos no lo digan delante del chico.

- Yo no digo nada - dijo el abuelo.

- Vos nunca decís nada - dijo la tía Pina.

- Y Juan - dijo de pronto uno de los tíos innominados.

- Qué pregunta graciosa - dijo la tía Pina -. En el Comité, adónde

querés que esté.

Durante un rato Juan oyó, mientras bebía la taza de leche servida por la abuela, fragmentos de dos o tres conversaciones simultáneas: sobre su enfermedad, que él apenas presentía, sobre demócratas y radicales y sobre ^{alguna} ~~manejaban~~ otra cosa. Y después de oírlas podía recordar frases tales como finado Yrigoven, el aire sucio de Buenos Aires, en las elecciones veremos, no hablen delante del chico, qué sabés vos, lo intoxican con aspirinas.

De pronto se habían ido tres o cuatro tías con sus respectivos maridos y la tía Pina untaba batatas en grasa y las ponía en el horno, del que habían sacado el pan. El sol se había puesto ya. La tía Pina lo tomó por una mano y llevándolo hasta un galpón cercano le dijo:

- Este auto es del nono. Le faltan las ruedas.

Sobre dos palos, montados sobre gruesos troncos de árboles, yacía un Ford T con las cuatro llantas en el aire, herrumbradas, amarillas. El asiento estaba todo roto, y la pintura, descascarada. La tía le dijo que el motor no andaba pero que era bueno de todos modos, y que algún día lo arreglarían para llevarlo a pasear lejos. Había en el galpón una cantidad asombrosa de clavos, tarros de todos los tamaños con tornillos oxidados, tuercas, arandelas, pedazos de cuero, extrañas figuras de piedra, jaulas y miles de cosas más. En las paredes, rollos de alambre, de tela metálica, postes cuadrados y redondos, taladros, palas, picos, carretillas.

- Las herramientas - dijo la tía, y Juan vio que el abuelo pasaba en dirección a la huerta. Desde el parral la voz de una tía dijo "chay Juancito", y él contestó asomando la cabeza. La tía Pina hurgó un rato entre maderas y cajones, y extrajo de allí un autito de lata y madera.

- Para vos - le dijo -. Tenés que atarle un hilo aquí, y así lo manejas.

El auto era un tarro de durazno o algo así, cortado por la mitad, transversalmente, y aplicado sobre una madera larga. La otra mitad del tarro, achatada ~~manejaban~~ convenientemente, formaba la parte trasera del vehículo, y entre ambas partes, a manera

de volante, había un clavo inclinado con una tapa de botella de cerveza en la punta. Las ruedas eran de madera, montadas sobre dos ejes de palo de escoba y forradas con goma colorada, de cámara de auto. Estaba pintado con dos colores, rojo y azul, y en los extremos del eje delantero había restos de hilo.

« Tenés que atarle un hilo acá y la otra punta acá - dijo la tía; después en el medio de ese hilo le atás otro, más largo, así podés manejar bien y tomar las curvas. Lo hizo el nono. ¿Te gusta? »

- Sí - dijo él, y su tía le acarició la cabeza.

- Pero no tenés que andar por la quinta porque el nono se enoja.

El abuelo, que llevaba agua en dos grandes tarros atravesados en sus bocas con palos de escobas a manera de manijas, desde la bomba hacia la huerta, lo llamó.

La tía se fue a su pieza y él se acercó al abuelo, que había dejado los tarros al lado de un cantero y cortaba algo de allí. Después de escarbar un rato arrancó una zanahoria, la lavó en uno de los tarros y se la dio.

- Comela cruda - le dijo -; es más rica. Yo no puedo, si no... ~~¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡~~ y abriendo los labios le mostró las encías peladas.

La tía Elena lo llamó. Estaba lavando tubos en un fuentón de lata. Al lado, sobre una mesa, había cuatro o cinco lámparas de querosén.

- Aquí no hay luz eléctrica como en Buenos Aires - le dijo -. Hay en el pueblo, pero no llega aquí. Tomá, secalos - y le entregó un trapo.

Juan secó los tubos y la tía los colocó en las lámparas respectivas. Le entregó dos a él y le dijo que ahora los pondrían en su lugar. Colgaron uno al lado de la cama de los abuelos (una cama enorme con respaldos de bronce), otra en el comedor, cerca de la mesa, otra en la pieza del tío Juan, donde también dormía Pedro, otra en el cuarto de ella y la tía Pina, otra en el cuarto de baño.

~~luz.~~

Al rato, cuando las luces estuvieron encendidas, la abuela puso sobre la mesa un mantel blanquísimo. Juan vio poco después lo que seguiría viendo en los días sucesivos: Pina cosiendo sobre una mesita; Elena planchando sobre otra. La abuela iba y venía de la cocina, y el abuelo llegaría más tarde, todo mojado, y después de cambiarse se sentaría, durante horas, en su silla labrada, donde ^{leería} ~~miraría~~ con el diario o la revista muy cerca de los ojos, bostezaría un rato y finalmente, después de comer, se acostaría en su inmensa cama.

El retrato de Yrigoyen, a la luz de la lámpara, se había vuelto sanguinolento. En la cocina, contigua al comedor, la abuela echaba leña al fuego y murmuraba alguna cosa en dialecto.

Cuanto la tía Elena le puso la tricota y le subió las medias caídas, la abuela apareció con un tazón humeante, lo puso sobre la mesa y le dijo que era sopa para él y que debía tomarla toda. Empezó a tomarla, y la abuela entró otra vez, y con gestos alegres le alargó una cuchara en la que había un huevo hervido.

- Comé primero el huevito - le dijo.

Juan supo después que el huevo era allí una especie de regalía concedida por la abuela en momentos especiales, y que no cualquiera podía disponer de los muchos que ponían las gallinas. ~~Pe-~~ ~~nam~~ dro, se decía, escapaba a esta ley tomándolos directamente del gallinero, donde, según la tía Elena, los comía crudos.

En eso apareció el abuelo con los pantalones mojados, y después de cambiarse en su pieza, desde donde preguntaba cosas sin que nadie le respondiese, entre ellas a qué hora comerían, le acarició la cabeza y se sentó en su silla de madera labrada, debajo de Yrigoyen.

La tía Pina lo tomó de la mano, lo llevó al baño y le lavó cara, pies y manos. Después entraron en la pieza del tío Juan. Pina abrió una de las dos camas que allí había y le dijo:

- Por hoy tendrás que dormir con Pedro. Mañana te armaremos una cama para vos solito. A la luz tenés que apagarla con esta manija y después soplar dentro del tubo.

Entró en un sopor y creyó oír el ruido del tren. A su lado, sobre una de las paredes, desfilaban las casas y los postes, él mismo y su tía Elena con las valijas y el sombrero blanco. Su papá, desde lejos, le hacía señas con el pañuelo, y su mamá sonreía. El tren corría ahora por los bordes de las montañas, altas y azules, y desde la cama lo veía pasar, veía miles de ventanillas donde muchos hombres permanecían de perfil.

"-Pobrecito - venía una voz desde la cocina, entre ruidos de cubiertos y de platos -, tan pálido y tan bueno".

"-Comen fiambre, se acuestan tarde, gastan todo lo que tienen" bostezaba la voz del abuelo.

"- El aire sucio de Buenos Aires"- susurraban.

"- Despedite de la gente porque allá solamente hay burros y cabras" - decía su papá desde el tren, que iba y venía sin descanso. Vago al vagón. Así que viene a esperar a su hermano".

"- Son unos lomos negros...el pobre finado Yrigoyen" - se oía más allá.

El sueño llegaba, llegaba interminablemente como un tren blando y largo. Los ojos veían formas deshabitadas, y en los oídos restallaban palabras sin sentido, como luces lejanas que se cye- sen. No se dice nada, porque no se oírlo más, porque aún

"-Tío Rupil, tío Rupil".

"-Después irás a casa a comer higos".

"- Los remedios no sirven para nada. Hay que comer muchos higos".

"- Guardalo en la libreta de ahorro"- recordaba ahora, y presintió que el billete de cien pesos estaba en el bolsillo de los pantalones.

Los ojos se abrían de vez en cuando, como si el tren se detuviera bruscamente. Un resplandor llegaba a través de la puerta entreabierta, y se oía el ruido del sifón de soda. Después se cerraban otra vez, y a medida que los párpados caían el tren volvía a partir, subía y bajaba por las calles abruptas, y las palabras seguían llegando como desde una lluvia lejana.

"- Son unos lomos negros".

"- Yo y Contreras íbamos a salvar a Yrigoyen, pero llegamos tarde. Mi revólver no tenía gatillo, si no lo hubiésemos salvado".

"- Hay que ser radical, caraco".

Su papá y Contreras estaban contra el cordón de la ver^eda, en momentos en que Yrigoyen caía desde el último piso. Entonces el abuelo llegaba en el camión del tío Rupil, con la escopeta de dos caños.

Después oyó otras palabras, presintió otros actos, como si fuesen parte de esas ensoñaciones. Tanto podían estar ocurriendo en Buenos Aires, como en el tren, ahora mismo o quizás después.

"- Linda hora de venir"- decía una voz.

"- Mirale, mirale la cara".

El tren subía y bajaba y el tío Rupil pasaba con su camioncito lleno de higos negros.

"- Vago sinvergüenza. Así que fuiste a esperar a tu hermana".
Los ojos ahora pesaban como trenes.

"- Camine a lavarse, inmundo".

"- En vez de ayudar a tu madre, que trabaja como una burra".

"- Mamá -dijo una voz-, si yo prendí el horno antes de irme".

"- Algún día vas a matar a tu madre".

"- Yo no digo nada, prefiero no decirle nada, porque algún día le pongo la mano encima".

"- Pero mamá, si yo prendí el horno y en la Estación no había nadie".

"- Y yo y Contreras esquivábamos las balas, mientras Yrigoyen caía, y todos eran pasados por las armas sin formación de proceso".

Las voces se perdían ahora, volvían a un tono más bajo, como si se estuviesen durmiendo igual que él.

"- En tu cama, y ojo con despertarlo".

"- Si, contalo como vos quieras, pero prendiste el horno y te mandaste a mudar".

"- Mamá, pero si yo prendí el horno y fui a la Estación y no había nadie. Qué sabía yo si venían".

"- Vergogna".

"- Son unos lomos negros".

"- Y te vas a bañar de pies a cabeza antes de acostarte".

"- Sí, vos trabajás con la cuchara en la boca. Pero rogué a Dios que no te ponga la mano encima".

"- Qué van a servir los remedios. Hay que ser radical".

Y el tren se detuvo finalmente, o cayó detrás de la montaña. Y su cuerpo era inmenso y largo entre las sábanas, y el viaje terminaba por fin, la tía Elena se sacaba el sombrero blanco, y ahora que el viaje había terminado tendría que esperar el advenimiento de cosas hermosas, el resultado feliz de todos sus presentimientos.

CAPITULO IV

Los caudillos desplegaban
lo más rudo de su acción

Habían terminado la segunda cerveza cuando el gordo del palco y el doctor López se levantaron. El gordo se acercó a la mesa y le tendió la mano. "A trabajar concienzudamente, muchachos", dijo. "Pierda cuidado, doctor", respondió Aldo estrechándole la mano. El doctor López, que salió tras él y los otros, les dijo que no se fueran.

- Candidato a diputado; íntimo amigo de Sabattini - dijo Aldo para explicarle quién era el gordo.

Poco después apareció el doctor López y se sentó con ellos. Juan pudo ver el cuello de su camisa, duro y limpiísimo, la corbata de seda y las cicatrices de viruela que cubrían todo su rostro moreno.

- Así es, muchachos - dijo el doctor López -. Ha sido una gran campaña. Dentro de pocos días votaremos y demostraremos en las urnas que el pueblo está con nosotros.

- Hay mucho que hacer todavía - dijo Aldo, como pensando.

- Y vos, muchacho, ¿estás dispuesto a colaborar con nosotros? - dijo el doctor López.

- Sí - dijo él.

- Así me gusta, hombre. Tu padre es un gran radical. Lástima que sea extranjero.

Se levantó e hizo una seña al mozo.

- Lo que ellos pidan - le dijo.

El mozo asintió. El doctor López les puso una mano a cada uno en las espaldas, y dijo que tenía que ir al consultorio.

- Esta noche terminamos ese asunto - dijo, saliendo.

- Macanudo - respondió Aldo.

- Anden con cuidado. Cualquier cosa me ven a mí - dijo desde la

puerta.

Tomaron otra cerveza y salieron.

- Vamos al Comité - dijo Aldo.

Todo el contorno de la fachada estaba cubierto de lámparas eléctricas encendidas. Entraron. En el salón principal había varios retratos de Alem, Yrigoyen y Sabattini. Ante una mesa un hombre calvo escribía pacientemente. Aldo se lo presentó, aunque él ya lo conocía.

- El candidato a intendente - dijo Aldo.

- Cómo le va - dijo Juan.

- Has crecido - dijo el candidato a intendente, y siguió escribiendo.

Un hombrecito endeble que fijaba en una pared listas de votantes impresas, a quien no había visto antes en el pueblo, dijo:

- Mucho gusto correligionario.

No había más gente allí. Todos se habían ido a comer. Eran más de las diez de la noche, luego volverían todos, para seguir hablando hasta muy tarde de temas cotidianos que, por los tonos de las voces, se convertían en cosas gravísimas.

Aldo recogió varios rollos de papel en un armario y le dijo rápidamente:

- Ahora vamos a casa. Tenemos algo que hacer allí.

Juan titubeó pensando en Elsa, pero la decisión de Aldo lo enmudeció, y Elsa pasó a ocupar un segundo plano en sus pensamientos. Todo esto era más importante por ahora. Todo esto ~~significaba~~ significaba acercarse a ella por una vía positiva. La conquistaría con sus obras. Ella tendría que ver quién era él después de todo.

- Vamos a pegar carteles esta noche - le dijo Aldo en el camino. Pero se terminó el engrudo, así que vamos a hacerlo en casa. Podemos comer algo mientras tanto y después salimos. ¿De acuerdo?

- Macanudo - dijo él con decisión, aunque todo le parecía absurdo.

Cruzaron las vías del tren y bajaron hacia el río.

- Esta es la casa de Arredondo - dijo Aldo.

- Arredondo...- dijo Juan, pensando.

- El candidato de ellos, hombre; el candidato a intendente. Más luego venimos y le pintamos el frente. Ellos mancharon el del candidato nuestro.

- ¿Vos sabés? - dijo después -. Las otras noches pintamos el frente de la comisaría. ¿Vos sabés la bronca? Estaban tomando mate en la guardia, y yo me acerqué con cuidado y escribí ~~con~~ alquitrán: Sabattini gobernador. ¿Te imaginás la bronca?

- Qué bárbaro - dijo Juan.

Cuando llegaron a la casa, Aldo dijo:

- Me dijiste que hoy estuviste acá. ¿Tiró la bronca el viejo?

- Más o menos - dijo Juan.

- El viejo no entiende estas cosas - dijo Aldo.

Entraron en una sala grande, que servía de comedor para turistas en verano. Había varias mesas, y encima de ellas muchas sillas, coñecadas con las patas hacia arriba. Cruzaron después un pasillo y llegaron a la cocina. Juan titubeó un poco y dijo:

- Si están todos no entro.

- Lo decís por lo de la carta, ¿no es cierto?

- Sí - respondió/

- No tengas miedo. Lo sabemos solamente Elsa y yo. Ella me dio la carta. Me dijo que yo debía saberlo.

- Es que a ella tampoco quisiera verla. Me da vergüenza, ¿entendés?

- Vamos, hombre. ¿Es la primera vez que te reclusa una mina?

- No es eso, pero me cuesta un poco.

- No creo que esté levantada, además; se acuesta temprano.

Entraron en la cocina. Don Julio, el padre de Aldo, jugaba a las cartas con Celso, su vecino.

- Salud - dijo.

Doña Laura, ^{que} secaba platos en la pileta, volvió la cabeza y mirando a Juan dijo, como si no hiciera tanto tiempo que no lo veía:

- Cómo has crecido, che. Estás hecho un verdadero hombre.

- Así parece - dijo él, sonriendo, pero doña Laura no pudo ver su sonrisa porque había vuelto el rostro hacia su tarea.

Fue un alivio no ver a Elsa. Aldo destapó unos tarros, salió afuera, y volvió con un balde y se puso a preparar engrudo.

- Engrudo - gruñó ~~Juan~~ cuando la madre le preguntó qué hacía.

- Seguro que todavía no han comido - dijo doña Laura con el mismo tono de voz usado por Aldo para decir "engrudo".

Aldo preguntó qué había.

- Comida no - dijo ella -; pero hay codeguines.

- ¿Te gustan los codeguines? - dijo Aldo.

- Sí - respondió Juan.

La madre cortó varios trozos en un plato y trajo pan y cubiertos.

- Envido - dijo don Julio, y mirando a ^{Juan} ~~al~~ agregó: -Tomen un vino.

- Estuvimos tomando cerveza - dijo Aldo.

- Real envido - respondió don Celso.

- No quiero - dijo don Julio.

- No le hace, hombre - dijo Aldo-; tomemos un vinito ahora. Va a estar fresca la noche.

La madre trajo media botella y dos vasos.

- ¿Otra vez de pegatina? - dijo don Julio mirando hacia el engrudo.

- Sí - dijo Aldo secamente.

- Muy bien - dijo don Julio -. Así vamos a terminar pronto la ampliación, y este año nos llenamos de plata.

- Mirá, papá - dijo Aldo -: después de las elecciones yo te ayudo en todo lo que vos quieras; pero antes, por favor, dejame tranquilo. Vos no entendés de estas cosas.

- Claro que no - dijo don Julio -. Para qué; si yo entiendo cómo darte de comer, vestirme y pagarte todos los vicios.

- Te voy a devolver todo algún día.

- No sé qué vas a ganar con todo esto.

- Me han ofrecido el cargo de secretario de la municipalidad, cuando ganemos.

- Linda cosa - mummuró don Julio.

- Pero no pienso aceptar - agregó Aldo, tragando.

- Linda cosa - murmuró don Julio.

- Envido y truco - se oyó la voz de don Celso.

- No quiero nada - respondió, casi furioso, don Julio, colocando sus cartas en el mazo.

- ¿Te das cuenta el padre que tengo? - dijo Aldo mirando a Juan.

Don Julio sonreía. Le habían venido buenas cartas.

- Tu papá es radical, ¿no? - dijo don Julio con su leve acento italiano.

- Radical hasta los huesos - respondió Juan, repitiendo una frase que había oído al doctor López.

- Treinta y dos - dijo don Julio.

- Treinta y tres - dijo don Celso.

- ¡Cristo! - gritó don Julio, y agregó con tono mesurado -: qué raro que a un gringo puro como él le guste la política.

- El no se mete en nada - dijo Juan -. Pero es muy radical. Desde el principio le gustó Yrigoyen. Más vale que no le hablen mal de Yrigoyen.

- Todo el mundo es radical ahora - dijo don Julio -. Los demócratas han hecho muchas macanas. Vos no te acordás, porque eras chico, pero hicieron muchas macanas. Hubo miseria, amigo. No había dónde conseguir un peso. Yo estuve en Buenos Aires. Era una gran miseria amigo. Olla popular, amigo. Había que hamacarse. ¿No es cierto, don Celso?

- Uf - dijo don Celso, y agregó enseguida -: truco.

Don Julio no contestó. Mirando detenidamente a Juan preguntó:

- ¿Y vos también te dedicás a la política?

- Esta vez sí - respondió Juan -: pero pienso ayudarle a mi papá. Hemos agarrado varias obras.

- Y todavía queda el asunto de los pájaros, ¿eh? - dijo don Celso, soltando una carcajada que se prolongó en los demás.

- No creo que vayas a ganar nada con eso - dijo don Julio -. Más bien aprendé bien el oficio y ayúdale a tu padre. Son muchos que alimentar en tu casa.

- Truco - reptó don Celso.

- Además - prosiguió - ¿vos te creés que los demócratas van a largar el queso? A ellos los apoya el ejército, amigo. Mirá lo que hicieron con Yrigoyen. ¿Vos sabés cómo trabaja la justicia en esta país? Si tenés plata en el bolsillo podés hacer lo que quieras. Tanto para el juez, tanto para el abogado, tanto para el gobierno. Y el pueblo siempre se muere de hambre.

- Pero para corregir eso estamos nosotros - dijo Aldo. Dentro de poco se terminarán los abusos y las mentiras, por lo menos aquí en la provincia.

- Sí, vos vas a arreglar todo; hasta vas a revocar esa pared que está ahí pudriéndose.

- Truco - dijo don Celso.

Don Julio lo miró detenidamente.

- No quiero - dijo.

Oyó los pasos y el bullicio en el comedor grande, y supo que ella venía. Hasta ahora la había imaginado secretamente, más allá de las puertas cerradas que daban a las habitaciones privadas de la casa, y ahora sucedía que no había estado donde él la presintiera. Tuvo miedo, como aquella vez que le dijeron que iban a empuñar las armas para defender la patria en peligro, y que el riesgo iba a ser grande. El corazón latía ahora como entonces.

- Aquí se la dejamos - dijo una voz que se iba, desde el zaguán.

- Pasen un rato - dijo la voz de la madre de Aldo, desde la pileta.

- No, ya nos vamos. ¿Está Celso ahí? - añadió la voz lejana.

- Aquí estoy porque se me da la gana - dijo don Celso mirando sus cartas.

- Vení pronto, nos vamos a acostar - prosiguió la voz.

Le pareció que Elsa entraba entre los tumultos de su corazón. Cuando apareció, la miró con indiferencia, como si la hermosura que percibía en ella fuese algo falso o imaginado. Ella no parecía sorprendida.

- Hola, Juan - dijo Elsa -. Es una sorpresa verte por acá otra vez. ¿Así que estuvimos de revolución?

Se dieron la mano.

- Qué tal, Elsa - dijo él, procurando con sus deseos que Aldo

no estuviese mirándolo.

Doña Laura había terminado con sus ruidos, al parecer, y ~~mojaba~~ colgaba una servilleta mojada en la puerta de un armario.

Juan la miró. Su rostro, hostil, era el de una Elsa envejecida. Menos mal que Elsa envejecería y que sería algo inexistente.

- ¿Te divertiste? - dijo el rostro de doña Laura, cambiando de expresión.

- Mucho - respondió Elsa.

- ¿Les gustó el regalo?

- Estaban bobos - dijo.

Elsa se dirigió al interior de la casa con pasos rápidos, pero alcanzó a oír lo que don Julio decía en ese momento:

- Sí, ustedes van a solucionar ~~todo~~ pegando carteles esta noche.

Pensó que Elsa modificaría ahora la visión que tenía de él, si la tenía. Se sintió humillado pensando que para ella él era ahora alguien que pegaba carteles en las paredes. Para Aldo eso podía tener mucha importancia, pero hubiera preferido que Elsa se acordara de él como de alguien que está luchando en una revolución.

Suponía que Elsa regresaría. Habría ido a cambiarse, y volvería. Pero Aldo tomó el balde, le entregó los rollos de papel y le dijo:

- Vamos; es tarde ya. Hasta que lleguemos allá se hace medianoche. Llévate este otro tarro.

Saludaron. Don Julio y don Celso respondieron entre dientes. Estaban totalmente entregados a la baraja. Cuando llegaron a la calle, oyó la voz de Elsa desde la ventana. "Chau, volvé temprano", decía. Palpó el rollo que llevaba en la mano, y sintió que Elsa era ya una cosa inalcanzable.

En la casa de Arredondo no había luces.

- Al pelo - dijo Aldo en voz muy baja-. Dame la pintura.

Juan le entregó el tarro, Aldo echó una ojeada a la planta alta, lo destapó, sacó un pincel y se puso a hacer los trazos rápidamente. Juan miraba hacia ambos lados de la calle. Las letras, altas y rojas, surgieron nítidas a la luz de una luna no visible aún: Pascheta intente.

Aldo se apartó unos metros y contempló su obra. Se acercó nuevamente y puso el punto sobre la "i".

- Al pelo - dijo con voz normal, mirando hacia arriba -.Vamos.

Doblaron en la esquina. La calle que desembocaba en la estación estaba desierta.

- No hay nadie. Tomemos por aquí - dijo Aldo -. Ahora vamos a escribir en las tapias del corralón del alemán. Ellos han escrito algo ya, pero se lo vamos a borrar.

Juan aminoró el paso.

- Me parece que ahí hay alguien - dijo señalando la sombra de un árbol.

Siguieron caminando, mirando hacia el árbol. Una sombra tambaleante surgió de allí. Estaba orinando.

- Viva el doctor Aguirre Cámara - dijo la sombra.

- Un borracho - dijo Juan.

Aldo se acercó.

-¿Cómo ha dicho, amigo?

- ¿Yo? - dijo el borracho.

- No, el vigilante de la esquina, dijo Aldo, enarbolando el pincel.

- El vigilante de la esquina se va a la m... -dijo el borracho.

- Dejálo, vamos - dijo Juan, viendo que Aldo quería discutir con el borracho.

- No; me va a decir primero qué es lo que decía recién.¿Cómo decías recién? ¿Viva quién, decías?

- Si me pagás un vino te digo - dijo el borracho, tratando de mantenerse en pie.

Aldo le pasó el pincel por la cara.

- Tomá - le dijo -. Andá a ver qué bien te quedan los bigotitos. Juan y Aldo soltaron una carcajada. El borracho, que había trastabillado hasta una orilla, se tomó de un árbol.

- Ustedes no saben quién soy yo - dijo.

- Vamos - dijo Juan.

- Esperá - dijo Aldo.

- Soy el jefe político del departamento - dijo el borracho.

- Ja, ja, flor de jefe político -dijo Aldo, y se acercó al borracho con el pincel en alto -. Qué vas a ser vos el jefe político, infeliz.

- Bueno, entonces soy el guardaespaldas del doctor Arredondo - dijo con menos convicción el borracho.

- Bueno, entonces te voy a dar unos retoques en el bigote -dijo Aldo, pintándole toda la cara.

Se fueron. El borracho los insultaba desde el suelo, donde había caído buscando una piedra para defenderse.

En la esquina siguiente oyeron todavía:

- Viva el doctor Aguirre Cámara. Viva el Partido Demócrata, No pasarán.

- ¿Quién es? - preguntó Juan.

- Uno que trabaja en lo de Bolinger - dijo Aldo.

En la esquina de la farmacia pegaron varias de las tiras que Juan llevaba bajo el brazo, enrolladas: (vote por la Unión Cívica Radical; Sabattini gobernador). Despegaron varios carteles de los demócratas y pegaron otros en las persianas de "Casa Don León". El cielo estaba estrellado, y por las calles corría un aire frío.

- Por aquí - dijo Aldo, para no pasar cerca de la Comisaría.

Poco después llegaron a las tapias del corralón, de media cuadra por lo menos. Juan sostenía el tarro de la pintura. Aldo pintaba.

- Aquí cabe toda la lista; hay espacio de sobra - dijo Aldo.

Se oyó un silbido agudísimo.

- ¿Oíste?

- No. ¿Qué?

- Un silbido.

- No oí nada.

- Me habrá parecido.

Las vías del tren, mucho más altas que la calle adyacente, en que ellos estaban, corrían paralelas a la misma. Juan miró y advirtió ese peligro.

- Detrás de las vías podría haber alguien - dijo.

Aldo volvió el rostro bruscamente y miró hacia las vías.

- Tenés razón - dijo, y en el acto oyeron el botellazo. La botella se estrelló contra la tapia, muy cerca de Juan. Corrieron hacia abajo por el centro de la calle.

- Alzá piedras - dijo Aldo.

Corrieron unos veinte metros y arrojaron algunas piedras hacia

el otro lado de las vías. §

Sonó un disparo. Oyeron el silbido del proyectil.

- Mejor nos tiramos al suelo - decía Juan mientras corría al lado de Aldo.

- Estás loco, a ver si nos acribillan.

Hasta que llegaron a la esquina hubo tres disparos más. Se detuvieron jadeantes. Juan se sentó en un umbral, Aldo en el cordón de la vereda.

- No creo que vengan hasta acá, pero vigila por si acaso - dijo Aldo.

- ¿Quiénes serían?

- Seguro que los Pacheco. Los apaña la policía.

- Eh, ¿hasta eso?

- ¿Vos no sabías que la policía ha armado a un montón de tipos para perseguir a los radicales? Pero te juro que las van a pagar todas juntas.

Se levantó y dijo:

- Vamos, Juan.

En la corrida habían perdido baldes, tarros y rollos. Tenían las manos libres ahora.

El Comité estaba cerrado. No había un alma por las calles.

- Entonces vamos a ~~mi~~ casa - dijo Aldo.

El doctor López dormía, pero se levantó enseguida. Asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

- Algo grave - dijo Aldo.

- Pasen.

Aldo hablaba exitado, explicando lo ocurrido. El doctor López lo oía con el ceño fruncido. Juan relajó los músculos. La presencia del doctor López lo tranquilizaba.

- Sí, esa gente trabaja en complicidad con la policía - admitió el doctor López.

- Este no puede seguir así, doctor.

- No, claro - dijo como pensando el doctor López -. Seguro que había algún policía con ellos. Les tiraron botellazos para que ustedes pelearan con ellos. Después intervenía la policía y a us-

tedes los metían presos por desorden. Ese es el ~~juguete~~ juegoito, ¿se dan cuenta?

- Sí, ¿pero los balazos? - exclamó Aldo.

- No creo que les tiraran a pegar. Quisieron asustarlos, nada más. Saben que van a perder las elecciones y que si hacen macanas así los vamos a llevar ante la justicia.

- Estoy seguro de que eran los Páchecho - dijo Aldo.

- No cabe la menor duda - dijo el doctor, y Juan siguió con los ojos sus movimientos hasta un armario próximo. El doctor abrió y sacó una caja, que colocó sobre el escritorio.

- Los apaña el comisario - dijo Aldo.

- Bueno - dijo el doctor López, abriendo la caja -. Con esto no van a tener necesidad de correr tanto. Pero de esto ni una palabra a nadie.

Sacó dos revólveres, uno en cada mano. Le entregó uno a Aldo, que éste escondió entre sus ropas. Abrió el tambor del otro, le puso cinco proyectiles y se lo dio a Juan.

- A no hacer macanas, muchachos; usenlo nada más que para defenderse. Ahora vayan a dormir. Mañana nos vemos en el comité.

En el reloj de la iglesia eran las tres. Cruzaron la calle principal, en la esquina del cine, y pasaron enfrente del Comité. Caminaban rápido, en silencio, sintiendo el peso del arma en las ropas livianas y el ruido de los tacos en la vereda. Al doblar en una esquina se pararon bruscamente. Juan sintió encogersele el estómago; bajo el farol yacía un hombre, de espaldas, con los brazos abiertos. Tenía manchas rojas en la cara, en las manos y en el vientre. Aldo se acercó y lo puso de costado con un pie.

- Mirale al guardaespaldas - dijo sonriendo -; se ha embadurnado todo con la pintura. A ver si te vas a dormir la mona a tu casa.

Salieron a las vías férreas y tomaron por allí en vez de bajar al camino. La calle, a poco, quedó allá abajo. Pronto divisaron la tapia del corralón.

- Desde aquí nos tiraron el botellazo. ¿?

- Seguro que había milicos.

- Después los tipos corrieron por aquí y desde allí nos tiraron.

- Sí; y nosotros íbamos por allá. Después bajaron por allí y se fueron para allá.

-Desde la estación de servicio podían espíarnos tranquilamente.

Bajaron, saltaron el alambrado que separaba las vías de la calle, y recogieron el balde y los tarros que habían quedado allí. Un lechero pasó al trote, Macia el bajo, por el camino viejo, ladraban los perros. Volvieron por la calle y al llegar otra vez al cruce de las vías, Aldo le pidió el balde.

- Te acompaño hasta tu casa si querés - dijo Juan.

- No, hombre. Mejor te vas a dormir. Mañana nos vemos en el Comité.

Juan subió lentamente por la calle que lo conducía a su casa. Cantaban los gallos. Al llegar, antes de entrar, se apoyó en el pilar de la puerta de alambre tejido. Arriba, en la punta del eucalipto, corría viento. El cielo estaba claro, como si el viento lo barrierá.

-Elsa - dijo muy despache, como si ^{alguien} ~~alguien~~ pudiera oírlo.

Entró. En la sala vio varias valijas amontonadas.

- Se ve que vino Elena - dijo en voz alta, como para borrar lo que había dicho antes.

CAPITULO V

Abrió los ojos, miró el techo, las paredes, la cama vecina. Supo inmediatamente que la Estación llena de trenes quedaba muy lejos, con el pañuelo y los ojos de su papá. El camioncito del tío Rupil, en cambio, parecía estar muy cerca de allí, del otro lado de la pared. El tren remoto había seguido hacia allá, hacia otras estaciones desconocidas, donde quizás hubiese otros tíos Rupiles, otras tías Elenas. Primero había desaparecido el tren, después el humo. Habían quedado las montañas, que estaban allá afuera, tan azules como el humo.

Desde la cocina venían voces bajas, por las que se enteró de que ese día lo llevarían al médico. La cama adyacente estaba destendida, con las sábanas arrugadas, y un gato gris dormía en una orilla, con las patas estiradas hacia el aire. Era la cama del tío Juan. Giró la cabeza hacia la pared y vio que por debajo de su propia almohada asomaba un palo en forma de V. Lo tomó y apareció tras él una honda de goma roja, igual a la que protegía las ruedas del auto que le habían regalado. "Pedro", pensó, y recordó que la tía le había dicho que esa noche dormiría con él. Pero no lo había sentido. La tía Elena entró en puntas de pie y lo llamó. Cuando él dijo que estaba despierto, llegaron sucesivamente, desde la cocina, las mismas voces, ahora fuertes y claras, de las tías y de la abuela.

La tía Elena lo alzó y lo llevó hasta allá.

- Dormiste bien, ¿eh?

- Hoy vamos a pasear.

- La nona mató una gallina.

Este último lo dijo la propia nona, mientras él se lavaba la cara en el baño. Vio su cara en el espejo, los ojos aun soñolientos, las mejillas pálidas. "Guarda, guarda", restallaban

en la memoria las palabras del abuelo.

En la cocina, la abuela lo alzó y le dijo:

- Pero qué chico más lindo - y destapó una olla donde hervía una gallina entera.

Salieron al patio, y, desde los brazos de la abuela, vio por primera vez a Pedro. Este estaba agachado, con la cabeza bajo el grifo, y con un brazo grande y poderoso bombeaba el agua, que caía en su nuca y le salpicaba todo el cuerpo semidesnudo. El agua sobrante caía en una tina de madera y volcaba por los bordes. Desde allí el agua se repartía, por pequeñas canaletas, en distintas direcciones.

- Ese es el sinvergüenza de Pedro - dijo la abuela.

Pedro se acercó, le dijo "hola" alegremente, y tomó la nariz de la abuela.

Entraron en la cocina, La tía Pina preparaba el desayuno.

- ¿Y el abuelo? - preguntó Juan.

- Se fue a trabajar con el tío Juan - dijo la abuela.

- Vos no lo conocés al tío Juan - dijo la tía Pina.

- Después te llevo para que veas cómo trabajan - dijo Pedro.

- Usted no saca el chico a ninguna parte - dijo la tía Pina -.

Esta tarde vamos a salir a pasear y a ver al médico. Y a comer higos.

- No importa - le aseguró Pedro -. Después te llevo.

La abuela lo besó y lo sentó en una silla. A través del beso sintió que la abuela era una tía Elena más vieja, y que su madre, allá lejos, era también una tía Elena.

La tía Elena entró en eso y se sentó, con todos, a la mesa. Era como si volviese desde un recuerdo.

Pedro era brusco para todo y comía velozmente. Tomaba la cuchara con el puño y sacaba de la taza los trozos de pan ya hinchados conque la había llenado. Para hacerlo, arrancaba con las manos trozos de miga y luego con los dientes cortaba la corteza y escupía los trozos en la taza. El quiso hacer lo mismo, pero su tía Elena le dijo:

- No; así no. No comás como esta bestia.

Pedro la miró y le dijo una palabrota. La tía Elena lo golpeó en la cabeza con el puño.

- Pican los mosquitos - dijo Pedro, rascándose donde Elena le había pegado.

La tía Pina y rió con ganas; la misma tía Elena sonrió un poco. Juan miró detenidamente a Pedro; los enormes músculos, los hombros grandes, el pelo lacio y negro cayéndole, húmedo, sobre la frente. Y vio también, en sus ojos, un fulgor extraño.

- Entonces - dijo Pedro mirándolo - nos vamos a El Alto, donde trabaja el papá y Juan. Juan cava un pozo. Pim, pum, el papá clava un poste. El papá agarra el alambre y lo estira, y en cada poste clavan un clavo y en dos patadas está cercada la casa. Pero después vas a ver, cuando hagamos pájares para los turistas. Ja, ja: "pájares".

- Usted no lleva el chico a ninguna parte - dijo la tía Elena.

La abuela endulzaba todavía la taza de leche destinada a él, cuando Pedro se levantó bruscamente, haciendo caer la silla hacia atrás.

- No quiero más - dijo, y entró en su pieza, de donde salió después con la honda al cuello.

- Hoy no salís - le dijo la tía Elena -. Tenés que acompañarnos al médico.

- ¿Al médico yo? - exclamó - ¿Para que me pongan otra vez inyecciones en la panza? Ya me pusieron cuarenta inyecciones en la panza, mi hijita.

- Otra vez todo el día en la calle - dijo la abuela tomándose la cabeza.

- Yo no estoy nunca en la calle; estoy en el monte - afirmó.

- Mamá - dijo la tía Elena -; decile que nos acompañe al médico.

La abuela lo miró con ojos ~~miró~~ severos.

- Como si quedara tan lejos y fueras a perderte - dijo Pedro.

- Después - dijo ella - le dicen cosas en la calle a una.

- Como si no te gustara - dijo Pedro.

- ¡Mamá! - chilló la tía.

- ¡Mamá! - dijo la abuela.

- Vení, Juancito.

Pedro estaba sentado ante el volante del Ford T, y con manos experimentadas movía palancas, botones y pedales. Con la boca imitaba el ruido del motor y, según parecía, corría a gran velocidad. Cuando llegó Juan, fingió detener el vehículo y dijo:

- Vos vas a ser mi acompañante. ¿Te gusta el coche?

- Sí.

- Es un Mercedes Benz, el más rápido del mundo. Zatuszeck corría con Mercedes Benz.

- ¿Quién es Zatuszeck?

- El mejor corredor del mundo. ¿Cuántos años tenés?

- Seis.

- Ja, ja. Sos muy chico. Yo tengo 15. Mirame los músculos. ¿Y los tuyos? Ja, ja. Miren qué músculos. Bsss...- e hizo sonar los labios con un ruido similar al que usaba para imitar el ruido del motor, pero como si éste fallase.

- ¿Nunca peleaste con nadie? - dijo Pedro.

- No.

- Bsss.

- ¿Y sabés nadar?

- No.

- ¿Y manejar autos?

- No, tampoco.

- Bsss. Yo te voy a enseñar.

- ¿Vos sabés manejar?

- Por supuesto.

- ¿Por qué te pusieron tantas inyecciones?

- ¿En la panza?

- Sí.

Pedro se puso a reír aparatosamente, como si él mismo se provocase la risa, la alegría.

- Porque me mordió un perro enfermo de la rabia. Yo los quise morder a todos, pero ellos me pusieron las inyecciones.

- ¿Y vos estabas enfermo de la rabia?

- No me acuerdo, pero mordí a varios. A un amigo mío lo mordió un

perro rabioso y tuvieron que matarlo.

- Pobrecito el perro.

- ¿El perro? Ja, ja. El chico. Mataron al ~~mismo~~ chico. Lo ataron con alambre en un árbol y ¡pum! Un tiro de escopeta.

- Son mentiras.

- Te lo juro - dijo, y besó una cruz que hizo con los dedos.

- ¿Y a vos te iban a hacer lo mismo?

- Yo les rompo la cara.

En la puerta de calle, de alambre tejido, una mujer golpeaba las manos. A su lado había un chico alto y flaco con un ojo vendado. El vendaje le abarcaba todo el ojo y parte de la cabeza.

- Ya va - gritó una de las tías, desde el interior de la casa.

- ¿Vos sos radical? - preguntó Juan.

- ¿Radical? Yo soy Peter Clayton.

- ¿Cómo?

- Peter Clayton.

- ¿Y por qué?

- Es mi nombre de corredor.

- ¿Y de dónde lo sacaste?

La mujer y el chico alto hablaban con la tía Pina.

- Es en inglés. Vos no sabés nada. Para correr carreras me llamo Peter Clayton. Yo hablo inglés.

- Hablá.

- Good bye.

- ¿Y quién te enseñó?

- Mister Robert. Vos no los conocés. Viven cerca del Alto. Tienen una casa linda y en verano se van lejos. Son muy ricos.

Al pequeño grupo de la puerta de calle se había agregado ahora la tía Elena. Pedro, que había estado pensativo un momento, dijo de pronto:

- Algún día me voy con ellos.

- ¿Te vas a Buenos Aires?

- No sé. A Europa, lejos. Me llevan para siempre con ellos.

El grupo de la puerta de calle estaba ahora en el patio delantero de la casa, y estaba la abuela también, que acababa de llegar.

- Madonna santa - decía la abuela, tomándose la cabeza.

Pedro advirtió el gesto y le dijo a él:

- Ojo. Se va a armar la gorda.

- ¡Pedro! - gritó la abuela, fuerte, con un grito tal que en la sílaba do se le destempló la voz.

- ¿Viste? Se va a armar la gorda. Mejor me las pico - dijo Pedro, y se encaminó hacia el fondo de la casa, a través de la huerta.

- Le ha pegado un hondazo en el ojo al pobre chico - dijo la voz, ahora en su tono natural, pero con matices de ira.

- No fue un hondazo - gritó Pedro desde la huerta - :fue una trompada-. Cuando llegó al arroyo, y antes de subir hacia la calle opuesta, dijo con una voz como para que él solo la oyese: - me voy a la casa de Mister Robert.

La mujer y el chico flaco se habían ido.

- ¡Vigliacci! - gritó la abuela, cuando vio que Pedro había desaparecido.

- Miren esto - dijo la tía Elena trayendo unos curiosos elementos que había encontrado debajo del colchón de la cama de Pedro-. Miren esto. Algún día va a matar a alguien.

La abuela observó aquello y volvió a tomarse la cabeza. La tía Elena dejó todo sobre la mesa, y Juan se acercó. Eran unos alambres gruesos, todos del mismo largo, aguzados en un extremo y aplanados en el otro, de unos 30 centímetros. ~~mammmmmmm~~ Había además una varilla arqueada, cuidadosamente pulida, cuyos extremos estaban unidos con un trozo ancho y largo de ^{goma de} cámara de auto. Como él mirase extrañado, la tía Pina tomó uno de los alambres aguzados, ~~//~~ lo colocó entre la goma y la varilla arqueada y apuntó hacia un lugar incierto.

- Arco y flechas - dijo como divertida, y puso todo sobre la mesa.

Juan, al ver la hermosa figura de la tía Pina, pensó que era muy parecida a Pedro, quizás por la poca edad, y que tampoco parecía una tía de verdad, como lo era sin duda la tía Elena. Sin

embargo, le costaba llamarla "tía", como le hubiera costado llamar "tío" a Pedro.

La abuela estaba preocupada, en una actitud como de furia contenida. La furia aquella, sin embargo, se expresaba a través de la tía Elena, que exageraba, con la boca y con la cara, cada palabra y cada gesto de la abuela.

- Una verdadera vergüenza - decía la tía Elena, mientras cortaba verduras con un cuchillo pesado.

Juan se echó en la cama y tomó la revista que le había comprado su padre en la Estación. Le gustaba la letra menuda y pareja y también las figuras. Las letras, que siempre había desdeñado, le parecían ahora otras especies de dibujos, de figuras, y le agradaba el aspecto grisáceo que tenían sobre el papel amarillento. Eran casi las mismas letras de los diarios, quizás un poco más grandes, de las que su papá, con la pipa en la boca, extraía voces que contaban cosas probables y lejanas. Recordaba ahora que mientras su padre leía el diario, su madre, a veces, solía decirle "lé fuerte". Su papá respondía con un sonido emitido dentro de la boca cerrada, sin despegar los labios donde sostenía la pipa. Al rato la madre volvía a insistir, y entonces él, plegando el diario convenientemente, decía: "Dios me puso sobre vuestra ciudad como a un tábano sobre un noble caballo para picarlo y mantenerlo siempre despierto". Entonces su mamá decía "por favor", y el padre leía las noticias policiales. A ratos leía en serio, a ratos inventaba, él lo sabía. Era la época de los cuenteros del tío. "Venden un tranvía a un cordobés", decía su papá, a lo que su mamá respondía "mentiras, mentiras".

- Y dijo que iba a hacer la denuncia en la policía - dijo la tía Elena.

- Mejor. Mucho mejor. Ya estoy cansada de todos ustedes - dijo la abuela-. Que lo pongan en la cárcel.

- Claro, ahora agarrátela con nosotras - dijo la tía Elena.

En la revista había unos hombres bigotudos y mujeres con sombreros que cubrían casi toda la cabeza y parte de la frente. Había

también un dibujo que representaba a un hombre con cuerpo de zorro.

- El flaco ese me dice siempre cosas en la calle-dijo la tía Pina -.Bien hecho que le haya pegado.Me gusta.Me gusta.

Juan, que había empezado a sentir admiración por Pedro, agradeció secretamente las palabras de la tía Pina.

Parece que la tía Pina había advertido un silencioso llorar de la abuela, porque en un momento dado dijo pero qué te pasa ahora y la abuela respondió, desatando finalmente el llanto:

- Desde que lo mordió el perro ese quedó así, poverino.

Juan pudo advertir, tiempo después, que, en efecto, algunas huellas había dejado en él la mordedura. Le contaron que había quedado todo deformado, los ojos extraviados, la lengua afuera, pero que poco a poco, a medida que Pedro crecía, todo fue desapareciendo hasta volver al estado primitivo. Sin embargo un rasgo imperceptible casi, en los ojos, se advertía a veces, sobre todo en los momentos de ira o de alegría, como si el perro, que el abuelo había matado con un tiro de escopeta, sobreviviese en ese resplandor de la mirada.

La abuela solía afirmar que Pedro era díscolo, desobediente, altanero, peleador y mal hijo por culpa del perro.

"Le abrí un boquete así, y el chorro de sangre saltaba para arriba", contó muchas veces el abuelo.

Tanto en así como en arriba, el abuelo indicaba con los dedos para expresar tamaño y dirección. Y otras muchas veces, de noche, el abuelo contó:

"Parecía el diablo. El dueño del perro me miraba desde la puerta y no decía nada. Los ojos le brillaban, igual que el perro. Si me hubiera dicho algo, seguro que le meto un tiro a él también. Pero no dijo nada, así que se salvó. Después se llevó al cuerpo del perro, que había quedado en la calle, cerca de la puerta de su casa. Yo me volví con la escopeta al hombro. Le hicieron llevar la cabeza del perro a Córdoba, al Antirrábico, amigo".

- Sí; y a vos te convence como se le antoja -dijo la tía Elena-. Y mientras tanto no hace caso a nadie y vive en la calle y pelea

con todo el mundo y nos hace quedar como la mona en todas partes.

- Mentira - dijo la abuela dejando de llorar -. En todas partes lo quieren -. Y agregó después, como si estuviese por llorar nuevamente, pero sólo en la voz, no en los ojos, con un temblor que era a la vez ira y resignación: - Mejor que Dios se lo hubiera llevado entonces.

- Mamá - gritó la tía Pina -: ¿la terminás de una vez?

- Mister Robert lo quiere - dijo la abuela.

La tía Elena sonrió, miró detenidamente a la abuela y dijo:

- ¿Así que vos también creés que existe ese Mister Robert?

Juan se acordó del auto de lata, que estaba debajo de la cama, y salió luego al patio llevándolo debajo del brazo. Hubiera querido jugar, como otras veces, allá en su casa, pero la imagen de Peter Clayton lo acosaba ahora. Miró el alambrado que daba al arroyo y se acordó de no fue hondazo fue trompada. Cuando volvió a la cocina, al rato, habían cambiado de tema. La voz de la abuela era normal, como si no hubiese llorado nunca en su vida.

- No señor - decía la abuela -. A Cosquín el chico no va.

Juan, por lo que le había oído al abuelo y a Pedro sobre Cosquín, tenía terror de ir alguna vez allá. Según el abuelo, las calles estaban llenas de tuberculosos. Pedro decía que Cosquín era bajo y que si los tuberculosos tomaban el ómnibus y venían al pueblo de ellos, más alto, morían antes de llegar. "Se caen muertos por las ventanillas; no pueden aguantar el aire", decía.

Para él, de acuerdo a las categorías establecidas por el abuelo, había dos tipos de réprobos irremediables: los lomos negros y los tuberculosos. De lo primero uno podía salvarse siendo radical; de lo segundo, comiendo mucho y no yendo a Buenos Aires, donde el simple y fino aire, completamente sucio, enfermaba.

Hacia el mediodía llegó Pedro. Venía todo sudado y con la ropa, como siempre que venía de afuera, hecha jirones.

La tía Elena se paró ante él, con las manos en la cintura, y le dijo como informándolo, sin tono de reproche y con voz monocorde:

- Te van a denunciar a la policía.

- Y a mí qué - dijo él alzando los hombros.

- Lindo nos vas a hacer quedar - dijo la tía Elena.

- Si me pueden agarrar - dijo después alegremente, y contó ense-
guida que había estado en El Alto y que no vendrían a comer porque
querían terminar el trabajo ese día /.- Ahora te venís conmigo
-le dijo a él por lo bajo -.Vamos a llevar la comida al Alto.

- Bueno - dijo Juan, también en voz baja.

- No te da vergüenza pegarle a ese pobre chico - dijo la tía
Elena.

- Me insultó la madre. Y no fue un hondazo. Fue una ~~graxa~~ ~~trompada~~
si querés saberlo - dijo Pedro.

La tía Elena tomó el arco y las flechas, que Pedro le arrebató
en el acto, y le dijo:

- Estos son los lindos juguetes que tenés.

- Es para cazar liebres - dijo Pedro, y poniendo los labios en
la oreja de Juan agregó:-Decile a la nona que te deje ir conmigo.

- Bueno - dijo la abuela después -. Pero que se ponga el sombre-
ro.

La tía Elena opuso alguna resistencia, invocando al doctor López,
pero finalmente aceptó.

- Es que tenemos que ir al médico-dijo.

La abuela ató en una servilleta una cacerola, en la que había
puesto trozos de ave y tallarines. En otra servilleta, un poco
más chica, ataron una botella de agua, pan y cubiertos.

Poco después estaban en camino. Cada uno llevaba un bulto. El
Fortachín del tío Rupil no estaba en la puerta. Tomaron el camino
que había hecho antes con la tía Elena. Subidas y bajadas.

-¿Queda lejos el Alto? - preguntó.

- Pasando la Estación, mucho más allá. Hay que cruzar una loma.

Hacia ambos lados del camino había alambrados de cuatro hilos,
dos de púas y dos lisos. Pedro pasó rápidamente entre los mismos
y ganó el monte ralo, donde nacía una loma con vegetación baja y
pobre.

- Por aquí queda más cerca. Cruzá - le dijo.

Juan cruzó con algún trabajo. A poco andar, Pedro se detuvo

como una estatua, y con una mano echada hacia atrás le indicó que se detuviera. Dejó la cacerola en el suelo y sacó la honda, que llevaba al cuello. Se había oído un minúsculo ruido entre las malezas. Empezó a acercarse con movimientos medidos, sin hacer un solo ruido, mientras cargaba la honda con una piedra que había sacado del bolsillo. Juan, en tanto, vio a su lado un montículo de tierra morena y lo pateó. Peter Clayton aflojó de golpe el cuerpo y bajó la honda, que había mantenido enhiesta e inmóvil como si fuese otro controlado miembro de su propio cuerpo, y soltando una carcajada dijo:

- Era una lagartija.

Juan alcanzó a ver una raya verde que se deslizaba velozmente ante ellos y se perdía entre unas piedras, y en el acto sintió que algo le caminaba por las piernas y enseguida por todo el cuerpo.

- ¿Viste la lagartija? - dijo Peter.

- Sí...

- Si hubiera sido un chelco o una víbora le saco la cabeza.

Juan se sacudía las piernas con las manos. Peter Clayton comenzó a reírse aparatosamente, tomándose el vientre, como si lo tuviese gordo y colgante.

- ¿Te agarraron las hormigas? Ja, ja. Te agarraron las hormigas.

- Metí el pie ahí.

- Ya sé - dijo él, y volvió a reírse/^{tomándose otra vez}~~manteniéndose~~ el imaginario vientre.

Tuvo que desvestirse y arrancarse una por una las hormigas. Habían terminado de cruzar la loma y estaban ahora en otro camino, similar al anterior pero bordeado de eucaliptos. Juan pensó que ahora tomarían por allí, y se detuvo un instante, mirando molinos lejanos, mientras Peter Clayton cruzaba otra vez un alambrado. El miraba los molinos como si allá tuvieran que ~~mirar~~ ir. Pedro había cruzado ya e iniciaba la marcha sobre otra loma, más tupida que la otra, con juyos altos y verdes. Lo miró un instante y avanzó hacia el alambrado, para cruzar él también. Peter Clayton parecía, desde allí, algo soñado.

Descendieron hacia un arroyo y treparon por otra loma, más empinada. A Juan le sorprendía el absoluto desprecio de Pedro por los caminos. Marchaba detrás y lo veía, ágil y aéreo, saltando sobre las piedras.

- Un camoatí - le dijo volviendo voz y rostro a la vez, y siguió caminando. Juan vio una esfera casi negra, donde zumbaban algunas abejas.

- Otro día lo sacamos.

En lo alto se detuvieron para mirar un pájaro de colores vivos.

- Son canarios de distintos colores. Allá hay una reina mora - dijo Pedro.

- Me gusta más el canario - dijo Juan.

Pedro soltó otra de sus carcajadas.

- Vos no viste todavía los que hacemos en casa, ¿no? - dijo.

- No, no lo he visto.

- Hacemos toda clase de pájaros, para los turistas. Son pájaros que no hay en ninguna parte del mundo, salvo en el Brasil.

- Y de qué son los pájaros - preguntó.

- Cómo de qué son. Son pájaros. Entrampamos loros y el papá les hace unos menjunjes y después se los vendemos a los turistas. También hacemos dioses indígenas, con piedra sapo. El año pasado nos llenamos de plata. Cuando no hay alambrados para hacer, hacemos pájaros raros. El año pasado vendimos más de mil loros. Quedan pocos por acá. Hay que ir a buscarlos más lejos. Yo sé adónde hay muchos.

Oyeron un rumor de agua.

- El dique de las Siete Caídas - dijo Pedro.

Una gran extensión de agua apareció a la derecha, abajo, recordada bruscamente en siete chorros planos, en siete caídas de agua.

Caminaban por un sendero angosto, lleno de piedras. El bulto que llevaba Juan, de pronto, cayó de sus manos al chocar contra una piedra, y él vio que Peter Clayton estaba ahora inverso en el aire. Sintió que no podía respirar y que caía sin solución. Sintió el agua a sus espaldas y vio, mientras se hundía, los ojos de Peter

Clayton, allá en lo alto, y a él mismo, que de un tirón se sacaba el saco bolsudo que tenía puesto. En el agua, junto a su cuerpo, había trozos de palos, algo como un musgo verde. Después no vio nada, sintió los brazos potentes que lo llevaban hacia la orilla. Tenía ganas de llorar. Peter Clayton parecía una cosa luminosa, lejana, ~~masmasma~~ presente.

Se sentaron en la orilla. Pedro miró hacia arriba, jadeante, y dijo:

- El asunto va a ser subir.

Juan alzó los ojos. Trozos de roca viva, cortados a pique, arbustos aferrados a las piedras, secos, como largos dedos en el aire, todo eso los separaba ahora del lugar por donde iban pasando en el momento de caer. Allá había quedado el saco bolsudo y los dos bultos.

Hicieron un largo rodeo para llegar. Cuando estuvieron arriba, Juan comenzó a llorar silenciosamente.

- ¿Tenías miedo de ahogarte? - dijo Pedro casi con alegría.

- No sé - respondió.

- He salvado a muchos turistas - dijo Pedro, prosiguiendo la marcha. Juan sentía la ropa pegada al cuerpo y el ruido del agua aplastada en el fondo de las zapatillas. Peter Clayton caminaba a su lado, acortando sus pasos para no separarse demasiado de él. Dándole un codazo le dijo:

- Cuando veo a un turista que se ahoga, lo primero que hago es desmayarlo de una trompada. Después lo saco de los pelos. Si vos no le pegás la trompada, y bien pegada, a lo mejor el tipo te manotea y se ahogan los dos. Cuando están desmayados, los turistas flotan solos. No tenés más que empujarlos hacia la orilla. Después no te dan ni las gracias.

El tío Juan era más lindo que Pedro, pero tenía una mandíbula severa, como si siempre estuviese enojado.

- Así que somos tocayos - le dijo.

- Sí tío - respondió.

El abuelo se puso a reír cuando le contaron que se habían caído

en un arroyo. El tío Juan dijo, sin perder su aspecto severo, pero con alegría, que un remojón nunca estaba de más. Comían sobre una piedra plana. Las mandíbulas del tío Juan eran potentes. Después de las mandíbulas, vio la hilera perfecta de postes clavados en el suelo desperejo, y los rollos de alambre preparados.

- Buen trabajo - dijo Pedro mirando con un solo ojo.

- Como si lo hubieras hecho vos - dijo el tío Juan.

- Prefiero los pájaros. No me gustan los postes - dijo Pedro, con desprecio.

- Vuelvan por el camino - dijo el abuelo cuando terminó de comer, chupándose los bigotes. El tío Juan tenía las manos sucias y llenas de callos. Al abuelo le brotaban gotas de sudor bajo el ala del sombrero. El abuelo se escupió las manos y se puso a centrar un poste en medio de un hoyo cavado, donde el tío Juan echaba paladas de tierra que luego apisonó con un palo largo y grueso. Pedro tomó la cacería, los cubiertos y la botella, e hizo un solo bulto con las dos servilletas. Cuando emprendían el regreso, el tío Juan le dijo:

- No le llevés la corriente a este vago.

En el camino vieron un camión muy grande, lleno de leña. Los hombres que iban adentro, ásperos y quemados, parecían ídolos morenos, como los que había visto alguna vez en una revista. El caño de una escopeta asomaba por una de las ventanas del camión. El sol caía a plomo, ardiente.

A mitad de camino se les había secado la ropa. Pedro lo sacudió para sacarle unos restos de los musgos verdes que cubrían el agua.

- ¿Ves aquella casa? - dijo después, señalando hacia lo alto de una loma. - Es la de Mister Robert. Se fueron esta mañana, pero yo tengo la llave, Me la dejaron para que eche un vistazo de vez en cuando.

Y sacando del bolsillo un pañuelo sucio y arrugado le mostró un bultito que había en uno de los extremos, donde estaba la llave.

Juan sintió otra vez que Peter Clayton era algo indefinido y extrañamente presente, un ser casi maravilloso que habitaba una morada lejana, aquella casa que le estaba señalando con la mano

extendida.

- ¿Te vas a ir con ellos?

- Algún día sí - dijo Peter Clayton casi melancólico-. Me quieren mucho. Todos los meses me dan plata.

- Yo tengo plata - dijo Juan.

El no olvidaría nunca la cara de Peter Clayton cuando le mostró los cien pesos. Fue algo como el terror lo que alteró su rostro. Posiblemente jamás había visto semejante suma.

- A ver - le dijo, y lo miró detenidamente para agregar enseguida: de dónde lo sacaste.

- Me lo dio mi papá.

- No hay que decir nada a nadie. Vení - dijo, y cruzaron el alambrado.

Subieron velozmente por la loma. Peter Clayton llevaba el billete en una mano y buscaba algo, afanosamente, con los ojos. A poco alzó un tarrito rojo, que golpeó contra una piedra para limpiarlo, y le dijo que lo siguiera. Al llegar a un punto boscoso, Peter Clayton se detuvo bruscamente y miró hacia todas las direcciones. Desató las servilletas, sacó un cuchillo y empezó a cavar un hoyo, ayudándose con las uñas.

- Una piedra - dijo extrayendo un trozo de roca, que dejó a un lado. Luego ~~mmmá~~ extendió un instante el billete e hizo ^{con él} una pelotita que colocó dentro del tarro. Arrancó algunas hojas, con las que cubrió el billete y llenó el recipiente. Tomó otra vez la piedra, que hizo caer en el hoyo, colocó allí el tarro boca abajo, otra piedra encima y luego tierra. Cuando el hoyo estuvo cubierto, arrojó allí algunas brizñas secas para disimular que la tierra hubiese sido removida.

- Vamos - dijo.

Juan estaba estupefacto. Pedro había realizado toda la tarea en silencio, gravemente, como si hubiese sido malo tener ese dinero. Había parecido un perro enterrando un hueso.

- ¿Y después, si lo queremos sacar, vamos a encontrar el lugar? - le preguntó.

- Por supuesto - repuso Peter Clayton.

Después de comer fueron al galpón y jugaron a "Las 500 millas de Rafaela". Pedro fue sucesivamente Satuszgek y después el propio Peter Clayton, por haberse accidentado el primero. Aferrado al volante del decrepito Ford T, se posesionaba. Unas antiparras sin vidrio (de la época en que el tío Juan trabajaba en el taller del alemán), le daban realmente un aspecto de corredor. Imitaba perfectamente, haciendo salir ^{el aire} con violencia por los labios semi-cerrados, el ruido del motor. Y esa ~~pa~~ posición de la boca, y las antiparras, le daban un extraño aspecto que extasiaba a Juan, convertido en su acompañante.

- Falla la bomba de aceite - decía por ahí, y detenía el vehículo un instante para que Juan lo ~~mama~~ compusiese.

- Ya pasamos a Ernesto Blanco - exclamaba después, mirando hacia atrás-. Fallan las bujías, pero las vamos a arreglar sin detener el coche.

Juan, entonces, trepaba peligrosamente sobre alguna parte del vehículo, para reparar la avería.

- Vamos a 200 kilómetros por hora - exclamó Pedro, a la sazón Satuszeck, e inclinó el cuerpo para tomar una curva peligrosa.

- Es mucho, ¿no? - dijo Juan.

- ¿Qué si es mucho? Podemos matarnos. Casi todos los corredores se matan. Pero vos te salvás. Los acompañantes se salvan casi siempre. Saltan como a quince metros del auto.

- Pero vos no te vas a matar.

- No sé. Todavía faltan como noventa vueltas.

El motor rugía, se estremecía, cambiaba el ritmo y la potencia en los cambios de marcha. En los labios de Pedro la saliva era una pasta blanca, espesa como la espuma donde, según le había dicho cuando pasaron por el arroyo, se escondían las ranas.

- Fallan los pistones.

Otra vez Juan, cuya misión era arreglar los desperfectos, trepaba desde su asiento hacia inciertas partes del Ford T, mientras Pedro traducía con su boca los inconvenientes mecánicos. A veces Juan se equivocaba de lugar y trepaba en direcciones erróneas. Entonces Peter Clayton, a fin de no interrumpir la marcha, le gritaba rápida-

mente:

- Los pistones están adelante.

A Juan le parecía ver pasar a gran velocidad el camino que había recorrido con la tía Elena, los arroyos, los burros, la Estación y los trenes. Todo pasaba fugazmente a los costados, como en el tren, pero sin duda más rápido.

- La curva fatal - dijo Peter Clayton.

Juan se tomó fuertemente de las varillas metálicas donde antes había estado el parabrisas, Peter Clayton contorsionó todo el cuerpo, como si hubiese volcado, y durante un momento detuvo el motor.

- Dimos un salto mortal - dijo -, pero caímos bien y seguimos en carrera. Ernesto Blanco aprovechó para pasarnos. Vamos - exclamó, y lanzó el coche a toda velocidad.

Aprendió pronto a despreciar a Ernesto Blanco. Peter Clayton le contó que una vez Satuszeck cayó en un precipicio, donde se retorció de dolor, y que Blanco, que siempre iba atrás, aprovechó para pasarlo. Todos los demás coches se detuvieron para auxiliarlo, pero Blanco pasó de largo y ganó, por única vez, la carrera. Y de este modo Blanco pasó, en la mente de Juan, a engrosar la fila de los tuberculosos y de los lomos negros, o sea el infierno del abuelo.

Pedro, en eso, detuvo bruscamente el motor, sin anunciar previamente fallas mecánicas. Juan quiso levantarse, pero un gesto de Pedro lo inmovilizó. Pedro tomó un trozo de hierro viejo que había sobre los restos del asiento, y llevándolo a la boca, a manera de micrófono, dijo:

- Atención: Carlos Satuszeck abandonó por fallas mecánicas irreparables. Peter Clayton entra ahora a la pista.

- Sos pavo, ¿eh? - dijo el tío Juan, que entraba trayendo la cassetilla llena de herramientas.

Pedro lo insultó. Se bajaron. El abuelo bombeaba agua para lavarse

CAPITULO VI

Un viejito,
lentamente...

El camión regador venía subiendo en dirección contraria a la que él llevaba, arrojando a cada lado una lluvia fina y ondulada que llegaba hasta las rústicas veredas. Los chicos esperaban la llegada del camión, y cuando la lluvia iba a mojarlos saltaban sobre ella. Juan vio de reojo al regador, don Ponce, moreno y bigotudo, y pensó lastimosamente en él, pues había oído al doctor López ofrecer ese cargo al mayor de los Pagani. "Yo no lo aceptaría; no le haría nunca eso a don Ponce", pensó cuando el camión ya había pasado dejando tras de sí el olor de la tierra mojada.

El camino de tierra recién regado le comunicó una sensación de bienestar. Había trabajado todo el día y después se había bañado. Cuando desparramó la gomina entre sus manos le ~~habían~~ dolieron las lastimaduras que se había hecho. "Hasta que se me hagan de nuevo los callos", pensó.

Caminó una cuadra más y dobló hacia la derecha. Antes de ir al comité quería pasar por la avenida; quizás anduviese Elsa por allí, a esa hora en que toda la gente salía a caminar. Desde la Estación hasta el Banco, cinco cuadras, donde la edificación era más o menos densa, constituían el paseo obligado de todo el pueblo. Desde el Banco hacia arriba estaban los terrenos baldíos con sus alambrados metálicos (él había puesto algunos de ellos), donde mercaderes venidos del norte exhibían en verano pieles y tejidos regionales a los turistas.

Había trabajado hasta las cinco. "Se acabaron los tensores, vamos", había dicho el padre, y cuando pusieron todas las herra-

mientas sobre la carretilla agregó: "Trabajo de porquería; prefiero hacer pájaros".

A mediodía tenían casi todos los postes clavados. El padre miró la hilera con un solo ojo y viendo que todos los postes parecían uno solo dijo: "Buen trabajo". Después de la comida colocaron varios metros de alambre, y fue entonces cuando el padre le preguntó de pronto, como si durante toda la mañana hubiese estado preocupado por eso: "Pero vos lo viste a Cantoni; le tiraste algún tiro". "No, yo no lo vi ni le tiré ningún tiro; yo iba allí y hacía lo que me ordenaban". "Pero entonces qué hiciste", dijo casi sonriendo mientras miraba si la altura del alambre coincidía con el extremo del poste. Juan vio que los bigotes blancos se movían con la sonrisa. "Pero entonces hacían tiros al aire", dijo su padre, tratando de comprender y sonriendo aún, aunque él no vio su sonrisa sino el movimiento rítmico de los bigotes. "Qué tiros al aire ni ocho cuartos; volteamos a varios", dijo él. El padre protestó entonces porque un tramo de alambre venía con fallas. Había que coftar para aprovechar el resto. "Qué macana", dijo Juan. "Industria argentina", dijo el viejo. "Esa revolución debe haber sido como la de Uriburu. Hicieron un bati-fondo y después no pasó nada. El pobre Yrigoyen estaba viejo. Qué iba a hacer el pobre viejo. Me contó el tío Pancho. Dice que en la casa de él compraron comida para tres meses, guardaron agua en damajuanas y qué sé yo cuántas cosas más, por si la revolución duraba mucho. Y en un ratito, ¡pim pum! se terminó todo. A Martín García. Me imagino qué habrán hecho con tanta comida." "Sí", dijo Juan, y se sentó sobre una piedra. El viejo se sacó el sombrero, se pasó una mano por la frente sudorosa y se sentó a su lado. "Pero decime, hay una cosa que no sé todavía". Juan lo miró. "¿Cantoni era lomo negro o radical?". Juan se quedó pensativo. "No sé", dijo al rato. "Vamos a salir de apuro con tus revoluciones", dijo el viejo, y cargó las herramientas. En el camino todavía volvió a preguntarle: "¿Pero no lo pudiste ver ninguna vez?". "¿A Cantoni?". "Sí, a Catoni!" "Y, yo no sé, yo tiraba;

alguna bala podía darle a Cantoní". Hacía un par de años que le preguntaba siempre lo mismo.

Sonrió pensando en esa conversación. Estaba en la Avenida. En el bar "Las dos banderas" estaban los Pacheco. Bermúdez, el cabo de la policía, estaba con ellos, de civil. "Son éstos", pensó, y los miró de reojo. Ellos también lo miraron de reojo. "El día que los agarre les rompo la jeta" pensó, como si se lo estuviera diciendo a Aldo.

La gente iba y venía desde la Estación hasta el Banco. Se encontraban unos con otros y se saludaban. Volvían a encontrarse y otra vez se saludaban. Casi todos los negocios tenían un tinte turístico. "Foto Ferrer: señor turista revele aquí sus fotos". "Nu Perá, los mejores alfajores". "Casa Anizeto, regalos regionales". Todo tendía a crear un mundo maravilloso para el turista. Los altoparlantes del carro de la propalación ("Una voz nueva para un pueblo nuevo") ensordecían a la gente con el último tango.

En la esquina del cine estaba parado Nemesio con sus pantalones amarillos y su cara renegrida, mirando el aire. Juan le dio un codazo al pasar.

- Se te va a llenar la boca de moscas - le dijo.

- Hola, Juanchilo - dijo Nemesio.

Iba a seguir su camino, pero se acordó de una sentencia del doctor López, que Aldo juzgó importante: "hablar con la gente, con los amigos; un solo voto es precioso para nosotros". De modo que un poco por simpatía hacia Nemesio ("La Pulga"), y otro poco por el partido, decidió detenerse.

- ¿Hoy no trabajás? - preguntó.

Nemesio estaba impecablemente peinado, sin la boina que usaba todos los días. El pelo le brillaba como si se hubiese puesto aceite comestible, lo cual era cierto. Las mangas de la camisa roja ya descolorida le llegaban casi hasta el codo. Tenía las manos en los bolsillos de los pantalones. Se rascaba.

- No - dijo Nemesio.

- ¿Tenés pulgas?

Nemesio lo miró.

- Yo ya no me enoje porque me digan Pulga. Y los que me digan Pulga son unos boludos - dijo.

- Yo no te lo decía por eso. Como estás meta rascarte...

Nemesio ~~no~~ sonrió mostrando los dientes.

- Está jodida la cosa - dijo.

- ¿Con el trabajo?

- Sí. Me suspendieron por quince días. Dicen que no hay pólvora. Pero podríamos hacer adoquines. Hay granito a patada para eso.

- Oíme una cosa, Nemesio. ¿Vos creés que te suspendieron por falta de pólvora? Te suspendieron porque saben que sos radical.

- No soy tan sensato como para no darme cuenta. Suspendieron a varios. Yo sé que es por las elecciones. Si no votamos por ellos nos dan el vale. El viejo Pacheco ya nos dijo que hay que votar a conciencia, o sea por los demócratas.

- Pero entonces dejá de trabajar en esas canteras. Hay muchas.

- ¿Muchas? Son todas de los Pacheco.

- ¿Y la de los Conti?

- Los Conti son unos boludos - dijo Nemesio, siguió mirando hacia el aire distante.

"Dejaste escapar un voto", pensó que el hubiera dicho Aldo. Pero era difícil convencer a Nemesio. Si hubiera seguido hablando para tratar de convencerlo, sin duda Nemesio lo hubiera colocado, con una sola palabra, en la categoría de los Conti. Y ser lo que se suponía eran los Conti, significaba, para Nemesio, lo peor que pudiera haber en el mundo.

Faltaba una cuadra para llegar a la Estación. "Si no está aquí es porque no ha venido", pensó. En la Estación de Servicio, que estaba justamente enfrente de la Estación Ferroviaria, vio el auto del doctor López. López y Aldo le hicieron señas desde adentro.

- Ya estábamos por ir a buscarte - dijo Aldo.

- Hola, muchacho - dijo el doctor López -. Sí, hay mucho que hacer. Estamos a pocos días de las elecciones.

- Subí - dijo Aldo.

El doctor López pagó el importe de la nafta que habían cargado. Subió adelante. Aldo se corrió al lado del doctor López. Era un coche flamante.

- De los últimos, ¿no? - preguntó Juan por decir algo.

- Más o menos - dijo el doctor López.

Tuvieron que esperar el paso del tren para cruzar. Cuando ~~ya~~ acabó el ruido de la máquina, que llenaba casi todo el pueblo, cruzaron sobre las vías; y Juan, oyendo un murmullo, preguntó:

- ¿Y eso?

- Tienen otro acto. Ahora vamos a pasar por allí.

El doctor López condujo con mucha habilidad hasta la cancha de fútbol, y al doblar en la calle donde se hacía el mitin de los demócratas, las ruedas chirriaron contra el suelo.

- Riganti - comentó Aldo.

- Riganti - repitió Juan, aprovechando la oportunidad para decir algo, porque en verdad ante el doctor López se inhibía.

- Gran corredor - dijo el doctor López.

- Lo mejor que tenemos - comentó Aldo seriamente.

El doctor detuvo el auto a cincuenta metros del mitin.

- Ahí los tienen - dijo.

- Demasiada gente - dijo Aldo.

- ¿Unos trecientos? - dijo Juan.

- ¿Trecientos? - preguntó Aldo.

- Veamos - dijo el doctor López-. Cuántas personas caben en un metro cuadrado. La Plazoleta no tiene más de quinientos metros cuadrados. Está llena hasta, hasta digamos un tercio.

- Yo diría un poco más - dijo Aldo.

- No; un tercio - dijo Juan.

- Bueno - dijo el doctor -. Supongamos que es un tercio. ¿Cuántas personas entran en un metro cuadrado?

La pregunta le hizo pensar a Juan que él era una persona totalmente inútil en el Comité. No tenía la menor idea de cuántas personas podían caber en cada metro cuadrado en un mitin.

- Serán unas tres - aseguró Aldo.

- Algo así - dijo el doctor.

Juan se sintió más tranquilo, como si él hubiese respondido.

- Entonces - prosiguió el doctor - quiere decir que hay unas quinientas personas.

- Quinientas- dijo Aldo, como lamentándose. Su voz era sombría.

- Quiere decir que todavía hay muchos conservadores en este país - afirmó el doctor.

Nadie respondió. El doctor sacó cigarrillos/ del bolsillo del chaleco, y extendió uno a Aldo. Aldo sacó uno y se lo entregó a Juan.

- ¿Quieres un rubio? - le dijo.

- ¿Son rubios? - preguntó.

- Sí, son buenos- dijo Aldo.

Aldo encendió para los tres.

- Quinientos conservadores en este pueblo son muchos - dijo el doctor echando una bocanada-. Son casi un cuarto de la población. Y sin embargo ganan las elecciones.

- Hay que evitar al fraude - dijo Aldo, resuelto.

- Me refería - dijo el doctor - a esta campaña. Hay que molestar los. Obligan a venir a la gente. Eso no puede ser.

- Si no fuera por la policía - dijo Aldo.

- Si fueras comisario y talvez algo más que comisario, como podés serlo en cualquier momento, los agentes te parecerían unos pobres infelices - dijo el doctor.

- Sí, ya sé - dijo Aldo mirando a Juan, como para demostrarle que él no se equivocaba -;pero como tienen el sartén por el mango.

El doctor puso en marcha el motor y sacó el vehículo de allí con una maniobra violenta. Se levantó polvo del camino. Juan pensó que la tierra llegaría hasta los negros sombreros de los demócratas, que aplaudían en ese momento alguna frase brillante del discurso.

El rostro del doctor demostraba una honda preocupación. Juan frunció el ceño y Aldo adoptó una actitud reflexiva. "Hay que hacer algo", había dicho el doctor, y la frase rondaba por el aire.

Frenó bruscamente ante la puerta del comité. Había mucha gente en la vereda y aún en la calle. Muchos burros y caballos pastaban en las veredas, atados por sus riendas a los árboles vecinos.

- Por favor - dijo el doctor bajándose del coche -. Esos caballos. Hay que llevarlos más lejos de aquí. Están llenando todo de moscas.

Entraron. Muchas personas, con bolsas en las manos, apoyadas en las paredes, se irguieron al ver al doctor López.

- Qué tal, qué tal - decía el doctor saludando rápidamente. Aldo y Juan lo seguían.

Pascheta, sentado ante el escritorio, estaba sofocado. Por la cabeza calva le brotaban gotitas brillantes.

- Qué quieren - le preguntó el doctor en voz baja.

- Remedios - dijo Pascheta-. Ya les he dado todas las muestras gratis que hay.

- ¿No mandaron a buscar más a mi casa?

- Están en ese cajón, pero...

- Saquelás, hombre. Hay que repartirlas.

Pascheta trajo una caja de cartón y se la entregó a Aldo. El doctor examinó rápidamente las muestras, y sacando una considerable cantidad, que arrojó sobre el escritorio, comenzó a repartir.

- Me duele la cabeza - dijo una vieja.

- Esto le va a hacer bien. También es para la cabeza - dijo el doctor.

Otros recibían sus medicamentos silenciosamente, sin preguntar para qué servían.

En el salón, a medida que la gente entraba, se había empezado a sentir olor a carne asada.

El doctor husmeó e ~~interrogó~~ interrogó a Pascheta. Este indicó, con la cabeza, las bolsas que llevaban muchos de los que entraban.

- Vienen del comité demócrata - dijo - . Allá les dan carne asada y pan. Acá vienen a buscar los remedios. Seguro que éstos no votan por nosotros. Pasé hace un rato por allá. No tienen dónde poner más gente.

El doctor caviló un momento, como midiendo la derrota táctica que acababa de sufrir. Pascheta agregó:

- Y les dan vino también.

La cavilación continuó.

- Bueno - dijo ante las miradas ansiosas de Juan y de Aldo, que esperaban una solución magistral para el problema -. No podemos reaprtir carne también. Los argentinos no somos muertos de hambre.

- Muy bien doctor - dijo un viejo que llevaba una bolsa y acababa de recibir gotas para la nariz.

Entraban ahora sobre todo chicos, sucios y desharrapados, con olor a leña, a monte. Juan les entregó varios tubos de aspirina. Uno de los chicos sacó una y la llevó a la boca. Al ver la cara agría que ponía el chico, el doctor sonrió y le dijo:

- Para cuando te duela la cabeza.

Pascheta, que ~~se~~ había quedado pensando, dijo:

- La cuestión es que tienen el Comité lleno y van a obligar a la gente.

- No podemos compartir esos actos de demagogia - dijo el doctor.

Se acercó un muchacho y quedó parado ante el escritorio, a la espera de que le dieran algún medicamento. Había apoyado la bolsa sobre los pies.

- A ver - dijo Aldo tomándole la bolsa.

El muchacho resistió un poco pero finalmente cedió.

- Es carne- dijo .

Aldo sacó de la bolsa una botella de vino, dejando caer dos o tres panes.

- ¿Todo esto te lo dieron los lomos negros? - preguntó ~~monstruoso~~ zahiriente.

- Sí - dijo el muchacho, sin levantar la cabeza.

- Ahí tienen - dijo Aldo mirando al doctor López.

- A vos te he visto antes - dijo el doctor.

El otro levantó la cabeza.

- Usted me curó cuando se derrumbó la cantera - dijo.

- Y cómo anda esa pierna - dijo dulcemente el doctor López.

- Bien doctor. Gracias doctor.

Lo palmeó.

- Andá muchacho - dijo.

El doctor conversaba ahora en voz baja con Pascheta. "No tenemos tanta gente como para eso, pero podrían colaborar las mujeres", le oyó decir Juan.

- Vení - dijo Aldo -.Vamos a hacer "algo".

Salieron a la calle.

- A ver - gritó Aldo dirigiéndose a la veintena de personas que había allí -.Todos a la plazoleta.

Algunos sonreían y decían "cómo no"; otros dudaban y trataban de alejarse.

- Que nadie se vaya - volvió a gritar -. Ahora el partido los necesita a ustedes.Vamos.

Formaron una especie de columna, compuesta en su mayoría por chicos, viejos y algunas mujeres.

- A la plazoleta - gritó Aldo otra vez.

Juan se puso a su lado. Tenía vergüenza y pensaba en las palabras del doctor: "podrían colaborar las mujeres". Es decir, Elsa.

La columna se puso en marcha. Algunos, exhaltados, corrieron adelante y empezaron a gritar Sábatí-ní Sábatí-ní. El resto los imitó. Se oían claramente las voces de los niños. En la cuadra siguiente se unieron otros. Aldo se daba vuelta constantemente y alzaba los brazos gritando más fuerte que los otros. A Juan le pareció que todo eso era falso y que Aldo perdía un poco de esa seguridad y perfección que tanto él como Elsa poseían. Los gritos mermaron paulatinamente, hasta cesar al llegar a la esquina de la panadería. Juan aprovechó para hablar y evitar así sus pensamientos.

- Necesitamos más gente - le dijo a Aldo.

-¿Que si hace falta gente?¡Y no!- dijo Aldo sin mirarlo.

El doctor dice que las mujeres podrían colaborar - dijo casi con miedo, temiendo que Aldo se diera de que él estaba refiriéndose a Elsa.

- Está loco - dijo Aldo dándose vuelta como para comprobar si la columna seguía detrás.-Las mujeres no sirven para nada.

Juan pensó que Aldo se daba cuenta de todo y que lo estaba considerando cualquier cosa menos un hombre. Y se puso a gritar súbitamente y, gritando, no le pareció tan absurdo y tan falso lo que estaba ocurriendo. Aldo lo imitó, y seguidamente toda la columna. Doblaron en la esquina y divisaron el grupo de la plazuela.

Aldo se detuvo y abrió los brazos.

- Un momento - gritó.

La columna se detuvo. Algunos chicos montados en burros, que venían últimos, gritaban para detenerlos.

- Nada de violencias - prosiguió -. Vamos a pasar a veinte metros de ~~ellos~~ / ellos, gritando "pasaremos". Llegamos hasta el Correo y volvemos ordenadamente, y pasamos otra vez gritando lo mismo. Si los ^{estaja} ~~asaca~~ la policía, cada uno raja para su lado.

Se pusieron en marcha. A poco Juan pudo oír claramente la voz del orador. Era el gordo galerudo. Su voz era monótona y solemne. Hablaba como si tuviera algo en la boca. Hablaba con los labios hacia adentro, como tragándose los. Casi todas las vocales parecían "e". "E le bendere que Belgrene creere en les erelles del ree Perené, hey flemee en le esperenze de les hembres e le Petrie se levente de les sembres del pesede"...

"Pásaré-mós, pásaré-mós", comenzó la voz de Aldo, a la que siguió la de Juan y luego las de los otros. Cuando pasaron enfrente del mitin demócrata, las voces formaban ya algo compacto. La mayoría de las cabezas que miraban y oían atentamente al orador, se volvieron para mirar. "Pásaré-mós, pásaré-mós", se oía claramente, ahogando la voz del orador. Juan gritaba y miraba de feojo, esperando que toda aquella gente se arrojara sobre ellos. El orador calló de pronto. "Ahora se vienen", pensó Juan, apretando los puños. La voz del orador dijo de pronto, sin solemnidad: "No pasarán, no pasarán", y poco después toda la concurrencia lo imitaba. Juan podría recordar después aquello como una pesadilla. Una columna blanca subía en dirección oblicua, gritando pasaremos; la otra descendía recta y decidida, negra, gritando no pasarán, y se cruzaban y se mezclaban en el aire, mientras el orador dirigía

desde una altura inacabable, gritando a su vez "ne peserén, ne peserén". Uno de la concurrencia se sacó al cinto y castigó a un burro en las gancas. El burro corrió y atropelló a los de adelante. Juan miró hacia un costado y vio las barandas de la Estación. Habían pasado y estaban frente al Correo. La columna volvió desordenadamente unos metros, y se detuvo.

Veinte metros adelante, la concurrencia se había disuelto, cubriendo la calle en actitud desafiante. Juan distinguió claramente la camisa roja y los pantalones amarillos de Nemesio. Aldo vaciló un momento.

- Es peligroso - le dijo Juan.

- Claro - dijo exaltado -. Nosotros no tenemos la policía que los protege a ellos.

- Me parece que está basta; que es demasiado - dijo Juan con decisión.

- ¿Esto? - dijo Aldo -/ Es lo que nos hacen ellos a nosotros cada vez que tenemos un acto. Nos provocan y después viene la policía en los caballos y nos disuelven el mitin y encima nos cagan a pales. Todavía no hemos podido hacer uno como la gente.

Los de más atrás, que al parecer no sabían de qué se trataba ahora, comenzaron a gritar "pasaremos, pasaremos".

- Vamos - gritó Aldo alzando un brazo. A Juan el grito le pareció como aquello de "subordinación y valor" del servicio militar, y estuvo a punto de responder "para defender la Patria".

- Pienso que es peligroso - dijo poniéndose al lado de Aldo.

Aldo no le contestó. Juan creyó que lo miraba despreciativamente, pero Aldo había corrido ya hacia atrás, y tomando dos burros por las riendas los hizo venir adelante. No dejaba de gritar "pasaremos", como un loco. Juan comprendió la maniobra y decidió gritar también. Oía su propia voz y, otra vez, le parecía falsa.

"No pasarán, no pasarán", oyeron casi en sus oídos. Divisaban ya los rasgos de las caras morenas. El galerudo (en realidad era un sombrero alto) permanecía al lado del palco. Detrás de la concurrencia había varios policías a caballo. Cuando la manifestación

se acercó, los gritos de "no pasarán" mermaron un poco y pudo oírse claramente el "ne peserén" del galerudo. Cuando estaban a pocos metros, Aldo castigó violentamente a los burros con el cinturón. Entre el polvo y los gritos, Juan apretó los puños. Era como avanzar contra Cantoni. En algún lugar tenía que estar. Sintió un golpe de puño en la cabeza, como si hubiese venido del aire. Giró para responder al golpe, y vio que Nemesio había tomado el cuello de su agresor, el hijo de Miranda, rodeándolo con un brazo y haciéndole señas a él con el otro, para que pasara. Pasó y alcanzó a ver que el brazo que había hecho señas se descargaba ahora en la cabeza de Miranda, y que Miranda caía al suelo sin sentido. Aldo estaba unos metros adelante. Le salía sangre de la nariz y tenía toda la camisa salpicada de sangre. Los gritos de las mujeres insultando a los demócratas habían sustituido a los estribillos. Casi sobre la vereda, dos hombres peleaban en silencio. Entre ellos relumbraba a veces un cuchillo. Un burro desbocado fue a dar contra una puerta, con un tajo en el cuello. Antes que el burro cayera, el chico que lo montaba cayó hacia atrás, por las grupas, sin soltar la bolsa que llevaba, y corrió a refugiarse detrás del surtidor de nafta. "A ver la policía si pone un poco de orden", dijo la destemplada voz del galerudo. Ahora pronunciaba bien las vocales. Los caballos arremetieron. Juan recibió un palo en un hombre y sintió que pasaba debajo de un caballo. Cayó y se levantó. Entonces oyó los disparos. Los caballos relinchaban ahora, y algunos se erguían sobre sus patas. "Asesinos, asesinos", gritaban las mujeres, llorando. Juan volvió la cabeza y vio que la mayoría del grupo seguía con él. Aldo no estaba a su lado. Lo vio un poco más atrás. Caminaba agachado. Esperó y cuando llegó le dijo:

-¿Tenés algo?

Aldo no respondió. Miró hacia los que quedaban del grupo y les dijo:

- Disparen, disparen. Cada uno a su casa.

Los más se desbandaron. Quedaron cuatro o cinco. Aldo caminaba

con dificultad. Estaba pálido.

En eso vieron el auto del doctor López. Frenó violentamente y se bajó.

- Qué pasa - gritó con los ojos muy abiertos.

Atrás quedaban algunos hombres, policías y caballos en medio de una nube de polvo.

- Nos ~~atajaron~~ atajaron - gritó Juan -. Nos golpearon y la policía hizo tiros al aire.

De la nube de polvo surgió la ropa hiriente de Nemesio. Tenía un labio partido y se secaba la sangre con el brazo desnudo.

- No eran al aire - dijo Aldo debilmente.

El doctor lo miró. Aldo titubeó un poco, como queriendo decir algo, y se desplomó.

El doctor se inclinó rápidamente y le desabrochó la campera. Juan vio, entre el pecho y el vientre, el hueco. Era pequeño, como una cortadura, Ayudó a llevarlo hasta el auto. En el breve trayecto, Aldo dijo cosas ininteligibles.

Nemesio se abrió paso hasta allí empujando a la gente que se había aglomerado. Miró detenidamente al doctor López.

- Cómo está - dijo.

- Está herido - respondió Juan.

- Yo vi quién le tiró - dijo Nemesio, tambaleándose.

- Quién - dijo el doctor López tomándolo ^{por} ~~un~~ un brazo y mirándolo ferozmente.

- El cabo Bermúdez - dijo Nemesio.

- Borracho - dijo el doctor, soltándolo.

Nemesio lloraba convulsivamente.

- Todos están en pedo, todos - dijo.

Pusieron a Aldo en el asiento trasero. Juan se sentó junto a él y le acomodó la cabeza, que vacilaba.

Cuando el auto arrancó, varios subieron en los estribos. Nemesio había apoyado la cabeza contra un árbol y lloraba.

- Yo tengo la culpa - gemía.

La cabeza de Aldo se mecía con los saltos del vehículo sobre la

calle abrupta. Juan oyó que Aldo respiraba profundamente, y después vio que la camisa se humedecía.

- Le sale sangre - dijo.

El doctor no contestó. A la derecha y a la izquierda del auto, por las ventanillas, asomaban varias cabezas.

Entraron en la casa del doctor y lo pusieron sobre una camilla.

- Por favor, afuera - dijo el doctor, viendo que todos querían entrar en el consultorio.

La enfermera iba y venía apresurada. Juan entendió que él también debía irse.

- ¿Hay peligro?- preguntó mirando al doctor.

- Vamos a ver - respondió el doctor, indicándole que saliera. Apoyados contra la pared, silenciosos, estaban los que habían venido en los estribos. Algunos tenían todavía sus bolsas. Había olor a asado frío.

- ¿Hay algún otro herido? - preguntó Juan.

Se miraron. Nadie respondió.

- A vos te digo - dijo Juan, dirigiéndose a uno de ellos.

- No sé - respondió.

- Bueno - dijo Juan -. Yo creo que aquí hay mucha gente de más. Va a ser mejor que se vayan. Puede venir la policía.

- Queremos saber cómo está el mocito - dijo una vieja, llorando. Algunos alzaron sus bolsas y se fueron. La vieja que lloraba se secó las lágrimas con una manga del vestido y se pegó contra la puerta del consultorio.

- Vos - dijo Juan dirigiéndose a un muchacho que se disponía a salir -. Andá a lo de Marcuzzi y decile a don Julio que venga, que Aldo está herido. ¿Sabés donde vive don Julio Marcuzzi?

- Sí - dijo el muchacha, y salió.

El tiempo era interminable. Las caras de los que permanecían apoyados contra las paredes parecían cosas apócrifas. Todo había sido falso ese día. La misma herida de Aldo parecía una cosa falsa. Había empezado a oscurecer. Llevó la mano al bolsillo interno del saco y palpó el revólver. "Tendría que haberlo usado", pensó.

Después trató de apartar ese pensamiento.

Estaba llegando más gente. "¿Cómo está?", preguntaban como vacilando. "Le están sacando la bala", respondía alguien en voz baja. En la calle, contra la vereda, frenó el auto de la policía. Bajó primero un oficial gordo, uniformado, y después dos más, de civil. El oficial entró decididamente. Sus acompañantes parecían vacilar detrás. La cartuchera del oficial ^{rozó} ~~golpeó~~ el vientre de Juan. Golpeó la puerta del consultorio con decisión, varias veces. La enfermera asomó la cabeza. Todos estiraron los cuellos, tratando de ver adentro. La enfermera consultó con el doctor López y después abrió la puerta. Los policías entraron. El oyó algunas frases: "lamentable accidente", decía uno de los policías. "Contener la hemorragia", dijo la voz del doctor López. "Se tomarán medidas", dijo la voz del mismo policía. "Inexplicable desaprensión de las autoridades", dijo el doctor López. La puerta se abrió finalmente y los tres hombres salieron. "Está mejor", dijo la enfermera ante la pregunta de una vieja.

Los hombres subieron al auto y salieron.

- Se hacen los interesados - dijo uno.

- Seguro que fue uno de ellos - dijo otro.

La puerta se abrió y la enfermera, asomando la cabeza, dijo:

- Juan, venga.

Entró. Aldo estaba sobre la camilla, completamente blanco. Tenía el vientre y el pecho vendados. Respiraba debilmente. El doctor López se lavaba las manos en una palangana.

- ¿Y?- dijo.

- Peligro no hay - dijo el doctor volviéndose -. Hay que llevarlo a la casa. ¿Le avisaron a la familia?

- Sí, mandé a uno a avisarle.

Miró sobre la mesa vítrea el pedazo de plomo. Tenía tiritas de sangre, pero podía verse el color gris del metal. Los instrumentos estaban también con sangre. El doctor abrió la puerta. Las caras indiferentes se volvieron ansiosas.

- Fuera de peligro - dijo el doctor.

La vieja que había estado contra la puerta se puso a llorar.

- Gracias a Dios - dijo la vieja. Usted es una bendición del cielo, doctor.

El doctor les dijo que se retiraran y que todo había pasado. Uno se acercó y le mostró un golpe que le habían dado en la cabeza.

-No es nada - dijo el doctor-. Con un poco de agua con sal se te va a curar eso.

Otro se acercó para decirle que había varios presos.

- Hay como diez en el calabozo - dijo.

- Bueno - dijo el doctor -.Yo no puedo estar en todas partes. Ya veremos cómo se arregla eso.

Entre él y el doctor sacaron a Aldo y lo pusieron otra vez en el asiento trasero. Juan se santó junto a él.

- Acompañemé - dijo el doctor a la enfermera.

Subieron al auto y salieron.

El automóvil avanzaba muy despacio. Al pasar frente al Comité, la gente se descubrió, como si pasara un cortejo. "Viva la Unión Cívica Radical", dijo una voz decidida, que a Juan volvió a recordarle el "subordinación y valor" del cuartel. Tuvo un impulso de responder, otra vez, "para defender la patria". "Viva", respondieron varias voces. "Viva Aldo Marcuzzi", dijo la voz decidida. "Viva", respondieron. Las voces quedaron atrás. En el bar San Martín, alguien volvió a vivir al partido. Un policía salió del interior de la confitería y preguntó por el que había gritado. Juan pudo ver cómo lo tomaba del brazo y lo llevaba. "Otro de los nuestros al calabozo", dijo mirando al doctor López.

Bajaron por la calle del hotel "Los pinos". La oscuridad era densa. A la orilla del camino, hacia abajo, corría un arroyo. Podían oír el murmullo del agua. ~~Umpuumpu~~

- Un poco más allá - dijo Juan.

El auto avanzó lentamente.

-Donde está ese letrero - siguió.

A la derecha había un letrero alumbrado débilmente por una lám-

para eléctrica. "Hostería Provincia", decía. Había luz en la planta alta. Cuando ~~se~~ bajaron, Juan vio al que había mandado a avisar. Estaba golpeando las manos.

- Todavía no saben nada - anunció.

- Mejor avisamos antes de bajarlo, para no presentarnos así -dijo el doctor López.

Don Julio había salido ya, y hablaba con el mensajero. El muchacho se daba vuelta y los señalaba a ellos con un brazo. Juan avanzó por el jardín.

- Sí, está herido -dijo al ver la cara de don Julio.

Después/^{le}oyó decir, mientras su rostro se ponía como un papel:

- Pero cómo, pero cómo, quién ha sido.

Y corrió hacia el automóvil.

Estaban sacándolo cuando llegaron doña Laura y Elsa. Doña Laura se desmayó enseguida. Elsa empezó a gritar, sin llorar. Los gritos hacían vibrar los oídos.

-Calma, por favor- oyó decir al doctor.

- Ya pasó el peligro, en pocos días estará bien- dijo Juan.

El lo llevaba por los pies; el doctor y la enfermera, por los brazos. En la puerta de la sala grande, don Julio tomó los pies de Aldo. Alguien, afuera, se ocupaba de doña Laura.

- Fue la policía - dijo el doctor cuando dejaron a Aldo sobre la cama -.Denunciaremos el hecho para dar con el verdadero culpable. Hay testigos.

Entraron a la madre/Caminaba. En su rostro había una seriedad invariable.

- No hay peligro - dijo don Julio a doña Laura. Aquí el doctor lo atendió y le sacó la bala. En pocos días estará bien.

Elsa entró detrás de la madre. No gritaba ahora. Miraba a todos, uno por uno, detenidamente.

- No es nada - le dijo Juan sin mirarla en la cara-. Fue la policía. Está fuera de peligro.

Todos callaron.

- Si hay fiebre le dan esto - dijo el doctor, entregando a don

Julio una cajita verde. Y quedense tranquilos. No corre peligro.

El doctor y la enfermera saludaron para irse. Don Julio se acercó hasta rozarlo casi:

- Si se muere, lo mato - dijo con una voz tranquila.

El doctor parpadeó y volvió a saludar. Después lo miró.

- Me quedo - le dijo Juan.

En un instante habían encendido todas las luces de la casa. En la puerta de calle y en el jardín se oían voces furtivas. Entró mucha gente en la sala. Juan se vio de pronto rodeado de gente que apenas conocía. En una habitación lejana, donde habían llevado a Aldo, lloraba Elsa. Podía oír claramente sus sollozos.

- Juan - le dijo don Celso, tomándole una mano -. Pero cómo pasó esto.

Fueron a sentarse en unos sillones cubiertos con fundas para protegerlos del polvo.

- Ya no hay peligro - comenzó.

- Sí, ya oí eso; Dios quiera que no pase nada - dijo don Celso.

- Bueno; resulta que ~~primax~~ hicimos una manifestación y pasamos cerca de ellos. ~~Ví~~

- En la plazoleta - afirmó don Celso.

- Sí - dijo.

- Pero cómo...

- Pasamos una vez ,y cuando volvimos (ya nos íbamos) ellos nos atajaron el paso. Aldo se puso furioso. Yo le dije que era peligroso. Avanzamos, y cuando llegamos empezaron a los golpes.

- Pero cómo, contame.

Vio que le costaba expresarse. Había omitido la atropellada de los burros. Siempre le costaba narrar alguna cosa. Con la revolución de San Juan le ocurría lo mismo. Era imposible reconstruir los hechos.

- Bueno, Aldo agarró los burros y los castigó.

- Qué burros - preguntó don Celso.

- Los burros que iban detrás nuestro. De unos muchachos que saca

mos del comité.

- ¿Y entonces?

- Entonces los burros atropellaron para abrirnos paso, y cuando pasamos yo sentí un golpe aquí. Todavía me duele. Apenas puedo mover el brazo. Ellos sacaron cuchillos, parece, porque degollaron a uno de los burros.

- Y quién te golpeó a vos.

- La policía.

- Ah, pero entonces estaba la policía.

- A caballo. Yo pasé debajo de un caballo. No sé cómo pasó Aldo. Después de los tiros. Fueron como diez. Parecían al aire. Es decir, eso pensé yo, que eran al aire. Nunca me imaginé que pudieran tirar a pegar. Después veo que Aldo no caminaba bien, y le pregunto si le pasa algo. En eso vimos el auto del doctor López. Ahí nos dimos cuenta. Lo llevamos en el acto y le sacó la bala. Pero esto no va a quedar así.

- Y don Julio qué dice - preguntó don Celso.

- Y, el pobre está que no da más.

- No es para menos.

- Claro que sí.

Oyó que los sollozos de Elsa no habían cesado en la habitación distante.

Doña Laura apareció secándose los ojos con un extremo del delantal.

- Pobre doña Laurita - dijo don Celso.

Fue a sentarse enfrente de él y sollozó.

- Ya pasó todo, no es nada - dijo Juan.

Ella torcía la cara hacia un costado para que no la viesen llorar. Tenía la nariz colorada. Lloraba silenciosamente, como para que nadie la oyese.

- Juan iba con él, vio todo - dijo don Celso.

Ella lo miró secándose otra vez las lágrimas con el delantal. El buscó desesperadamente las palabras.

- Veníamos del lado del Correo - dijo-. Nos habían atajado el camino para no dejarnos pasar. Le dije que era peligroso, pero usted sabe cómo es él.

- Quién fue - preguntó ella en dialecto.

- No vi quién fue; ni siquiera nos habíamos dado cuenta que estaba herido.

Los sollozos de Elsa eran una cosa suave y lejana. Juan miró detenidamente a doña Laura. Era como mirar a Elsa cuando fuera muy vieja. Pensó que doña Laura era realmente hermosa, y apartó de sí ese pensamiento. "Hay que ver lo que estoy pensando", pensó en cambio.

- Pero fue uno de la policía - dijo como preguntando don Celso.

- Sí, uno de la policía - dijo él mirando a doña Laura, pero ella había vuelto a inclinar la cabeza hacia un costado, y llevaba en silencio, como si no quisiese oír más.

- Está bien - dijo Juan - que nosotros pasamos por ahí gritando "pasaremos". Pero no ofendimos a nadie. Decíamos lo que teníamos que decir y nada más. Ellos podrían haber seguido como estaban, y no pasaba nada.

- Ellos hicieron lo mismo con ustedes muchas veces - dijo don Celso-. Y pero porque pasaban tirando tiros al aire y provocando. Después la policía llevaba presos a los otros pero no a ellos, que habían ~~hecho~~ hecho el lío.

Doña Laura volvió a mirarlos.

- Adónde fue - dijo en castellano.

- Enfrente de la plazuela. Al lado del ~~almacén~~ ^{almacén} de Charaviglio- explicó Juan.-. Después subimos al auto- prosiguió- y lo llevamos al consultorio. El doctor le sacó la bala y lo trajimos hasta acá. Después dijo mirando hacia arriba, como para completar una descripción que sabía incompleta-: Aldo no se quejó en ningún momento, como si no le hubiera dolido.

Entró don Julio, alto y grave. Había tranquilidad en su rostro.

- Parece que tiene fiebre - dijo.

Doña Laura se levantó. Don Julio se sentó en el mismo sillón. Ella abrió una puerta y se oyeron murmullos de voces. Cerró y el murmullo desapareció. Sólo se oían los sollozos de Elsa.

- No hay que afligirse si hay fiebre - dijo don Celso.

Don Julio se había tomado la frente con una mano y miraba el suelo.

- Peor sería si no hubiese fiebre - dijo don Celso mirando a Juan.

- No sé en qué va a terminar esto - dijo don Julio.

-Juan vio todo; estaba con él - dijo don Celso.

Don Julio lo miró un momento. Después bajó otra vez la cabeza y dijo en dialecto:

- No quiero que me cuenten nada.

Juan se levantó.

- Voy a verlo - dijo.

-En la pieza de arriba - dijo don Julio sin levantar la cabeza.

Abrió la puerta y vio a varios hombres, vecinos quizá, pensó, y dijo "buenas noches". Estaban tomando aguardiente. Hablaban de política. Desde aquí el llanto de Elsa era más nítido, pero igualmente suave. Miró las caras. Conocía a algunos. A Balsacchi por ejemplo, y a Vignale.

- Así que vos estuviste allá - dijo Balsacchi.

- Sí - respondió, dispuesto a proseguir hacia la phanta alta.

- Cómo cuántos serían ellos - dijo una voz.

- Y, no sé, a lo mejor unos docientos. Pero los que nos atacaron fueron menos. Serían unos veinte. Estaban armados.

- Y qué hizo Arredondo - preguntó Vignale.

- ¿Arredondo? - preguntó.

- Supongo que estaba allí - dijo.

- A lo mejor - respondió.

Una voz más distante dijo:

- El que hablaba. Yo estuve allí un poco antes. Seguro que era él el que hablaba.

-¿El sombrero rudo?- preguntó él.

- Ese mismo - respondió el otro sonriendo.

Juan pensó un momento.

- Sí, el sombrerudo. Me parece que se bajó del palco y que llamó a la policía.

- Pero si la policía estaba allí - dijo el hombre.

- Bueno, les dijo que intervinieran. Entonces los otros se metieron con los caballos. A mí me dieron un palo aquí.

Cuando Juan dijo "les dijo que intervinieran", varios de ellos se miraron.

- Te dije - dijo uno-. Tienen a la policía bajo sus órdenes. Qué garantías puede haber entonces. Pero lo mismo van a perder.

Pensó que a ellos no les importaba Aldo, y siguió hasta la otra puerta. Cuando cruzó el pasillo donde empezaba la escalera que daba al cuarto desde donde venían los sollozos de Elsa, alcanzó a oír: "lejos, Sabattini gana lejos"; "qué va a haber garantías con éstos".

Elsa estaba arrodillada, con la cabeza apoyada en un brazo de Aldo, una de cuyas manos reposaba entre las dos de ella. Aldo estaba pálido. Dormía. Su respiración era suave. Doña Laura estaba sentada en una silla. Miraba a Aldo fijamente. Cuando entró, Elsa alzó un poco los ojos y lo miró; después bajó los ojos y siguió llorando en silencio. "Basta Elsa", dijo la voz de doña Laura. Volvió hasta la puerta.

- Hasta luego - dijo.

- Chau Juanchilo - dijo doña Laura.

Elsa no dijo nada.

Bajó las escaleras y pasó por el cuarto donde hablaban de política. Nadie lo vio. En la otra habitación saludó a don Julio y a don Celso.

- Una lástima que un muchacho como él se dedique a la política -dijo don Celso.

Don Julio respondió;

- Qué se va a dedicar a la política. El hacía eso por distraerse, porque es así, porque hoy le gusta una cosa y mañana otra. Hace dos meses no sabía nada de esto, y se desvivía por la caza y la pesca. Estoy seguro que dentro de poco se iba a dedicar a cual-

quier otra cosa. Lo conozco. Si lo conoceré.

Juan, que se había detenido para escuchar, vio que los ojos de don Julio estaban llenos de lágrimas, pero era como si no llorara.

Se detuvo un momento en el jardín, como para reflexionar. Tenía la mente en blanco. La imagen de Elsa reclínada arribó súbitamente. Había vislumbrado en ella un mundo real hasta ahora desconocido. Se dijo que aquello era, por fin, el amor. Así se amaban sin duda los seres humanos, con desesperación. Amar era sentir que el otro era uno mismo. Desde la puerta de calle miró hacia arriba. Bajó la cabeza y sintió que estaba otra vez con la mente en blanco. La imagen de Elsa había desaparecido. La calle estaba desierta. Caminaba y silbaba.

En la esquina siguiente dejó de silbar. Aldo y, a través de él, Elsa, quedaban muy lejos ahora. Lo que acababa de ocurrir lo liberaba del Comité, en el cual sólo había buscado la proximidad de ella, fingiéndole a Aldo un interés por todas aquellas cosas que en verdad no sentía. Qué estúpido había sido. Cómo había podido aspirar alguna vez al amor de Elsa. Pero ahora que todo había terminado sentía que, sin Elsa y sin todas aquellas cosas absurdas a las que se había entregado para llegar hasta ella, lo único que había para él en el mundo era el bar, alguna esquina y la baraja. Volvió a silbar y sintió, de pronto, el peso del revólver.

CAPITULO VII

El tiempo apenas había transcurrido y, sin embargo, cuántas cosas habían ocurrido ya. No alcanzaba a comprender cabalmente todavía el significado de los sucesos que lo rodeaban como luces quietas, como si sólo fuesen grandes contornos apenas previsibles. Yrigoyen, el médico, Peter Clayton, Satuszeck, el tío Rupil, todo eso pertenecía a un paisaje vertiginoso del que se veía obligado a tomar parte. Sus padres, allá lejos, y la misma ciudad que había dejado, se inmovilizaban de pronto, perdían su condición de cosas reales. Se le ocurría que ahora todos ellos eran como Contreras, del cual había oído hablar tantas veces pero que nunca había visto. O como la revolución de la que tanto hablaba su padre, ocurrida en un tiempo lejanísimo. Esto lo acosaba a veces. Vos no habías nacido todavía, recordaba, era una frase que lo excluía de toda participación y lo colocaba en un plano puramente evocativo, como si todo fuese una ficción interminable. Efectivamente, Yrigoyen había caído ya y él no había nacido todavía, pero ahora tenía que oír historias entre la pipa y los labios de su padre, y ver aún el retrato sobre la augusta cabeza del abuelo. Sin embargo alguna aproximación había, pese al categórico vos no habías nacido todavía de su padre: alguna aproximación, algún vínculo le permitía lograr alguna certeza de los hechos, porque de la boca de su mismo padre había oído también pero faltaban pocos días. Ahora su padre era como una revolución lejana y vagamente oída, y la ciudad, un escenario que se evaporaba poco a poco, como si las montañas de ahora la hubiesen tapado para siempre. Ahora no se trataba de historias contadas por su padre; ahora tenía que afrontar todo lo que viniera, oír todo lo que se

dijese, crecer en una palabra, y sanarse, ser fuerte como Pedro, ir a la escuela. Sobre todo crecer. De vez en cuando se sorprendía tocándose las mejillas, casi hundidas, y oía el guarda, guarda de su abuelo, tan despreciativo, el bsss de Pedro cuando le tocaba los brazos, y respiraba hondamente el aire que, según su abuelo, lo curaría a la postre de cualquier dolencia.

Estaba ahora tendido en la cama, esperando la hora en que su tío Juan, y no su tía Elena, como se había dicho, lo llevara al consultorio del médico. Oía a los caballos de don Guido, el vecino, moverse en sus establos. Su tío dijo que lo llevaría porque tenía que hablar con el doctor. Recordaba ahora otra frase que sólo ahora vinculaba a aquélla: "las cosas se están poniendo fieras; va a ser mejor que hable con el doctor". Quiso, durante algunos instantes, repasar los hechos, tan vertiginosos, los que habían ocurrido desde la Estación hasta la tarde de ahora, pero su mente sólo alcanzaba a cubrir algunos: Pedro señalándole con un dedo largo la casa misteriosa donde vivía mister Robert, la enorme frente del retrato de Yrigoyen, Satuszeck cayendo al fondo del precipicio mientras Ernesto Blanco y los lomos negros lo pisoteaban allá abajo.

Esa noche, otra vez en la cama, recordaría la conversación entre su tío y el médico.

"- Me extraña, muchacho. Este chico está sano, un poco atrasado nada más. Hay que votar concientemente, En la provincia les ganamos lejos".

"-Vea doctor, me andan amenazando y no se les cae el revólver del bolsillo. La policía trata de hacerme pisar el palito porque saben que soy radical".

"-Vos tené confianza que todo se arreglará. Apenas ganemos las elecciones los hacemos saltar. Pero este chico está sano. Ahora ya lo curará el aire".

El médico ni lo había mirado siquiera. Le miró los ojos y la lengua. "Sano", dijo. Después se puso a hablar con su tío, mientras él esperaba sentado en una silla brillante, en un rincón de la sala.

"-Vea doctor. Se creen que porque son policías me van a llevar por delante. Y andan diciendo que me van a quitar la libreta de enrolamiento!"

"- Vos tené confianza en mí, que ^a ~~min~~ellos les quedan pocos días. Andan así porque saben que van a perder. Nosotros tenemos un candidato flor. Los otros días bajé a Córdoba".

"- ¿Ah sí? ¿Y lo vio?".

"- Por supuesto. El Orejudo cree ciegamente en el triunfo. Tenemos que tener confianza y nada más, y votar a conciencia".

Juan esperaba en su rincón porque había ido allí para que lo curasen de una vez, y la idea de estar sano no lo conformaba plenamente. La espera se le había interminable y por momentos pensaba que tendría que permanecer allí hasta que pasasen las elecciones.

"- No te aflijás muchacho, y si te siguen molestando no te les achiqués".

"-Claro que no. Yo soy de pocas pulgas y la paciencia se me acaba. Llega un momento en que la paciencia se me acaba!"

"-No te aflijás por nada. El Orejudo sabe lo que hace. Un telegrama y listo. No te dejés pisotear por esos lomos negros".

El médico, alto y moreno, vestido inmaculadamente con su traje blanco y gruesos zapatos, encendió una velita y preparó unos instrumentos. Juan pensaba que ahora le harían algo a los lomos negros, que los quemarían por lo menos. Pero el hombre de blanco se acercó a él y le dijo:

- Te vamos a hacer una vacuna así no te enfermás más.

El instrumento, entre las manos del médico, raspaba sobre sus brazos mientras él miraba la lucecita de una vela, donde el médico había calentado previamente uno de los instrumentos. En ese instante sorprendió un gesto del tío Juan, como de complicidad o picardía, dirigido al médico, que aprobaba con los ojos y con un muy bien, así se hace, que salió de su dentadura amplísima. Y justamente con el gesto alcanzó a ver lo que su tío había sacado del bolsillo trasero del pantalón y ahora guardaba en el mismo lugar, alcanzó a

ver el revólver corto y negro. La mano de su tío había quedado otra vez blanca, y el gesto desapareció de su cara. El instrumento del médico raspaba todavía, y él tenía ya dos manchas rojas en el brazo. Recordaba al otro médico de Buenos Aires, ante los ojos y la melena lacia de su madre: "déle esto, dele aquello; debe comer esto, no debe comer aquello". En cambio ahora apenas si le habían mirado la lengua y los ojos, y de pronto le declaraban sano.

-¿Viste? - le dijo su tío al salir-. Este es un médico muy bueno y ahora estás sano. Le vamos a decir a la nona que ya estás sano.

No era ahora la cara de su tío como un momento antes en la casa del médico. A Juan le parecía imposible que su tío fuese como quería aparecer ante el médico. "Yo soy de pocas pulgas y llega un momento en que la paciencia se me acaba". Qué se le iba a acabar la paciencia a su tío, con esa cara buena que tenía. "Muy bien, así se hace" repetía el médico ante el revólver rápidamente oculto. No, su tío había llevado el revólver para hacerle ver al médico que él era de pocas pulgas, para demostrarle que él, si por lo menos no era médico, tenía en cambio sus cosas para hacerse respetar por todos. Y ahora los hechos no eran contados por su padre. Ahora los veía con sus propios ojos, aunque nada pudiera hacer para estar en ellos, para cruzar, como su padre, la plaza entre las balas y salvar a Yrigoyen.

-¿Viste? - volvió a decir su tío, y siguió caminando, y él interpretó esto como "¿viste que yo soy de pocas pulgas?". Pero su tío sin duda no era como el médico, no podía serlo de ningún modo con esas mejillas gordas y coloradas y esos ojos alegres y esas manos tan blancas.

-¿Viste? Ya estás sano - decía su tío sonriendo, como si esto fuese una gran diversión.

Entraron en el almacén "Los nuevos", donde había un largo mostrador y algunas mesas. El tío Juan alcanzó dos sillas metálicas y se sentaron. El había oído hablar del almacén; su tía Elena lo había mencionado varias veces. Le ocurría por entonces que oía nombrar seres y cosas para todos conocidos, pero él debía arribar peno-

samente a todo, a medida que el tiempo transcurriese. Cuando el viejito/^{aquel}~~que~~ trajo la botella de cerveza y los dos vasos, y su tío había dicho ya que tomarían cerveza como los hombres, porque ya era un hombre y además estaba sano, los vio. Sabía que eran ellos, que no podían ser otros, con sus trajes azules y sus gorras anchas y las cartucheras en la cintura. Su tío no dijo nada. No decía nada, y ellos bebían sendos vasos de vino, apoyados contra un mostrador más chico, de superficie metálica. El viejito, que parecía estar enterado de todo, lo miró a él y le dijo, apoyando a la vez una gruesa mano en un hombro de su tío:

-¿Te gusta aquí?

El sabía que aquí significaba el pueblo, las montañas, los molinos, las gallinas y todo lo que quedaba por ver aún, porque muchos le habían hecho ya la misma pregunta.

Los policías quedaron a un costado al girar él su cuerpo sobre la silla para atender al viejito que le hablaba, y sólo percibía de ellos los vasos brillantes y los ojos bruscos, las botas pétreas, ~~y mandurugas~~ duras como los ojos entrevistados.

"-Son unos lomos negros" - diría el abuelo allá en la casa, sobre su silla de madera labrada, mientras su tío palpara el revólver en el bolsillo.

"- Hay que ser radical, caraco", podría haber dicho su abuelo asomando su larga cabeza y sus largos bigotes por encima de los policías, que ahora movían suavemente los labios y giraban los ojos hacia donde estaban ellos.

- Los chicos deben comer mucho y respirar el aire puro - dijo el viejo del almacén.

- Tomá toda la espuma - dijo su tío cuando él había empinado ~~humm~~ el vaso y sentía la espuma sobre la boca. Bebió y se pasó el labio inferior sobre el otro.

- Así me gusta. Hay que tomar cerveza como los hombres, dijo su tío Juan.

Los policías también empinaron sus vasos y con pase cansado, las manos puestas en los cinturones, se acercaron y dijeron:

- Hola.

- Hola - dijo su tío, y el viejito volvió al mostrador.

Hablaron familiarmente, pero con reticencia, como si estuviesen disgustados por algo pero en realidad fuesen amigos.

- Che - dijo uno de ellos -, va a ser mejor que lo cuidés un poco a tu hermano. Le ha dado la biaba al pibe de los Pacheco.

Juan esperó que su tío sacase el revólver, y oyó que su voz decía en cambio:

- Mirá; mejor se arreglan ellos, o que lo metan preso. Yo no me meto en líos de comadres.

- Sí, si lo metemos preso van a decir que es por bronca. Además es un chico, La policía no le tiene bronca a nadie. Solamente procede como se debe. No es por bronca.

- Eso decís vos - dijo su tío como si no le interesara la conversación.

-¿Vas a decir que es por bronca? - dijo uno de ellos, perdiendo totalmente su compostura, la dignidad de su boca hermética y de las cartucheras en la cintura, mientras el otro, en cambio, permanecía digno, concentrado en su correcto uniforme.

- Claro que es por bronca - dijo la voz de su tío, como si ahora estuviese más cerca del revólver, y del médico, escondido detrás del mostrador, le dijese "vamos, muchacho, un telegrama y listo, ya los vamos a hacer saltar cuando yo baje a Córdoba".

La cartuchera daba casi sobre la barbilla de Juan, que observaba con atención la traba de cuero y la hebilla del cinturón.

- Está bien, como vos quieras; pero cuidate; yo sólo te digo que te cuidés - dijo retirándose con el otro.

- No me asustan las latas - dijo su tío Juan con una voz parecida a la que había tenido en la casa del médico, con la misma voz utilizada para decir "yo soy de pocas puñgas". En ese instante Juan deseó fervorosamente estar con Pedro y que éste, desde lejos, le señalase aquella morada misteriosa.

Cuando los policías salieron, el viejo se acercó otra vez a la mesa y dijo:

- Estos lomos negros están cada día más prepotentes.

- Porque se les termina el ^{queso} ~~queso~~ - dijo su tío -; porque pronto van a saltar para arriba. Pero yo soy de muy pocas pulgas. ¿Vio como los reculé en seco? ¿Vio como se achicaron?

- Son unos lomos negros.

- Unos lomos negros- repitió su tío.

Esa noche Pedro no durmió en la casa. De la discusión, tan larga, oída desde su cuarto, Juan recordaría algunas frases aisladas que le permitirían, sin embargo, reconstruir casi todo.

"-Mejor te vas de esta casa porque hoy te pongo la mano encima".

"- Claro que me voy; ahora mismo me voy (la voz de Pedro había tenido algo emotivo, un algo de ganas de llorar)".

"- Mejor te vas a Córdoba. Rupil te lleva a Córdoba y volvés después de las elecciones".

" - Ahora la culpa la tiene el pobre Pedro. Mañana mismo me voy a Buenos Aires y no me ven más la cara en esta casa. Ya estoy cansada; cansada".

"- Sí, vos apañale todo al sinvergüenza ese".

"- Mejor que Dios se lo llevara entonces".

" - Questa terra maledetta".

En la casa de don Guido los caballos se movían en sus establos. Eran más de veinte caballos. Oyó durante mucho tiempo los movimientos, algún relincho lejano. Alguien, al rato, quizás la tía ~~Pina~~ Pina, entró silenciosamente y sopló dentro del tubo de la lámpara.

CAPITULO VIII

...se quitó el sombrero negro
y estiró las piernas tibias
del paisano que cayó...

El sol estaba tibio allá arriba. Corría un aire frío sin embargo. Un airecito que, evaporándole el cabello húmedo, le traía el olor de la gomina. Era un olor hermoso, como el del eucalipto que había sentido en su niñez, y que recordaba. Cuando estaba resfriado, ponían a hervir hojas de eucalipto en la pieza. Era un olor lindo. No como el que tenían ahora los eucaliptos. Algo mejor. Y el agua hervía muy suavemente, en silencio, en medio del silencio total que había afuera. La casa y el pueblo entero estaban silenciosos, y él sólo escuchaba el rumor del agua que hervía, con algunas ~~hojas~~ hojas que sobresalían por los bordes del tarro. Afuera empezaba a caer la llovizna. Y cuando no llovía, uno podía ver los vidrios empañados y, estirando los brazos desde la cama, podía trazar con los dedos, sobre el humo del vidrio, números y figuras. Iba por la calle recordando todo aquello, con las manos en los bolsillos. Silbaba.

Era la primera vez en su vida que iba a votar, y tenía un poco de miedo. Si hubiese estado Aldo, las cosas hubieran sido distintas. "Todo lo que tenés que hacer es entrar al cuarto oscuro y poner el voto en el sobre; después lo echás en la urna, delante de ellos, y listo", le había dicho su padre. "Un voto radical", dijo él entonces, y el viejo movió los bigotes y las mejillas indicando duda. "Vos podrás votar por los radicales, pero seguro que cuando cuentan los votos de esa urna no hay un solo voto radical", le dijo el viejo. "El fraude, el fraude", hubiera dicho el doctor López con su voz perfecta. Le habían contado que en las elecciones anteriores hubo mesas sin un solo voto radical. "Prime-

ro el fraude y después la compulsión, el avasallamiento a mano armada a los derechos del pueblo", recordó que había dicho el doctor López alguna vez. Se hizo explicar bien lo del fraude, hecho en los padrones, pero poco entendió de la explicación que le dio el padre. Y menos lo del voto en cadena, que una vez el doctor López le explicó a Aldo. Ni Aldo lo sabía. El asintió moviendo la cabeza como si hubiese entendido, pero la verdad era que que, aún hoy, no tenía la menor idea de cómo se hacía. Se imaginó el cuarto oscuro como le habían dicho que era el Purgatorio: oscuridad total. Alguna vez había oído también alguna frase ^{existida} ~~así~~ que podía completar el sentido de las cosas: "gente de buena puntería para defender las urnas; gente que donde ponga el ojo ponga la bala". Podría haberlo dicho el doctor López, y su padre incluso. Suponía que eran los lomos negros los que asaltaban las urnas, pero eso no explicaba bien el sentido completo de la frase.

"Jornalero", decía en el padrón, junto a su nombre, con letra impresa. Su nombre en esas letras, como el de aquel soldado que apenas conocía y que "cayó" en la revolución de San Juan. Lo vio en un diario, y allí tanto el nombre como la fotografía parecían otra cosa. Igual le sucedía ahora, al ver el suyo en los padrones.

Después de votar iría a la casa de Aldo, aunque el doctor le había dicho "temprano aquí". Le diría que había votado a conciencia, que ganarían lejos. Le contaría también que había dejado el revólver en la casa, escondido. "No vaya a ser que me palpen de armas", había pensado. Después, en todo caso, iría a buscarlo. Recordó entonces otra frase del doctor, de las tantas que le había dicho esa noche: "en defensa del escrutinio". El revólver podría servir, pues, para defender el escrutinio. Ahora comprendía mejor el sentido de gente con buena puntería para defender las urnas. Claro: los demócratas querrían sacar de las urnas los votos radicales, para poner votos demócratas. ¿Tanta importancia podían tener esos papelitos impresos llamados votos? Y se acordó también de una frase de Pascheta, que por algo era candidato a

intendente: "asaltaron un camión con urnas". Realmente había sido estúpido, o no había puesto la debida atención a las palabras que había oído. Todo estaba claro. Aldo se hubiese reído de él. "¿Pero no te das cuenta de esto?", le hubiera dicho. En adelante pondría más atención. Al principio ayudaba a Aldo y toleraba al doctor López por Elsa, porque todo aquello lo podía acercar a ella, pero todo aquello había quedado distante. Ahora, aunque no estuviese Elsa, sabía que podía haber algo más detrás del hastío, el bar y la baraja.

En la esquina del Surtidor divisó a su padre con los bigotes inconfundibles. Llevaba de la mano a Juancito. Estaba con otros paisanos, bigotudos también, pero no como él: su padre era realmente exagerado para los bigotes. Podrían haber sido un poco más chicos y menos corvos. El padre levantó una mano al verlo. Estaban hablando de política. Algunos de ellos, "ciudadanos argentinos naturalizados", según la Instrucción Cívica que solía deletrear su padre, votaban.

- Yo voté temprano - decía Santangelo. En el bolsillo trasero de los pantalones sobresalía media libreta, no ~~mucho~~ como la suya sino más pequeña.

- Pueden quitarle la libreta - le dijo.

- ¿A mí? Mis 110 kilos no son de grasa, ¿eh? Una sola vez le ^{estropeselo} ~~estropeselo~~ ~~estropeselo~~. ~~magná~~ pegué a alguien, pero despacio, ¿no?, para no ~~estropeselo~~. Y fue a parar como a cinco metros. Ja, ja, ja.

Todos reían. Juan se agachó y tomando una mano de Juancito le preguntó:

- Vos también vas a votar algún día.

Después vio que Capozzo se ponía una mano en la boca a modo de pantalla y decía en voz baja, como ocultando el hecho:

- Yo voté por los radicales. Después agregó en voz alta: -Y cuando salí me encontré con Arredondo. Me hizo una reverencia. Antes no me saludaba. Habrá creído que voté por ellos. Yo lo saludé también, ¿eh? Yo lo saludé y dije despacito: schifoso.

Volvieron a reir todos.

- Vamos - le dijo su padre -.Vos vas a votar y nosotros te miramos desde afuera.

Caminaron en silencio, Cuando pasaban enfrente del comité demócrata, el viejo, aspirando el humo azul que venía desde el patio, dijo "lindo asadito", como para sí.Vio fugazmente que había mucha gente allí, comiendo o jugando a la taba. Entre ellos estaba la mancha amarilla de Nemesio.

- Anoche - prosiguió el viejo - no se podía conseguir carne en ninguna carnicería. Parece que la compró toda Arredondo.

- Nosotros tenemos una vaquillona en el Comité - dijo Juan.

- Qué te parece - dijo el viejo mirando al chico - si vamos a hacer una panzada de carne en el Comité.Vos nunca comiste carne con cuero.

Se detuvieron ante la puerta de la escuela. Desde allí se veía la galería, donde estaba la mesa con la urna y los policías.

- Todo lo que tenés que hacer es meterte en el cuarto oscuro y poner el voto en el sobre que te dan ellos.

- Pero si ya sé - dijo Juan.Estaba nervioso.

Dijo "buenos días", pero nadie le contestó. Entregó la libreta recordando una frase dicha quizás por el tío Rupil:"ojo con dejarte quitar la libreta". Tres hombres lo miraban. Uno de ellos era Velárdez. Lo conocía y eran amigos. Lo miró y sonrió, pero el rostro de Velárdez no se movió. El mismo le entregó un sobre firmado y le señaló una puerta. Tomó el sobre con decisión, sin poder disimular el temblor de las manos.Pasó ante el cabo Bermúdez, alto e indiferente. Tenía los pulgares debajo del cinturón y los demás dedos sobre la cartuchera. Sintió que lo miraba fijamente, sin mover la cara. Entró en el cuarto oscuro. Se sorprendió de que fuese un aula, una pieza como cualquier otra. Había un pupitre con varias pilas de votos, unos demócratas, otros radicales. Tenía el suyo en el bolsillo. Lo sacó y lo puso en el sobre. Había olor a tierra y tiza.Miró los votos demócratas con temor. Nunca había visto un voto de los lomos negros. Eran realmente repugnantes.

Salió y titubeó un momento. No era tan sencillo como le había dicho el padre. Sabía que lo estaba mirando desde afuera, pero no quiso dirigir la mirada hacia allá.

Cuando echó el sobre en la urna sintió la mirada de Bermúdez.

Velárdez estaba por darle la libreta cuando Bermúdez dijo:

- Un momento.

- Supongo - agregó mirándolo a él, sin mover el rostro y con las manos en la cartuchera - que no habrás roto votos ahí adentro.

- Qué votos - dijo él.

Los de la mesa miraron, giraron al mismo tiempo sus cabezas hacia ellos.

- Porque andan rompiendo votos demócratas adentro - afirmó Bermúdez.

- ¿Quiere averiguarlo? - dijo desde la mesa una voz autoritaria.

Bermúdez entró y reapareció enseguida.

- Parece que no, pero hay que andar con mucho ojo - dijo.

Velárdez le entregó la libreta.

- Chau, Velárdez- dijo él.

- Hasta luego - le respondió Velárdez sin mirarlo.

Antes de salir miró en la cara a Bermúdez. La mirada que él había sentido fija era un par de anteojos ahumados que tenía puestos.

- ¿Viste que era fácil?- dijo su padre.

"Mi papá no sabe muchas cosas y cree que soy un chico", pensó.

- Sí - respondió.

Gaminaron hacia abajo. Ambos habían tomado a Juancito de la mano. En la esquina del Curtidor el viejo le dijo que volviera temprano, que no se metiera tanto en el Comité.

- En estos días todos están locos. Tené cuidado - le dijo.

Estaba contento. En vez de dar toda la vuelta por el camino del puente, para ir a la casa de Aldo, tomó directamente por la loma. Había que subir, pero quedaba más cerca. Tomó la parte más abrupta, aunque había pequeños senderos. Uno de los chicos de

don Guido pasó, cuesta abajo, en uno de los tantos caballos que tenían.

- Chau Juanchilo - le gritó.

- Todavía no hay turistas - gritó a su vez él, a manera de saludo.

- Ya van a caer - dijo el chico.

Había llegado a la parte más alta. Todo el pueblo quedaba a sus pies. Podía ver ~~los~~ el comité radical hacia un lado y, a pocas cuadras, el otro. De cada uno salía una columna de humo. "El fuego para el asado", pensó, aunque lo sabía. La casa de Aldo estaba cerca, al pie de la colina, pero no se veía. La cubrían árboles muy altos y los sauces del arroyo. El aire, casi frío, le inflaba la camisa. A lo lejos giraban los molinos. "Mi casa tampoco se ve", pensó. "Elsa", dijo después, y bajó corriendo.

Entró por la puerta de atrás. Doña Laura lavaba ropa. Sonrió al verlo. El supo que Aldo estaba mejor.

- Está abajo - le dijo -. Hoy se levantó por primera vez.

Aldo estaba en la cocina, reclinado sobre un sofá que habían llevado hasta allí desde la sala. Comía pelones. Sobre la mesa próxima había un álbum y papeles.

- Hola, viejo- dijo Juan.

- Hola, Juanchilo - dijo Aldo suavemente.

- Te veo mejor.

- Sí; hoy me levanté; pero muy mareado.

- La cama marea.

Esperó que Aldo le preguntara, pero como éste no le dijo nada exclamó:

- Hoy voté.

Sabía que Aldo no había votado jamás.

- Qué bien - dijo Aldo.

- Les ganamos lejos. Estoy seguro que les ganamos por muchos votos - aseguró Juan.

Aldo se puso un pelón en la boca. Después de tragar largó el carozo sobre la mesa.

- ¿Querés? - le dijo.

- No, gracias - respondió. Aldo comía minuciosamente, eligiendo los pelones, sorbiendo a gotitas el agua, con la cuchara. Juan estaba contento, no por haber votado; sencillamente se había despertado contento esa mañana. Quería comunicar su alegría, comentar las cosas con Aldo, pero la actitud de éste se lo impedía. Si querés - dijo después de vacilar un instante - puedo pasarte más tarde o mañana las cifras del escrutinio.

- No hace falta - dijo Aldo escupiendo otro carozo sobre la mesa -. Van a ganar ustedes, eso ya se sabe.

- Cómo ustedes.

- Sí, ustedes, los radicales.

- ¿Pero acaso vos no sos radical también?

Aldo sonrió.

- Sí, claro que soy radical - explicó -; pero después de esto las cosas no son como antes - dijo señalando su vientre.

- Te encuentro raro hoy.

- He pensado mucho en estos días. ¿De veras que no querés pelones? Mirá que están ricos.

- No, ya te dije que no - dijo yendo hacia la piletta, donde se sirvió un vaso de agua. Cuando volvió, Aldo hojeaba distraída mente el álbum.

- Te reservás para la parrillada - dijo Aldo sin mirarlo.

- No voy a poder ir. Tenemos mucho trabajo en el Comité. Hay que traer mucha gente a votar todavía. ¿Qué es eso?

- Un album de estampillas. Mirá. Tengo algunas difíciles. Esta es de Noruega, ésta de Irlanda.

- Son lindas.

- Sí, son muy lindas. ¿Vos no tenés cartas del Brasil? Tu papá siempre habla del Brasil. No tengo ninguna.

- Mi papá tiene un hermano en el Brasil, pero nunca se escri

ben. Puedo fijarme en el baúl por si acaso. Está lleno de cartas viejas.

- Esas son las mejores. Mientras más vieja, mejor.

En la puerta que estaba a sus espaldas apareció Elsa. La miró, tratando de disimular su turbación.

- ¿Viste qué bien está mi hermano? - dijo ella.

- Ya lo veo - respondió mirando sus cabellos tirantes, hacia atrás, que parecían agrandarle la frente.

- Para vos - dijo entregando unas estampillas al hermano. Aldo sonrió, asombrado.

- ¿Pero cómo hiciste para despegarlas? - dijo.

- Esta mañana. Con vapor de agua. Es muy fácil.

- Pero de Italia tenemos muchas. Casi todas son de Italia. ¿Sabés de dónde me gustaría tener una? De Mónaco.

En la cabeza de Juan comenzaron a resonar las palabras de la carta que le había escrito aquella vez. Sentía que el rubor le subía a la cara.

- Tengo que irme - dijo.

- Esperá - dijo ella-. Tengo que hablar con vos.

Avanzó hasta la puerta y desde allí le dijo que viniera, que tenían que hablar a solas.

Avanzó con temor. Elsa lo condujo a través de habitaciones amplias y después por un corredor largo, en la planta alta. En toda la casa había sombras y silencio. Podía oír el rumor del vestido de Elsa. Llegaron a una salita.

- Esperame un minuto - dijo ella, entrando en una habitación.

Sintió que el corazón le latía con más fuerza. Pensó que quizás le devolviera la carta.

- Mirá, Juan - dijo Elsa, apareciendo. Traía una caja en una mano-. Tengo que pedirte un gran favor.

- Lo que vos quieras - dijo él.

- No es que no nos guste que vengas a casa, pero te ruego que no vengas por un tiempo. Si Aldo te ve a vos es capaz de querer

volver a las andanzas.

- Ya me iba - dijo.

- No se trata de eso. Ya sabés cómo es él: hoy le gusta una cosa y mañana otra. Siempre fue así. No queremos que vuelva a esa porquería de política. Vos sos dueño de hacerlo, pero te ruego que no le habléis más de política.

- Pero si fue él; él me llamó a mí; a mí nunca me interesó la política.

- Bueno, esas son cosas tuyas - dijo Elsa con una voz que la destruía a sus ojos, que la convertía en un ser que nunca había presentado. Le miró la nariz, las comisuras de los labios, las manos decididas.

- Perdoname. No voy a volver nunca más - dijo apenas.

- Te ruego que no lo tomés a mal. Sos bastante inteligente como para darte cuenta de las cosas.

No respondió. La alegría que había traído consigo, y que no pudo comunicar a su amigo, se convertía ahora en una extraña fuerza, en un impulso bienhechor.

- Lo que te puedo asegurar - dijo con ese impulso - es que nunca me interesó la política, y que me acerqué por ella por otras razones, a través de tu hermano. Pero te puedo asegurar también que desde hoy sí me voy a dedicar, con toda la fuerza de que soy capaz, aunque sepa que en el fondo es una porquería, como vos decís.

Ella lo miró y le entregó la caja, que él tomó, sintiendo su peso.

- ¿Y sabés por qué? - prosiguió con la misma vehemencia - Porque adelante de uno no hay nada más que el tren de las ocho, el porrón y la baraja.

- No veo nada de malo en la baraja - dijo ella con sencillez -. Nosotros jugamos todas las noches, en invierno. Qué puede haber de malo en la baraja - prosiguió, invitándolo a salir.

- Tenés razón - dijo -. No hay nada de malo -. Y salió.

En la cocina se despidió de Aldo.

- Me voy - dijo -.Te veo otro día.

- No te olvides de las estampillas - gritó Aldo, cuando él iba por el jardín.

En la calle abrió la caja. Era uno de los revólveres que les había dado el doctor López aquella noche. Lo sacó y se lo puso en la cintura. Habría avanzado unos veinte metros cuando tiró la caja a un costado del camino.

En una de las sillas de "Los nuevos" desplomó todo el cansancio del día. Afuera lloviznaba. El vejete, soñoliento detrás del mostrador, abrió los ojos.

- Hola, Juanchilo. ¿Una cervecita? - dijo.

- Sí - respondió tomándose la cabeza. Sintió que las cejas y parte de la frente eran casi insensibles al tacto. Había bebido demasiado con el doctor López. Bebida blanca. Una cerveza lo despejaría.

- Tuvimos cerrado todo el día - decía el viejo -, pero la gente compró hoy más vino que nunca, por la puerta de atrás.

En ese momento se le borraron las palabras que el viejo decía, con el recuerdo de la radio. El había vuelto, con Pascheta, del rancharío de Las Playas, cerca del basural. Habían ido a llevar a la gente que había votado. El doctor estaba en el comité, sintonizando la radio.

-¿Oíste LV3? - le dijo cuando entró - Vamos ganando lejos. Afuera la gente gritaba Sábati-ní, Sábati-ní. Nunca había tomado esa bebida blanca.

- ... más vino que nunca, por la puerta de atrás -decía la voz, o quizás había sido emitida antes y ahora fuese sólo el recuerdo del sonido.

Fue con el doctor López a Las Playas. Muchos entraron en el auto otros iban en los estribos. En uno de los ranchos, un hombre yacía en una cama. "Déle algo, alguna cosa, doctor", había dicho una mujer. El doctor le tomó el pulso y salió con el rostro preocupado.

Iban en el auto cuando él le preguntó: "¿no se puede hacer nada por él, doctor?". El doctor arrugó los párpados, tomó una curva lentamente y dijo: "en casos como ése lo mejor que puede hacer el médico es llegar tarde". Los demás parecían no haber oído la frase, que a ~~él~~ él lo había estremecido. Sus cabezas se movían rítmicamente, con los saltos del vehículo. Tenían olor a leña, a sudor, a humanidad. Llevaba cada uno una bolsita, que llenarían de carne, después de la votación, en el comité. "Lo que me preocupa es el basural. O se sacan los ranchos o se saca el basural", dijo después el doctor. Uno de los hombres que iba en el estribo pero con la cabeza ~~dentro~~ dentro del vehículo, dijo: "Podrían llevar el basural para El Bajo". "En El Bajo también hay ranchos", dijo el doctor. Nunca hubiera imaginado que hubiese tantos ranchos, tanta miseria. Y era asombroso que el doctor conociese todos los rancharíos y supiese quiénes eran demócratas y quiénes radicales. "Lo primero que va a tener que hacer Pascheta es solucionar el problema del basural. Con razón hay tanto tifus", dijo el doctor más adelante. Y la radio decía después que Sabattini triunfaba en la capital y en varios departamentos; pero no decía nada del departamento Punilla. Alzó la cabeza para beber. Toda la espuma se había evaporado. El viejo dormitaba tras el mostrador. En el techo de cinc repicaba la llovizna. Y fueron también al rancharío de El Bajo. Latas, lonas, olor a leña, cabras. No había tantas moscas como en el otro. Allí el doctor tuvo que atender a algunos enfermos. Que fueran después por el comité para retirar los remedios. Y él volvió casi a la noche, con Pascheta, para traerlos de vuelta. Estaban casi todos borrachos, con las bolsitas llenas de pan y de carne fría. Entre las latas de las paredes y de los techos salía el resplando rojizo de las lámparas de querosén. Había millones de perros, y las moscas zumbaban en la oscuridad. Algunas mujeres preguntaban por sus maridos, que habían quedado, dormidos, en el comité o en algún boliche. Pascheta sudaba. "Sí, hay que solucionar cuanto antes el problema del basural", repetía.

-...más vino que nunca, por la puerta de atrás - decía la voz,

o quizás sólo fuese su recuerdo."No te olvidés de las estampillas". "Te ruego que no lo tomés a mal. Sos bastante inteligente como para darte cuenta de las cosas". "En esos casos es mejor que el médico llegue tarde". "Sí, tengo que solucionar el problema del basural". "¿Viste que era fácil?". "Yo voté por los radicales y después le dije schifoso".

-... por la puerta de atrás.

"No veo nada de malo en la baraja".

-Prestemé una baraja.

El viejo sonrió.

- Ahí hay una, en esa mesa, pero no veo con quién vas a jugar. Hoy no viene nadie por aquí, pero el pobre viejo ya vendió casi todo el vino que tenía.

El viejo, que había tomado la baraja, la soltó con un salto. Los naipes cayeron al suelo. Juan contrajo los músculos en su silla. Afuera había estallado una bomba de estruendo.

- Diablos, porquería de un diablo - gritó el viejo.

- Los muchachos están festejando el triunfo - dijo Juan -. Traiga otra cerveza, la vamos a tomar juntos.

Hablaron un buen rato. La llovizna paró una vez y siguió más tarde. El viejo le contó de los buenos tiempos. "Tu papá se pudo llenar de plata entonces. Se construía mucho, había muchos terrenos grandes para alambrar. Después este país se vino abajo. Tu padre empezó entonces con el asunto de los pájaros. Menos mal que vienen turistas".

Bermúdez, con dos agentes, apareció en la puerta. No tenía los anteojos. Se pararon contra el mostrador. El viejo les sirvió vino.

- El macho del pueblo - dijo Bermúdez, dirigiéndose a él. Los otros dos reían.

No respondió. Se sirvió otro vaso.

Los tres, con sus vasos en la mano, se acercaron y se sentaron a su mesa.

- Así que ahora sos el gallito del pueblo - dijo uno de los agente

- No soy el gallito del pueblo, pero si me obligan a cantar, canto. Vos sabés muy bien que soy de pocas pulgas.

- ¿Lo oyeron? ¿Vieron que era el gallito del pueblo?- dijo Bermúdez, empujando otro vaso.

- Todos ustedes son unos estúpidos, eso son - dijo el viejo desde el mostrador. Ya pasaron las elecciones y ahora todos deben ser amigos.

- Y más que ahora sabe que van ganando los radicales, que tiran bombas y todo eso. Pero tené cuidado, que puede darse vuelta la taba.

- Yo te conozco todos los pasos, gallito - dijo Bermúdez, que estaba muy borracho -. Me tengo leído todo tu prontuario, y te he visto con estos dos ojos. Te he visto pintar las paredes con ese estúpido de Marcuzzi.

- Fuiste vos el del botellazo y los tiros, ¿no? - dijo Juan.

- Te tengo visto en varias partes. Vos sos un gallito.

- ¿Ese estúpido de Marcuzzi? dijo uno de los agentes - ¿Pero saben por qué iba tanto a la casa? Este iba por la mina, por la hija de Marcuzzi. ¿Te gusta la mina, eh? Yo conozco bien las cosas. Yo la he oído a doña Laura. ¿Sabés o no sabés quién es doña Laura?

- Te tengo visto en varias partes. Y te he visto también pintarle la cara a don Santucho. De eso no te acordás, ¿no?

- Todos ustedes, estúpidos - llegó la voz del viejo -. Sabattini y Aguirre Cámara están comiendo juntos a esta hora, y se ríen de ustedes porque son unos estúpidos.

- No te metás con la Elsa - dijo Juan, alzando los brazos como para pegarle. El otro agente se los tomó.

- Tranquilo, gallito, tranquilo - le dijo.

- ¿Sabés lo que hago yo con la mina esa? - ~~miró~~ prosiguió el otro, haciendo un ~~gancho~~ signo obscuro con los dedos.

Juan se liberó violentamente de los brazos del otro agente, y lo golpeó en la boca. El otro cayó al suelo, con la silla, sangrando por uno de los labios.

- Estúpidos, estúpidos, gritaba el viejo desde el mostrador.

- Calma, señorcitos, calma - dijo Bermúdez, procurando levantar al que había caído. El otro agente había sacado el machete para pegarle a Juan, pero Bermúdez se lo arrebató. Calma, señorcitos míos. Vos, Juan, sentate ahí. Vos ahí y vos ahí. Eso es. Así me gusta. Ahora yo les voy a demostrar lo que se hace con el gallito del pueblo.

Dijo esto y comenzó a desnudarse. Se sacó la gorra, la chaquetilla, el machete, el cinturón con las cartucheras, el pantalón.

Juan lo miraba perplejo. Los otros reían.

- ¿Ven? - dijo colocando la gorra en la cabeza de Juan -. Ahora está hecho todo un machito.

Luego, entre los tres, lo tomaron y comenzaron a desnudar a Juan, tratando de ponerle la chaquetilla y los pantalones de Bermúdez. Le habían sacado el saco.

- Pero miren lo que hay acá - dijo Bermúdez -. Un treintidós largo. ¿Vieron que era el machito del pueblo? Con revólver y todo.

Juan rompió una botella en la cabeza de Bermúdez.

- Estúpidos, estúpidos - gemía el viejo.

Tomó el revólver, que había caído al suelo, y salió a la calle. Los agentes y el viejo trataban de reanimar a Bermúdez.

La llovizna era casi imperceptible. Pasó fugazmente bajo el último farol y entró en su casa. Casi todos se habían acostado ya. En la mesa de la cocina vio el plato de comida, cubierto con una servilleta.

- ¿ Juan? - dijo la voz de su padre, desde el dormitorio.

- Sí, soy yo - respondió.

En su pieza, Pedro y Juancito recortaban figuras de una revista, en la cama. Se acostó y se tapó la cabeza con la sábana, para no ver la luz. La llovizna era más fuerte ahora.

Al rato oyó que Juancito lloraba. Abrió los ojos y vio que Pedro se ponía nerviosamente los pantalones.

- Qué pasa - preguntó.

- El papá, en la calle - dijo Pedro.

Oyó los gritos de su padre y la voz de Bermúdez y de los agentes. Tomó el revólver y salió. Vio que su madre se vestía apresuradamente. Vio tres linternas encendidas y cuatro sombras. Alcanzó a oír "gallito" y vio el fogonazo. Después sintió algo caliente en el cuerpo. Los gritos se perdían entre la lluvia y los disparos. Apuntó cuidadosamente, desde el suelo, e hizo fuego dos veces. Dos linternas cayeron al suelo. La otra parecía huir. Los gritos de la madre, que estaba a su lado, parecían lejanos. Los relinches de los caballos de don Guido, en cambio, parecían estallar dentro de su cabeza.

CAPITULO IX

Federico era el menor de los once hijos de don Guido. Como había comenzado la temporada veraniega, los otros diez no aparecían por la casa en todo el día. Salían muy temprano con los caballos, para alquilarlos a los turistas. Federico no montaba todavía, pero estaba a la espera pasiva de los previsibles acontecimientos. Federico, pues, esperaba pacientemente la edad necesaria para semejante oficio, sentado sobre un tronco en el fondo de su casa, viendo correr el agua del arroyo que pasaba por allí.

Juan iba a veces con Pedro al monte, para entrampar pájaros, pero los más de los días los pasaba con el abuelo, en el fondo de la casa, debajo de las higueras, ayudándole en la industria de los pájaros, de modo que habían visto muchas veces a Federico en esa actitud. El chico, sobre su tronco, los miraba a veces, con miedo, y se negaba a ir a conversar con ellos cada vez que el abuelo lo invitaba. Juan pensaba que Federico tenía miedo al abuelo, a sus inmensos bigotes o a la forma de su sombrero, viejo y doliente, casi como el de un ^eespantapájaros. Quizás también la voz del abuelo, baja y profunda en algunas ocasiones, y su acento extranjero, fuesen causas determinantes de su miedo.

Como aprovechaban también las crecientes del arroyo, frecuentes en primavera, un día estaban el abuelo y Juan sarandeando la arena que había dejado la creciente. El abuelo, colocándose la pala en el hombro para descansar un instante, le dijo:

- Parece muy pavo ese chico, ¿eh?
- Sí - dijo Juan -. Parece un chico pavo.

-¿Querés venir a trabajar con nosotros? - le gritó el abuelo-. Si venís te deajo cortar higos en la planta.

Federico giró un poco la cabeza como para mirarlos, pero no respondió. Juan vio sus ojos chiquitos, como dibujados en la cara. Después giró otra vez la cabeza y siguió mirando el agua.

- Es el chico más pavo que he visto en mi vida - dijo el abuelo bajando la pala del hombre y tomando en el acto una gran palada de arena, que arrojó sobre el inclinado elástico de cama que les servía de saranda.

Por entonces el abuelo no trabajaba más en los alambrados, porque le era imposible hacerlo sin la ayuda del tío Juan, que estaba tan lejos, entre abogados y telegramas, desde aquella noche de los balazos. "Vamos a usar esto", dijo un día el abuelo tocándose la cabeza con un dedo. "Cuando uno sabe usar esto, puede servirse de todo lo que está en el aire, la tierra y el agua", agregó luego.

Todas las casas de ese sector tenían los fondos hacia el arroyo, cercados con tres o cuatro alambres y una puerta de tejido metálico que daba acceso al lecho, de donde la gente sacaba el agua en tarros para regar sus huertas. El abuelo había hecho excavaciones que le permitían tener al arroyo en el propio patio de su casa. Allí era más profundo, de modo que podían pescar, con anzuelos, mojarra, bagres y otras variedades pequeñas. Además había ideado un dispositivo que le permitía recoger, sin grandes esfuerzos, las riquezas de las crecientes: troncos, arena, ripio, piedras, etc. Desde la puerta de tejido metálico de cada casa, hasta la orilla opuesta, había piedras colocadas a manera de puentes, porque enfrente, un poco más alta que el arroyo, formando justamente su lecho, había una calle por la que circulaban lujosos automóviles y caravanas de turistas a caballo, hacia los hoteles distantes.

El abuelo le había dicho que, si trabajaban duro durante toda

la temporada, pasarían el invierno entero panza arriba, comiendo tortita frita, al lado del fuego, y que le contaría alrededor de un centenar de cuentos que había oído, hacía muchos años, en el Brasil.

La industria, ~~que explotada esporádicamente hasta entonces,~~ consistía en fabricar, en gran escala, pájaros exóticos e ídolos indígenas. Pedro suministraba la materia prima. El abuelo, con la ayuda cada vez más valiosa de Juan, la transformaba en mercadería.

Ellos jamás se acercaban a un turista para venderle: simplemente colocaban los productos cerca de sus ojos, y ellos mismos se encargaban de correr hacia la mercadería exclamando desaforadamente que todo era una maravilla. Tampoco decían el precio. El abuelo le había enseñado a él a poner una cara atribulada y decir "y, déme lo que que quiera, nosotros somos muy pobres", tal como solía decirlo él mismo, estirando labios y bigotes. Un día un turista, viendo al viejo y al chico con esas caras, les pagó con cincuenta pesos y les dijo que se quedarán con el vuelto. Cuando el turista se fue, el abuelo, sonriendo, le dijo al oído que en el baúl tenían ya como diez mil pesos.

Todo empezó cuando una tarde el abuelo se puso pensativo y dijo que si no tenían algo bueno para venderle a los turistas que viniesen en la temporada, el invierno siguiente sería muy duro para ellos. Repitió muchas veces que los turistas querían pájaros maravillosos, pájaros exóticos, pero que los pájaros buenos escaseaban en la zona. Después repitió muchas veces también que, en consecuencia, había que perfeccionar la técnica para transformar los pájaros vulgares en pájaros exóticos. Por la noche habían planeado todo. Al día siguiente, Pedro y Juan entramparon seis loros, de los más comunes, de los que la gente llama "barranqueros". El abuelo, que había montado su taller debajo de las higueras, tomó uno cuidadosamente y con una lima muy fina le cambió la forma del pico. "Estos bichos tiene el *pp*

pico muy feo", dijo interrumpiendo una curiosa melodía que había comenzado a silbar. Cuando consiguió, con el sexto loro, hacer un pico perfecto, el abuelo sonrió y dijo que el pájaro, ahora, hasta quizás cantase alguna cosa buena. La segunda operación consistió en teñir las plumas del avechucho con diversas anilinas. Una parte del pico recibió también su color correspondiente. El abuelo decía que no se trataba de ~~meter~~ meter colores porque sí, sino de saber combinarlos. Secada la pintura, vino la prueba de agua, que el nuevo pájaro resistió bien. No destañaba. Cuando terminó, el abuelo contempló su obra y dijo: "se parece bastante a un pájaro muy lindo que una vez vi en el Brasil". Después le encargaron al polaco Basilio la construcción de las jaulas. El polaco lloraba de alegría: jamás en su vida le habían encargado la construcción de trecientas jaulas, con la promesa de que habría que hacer muchas más en los sucesivos. "Tienen que ser unas jaulitas como para que los pájaros lleguen bien a Buenos Aires", le dijo el abuelo.

Los ídolos indígenas daban bastante trabajo también. Tenían que ir al monte a buscar una piedra llamada "sapo", blanda y muy pesada, y llevarla a la casa. El abuelo sacaba del galpón el juego de gubias, y se ponían a trabajar. Juan, con un trozo de piedra, imitaba paso a paso los cortes que había el abuelo para fabricar el ídolo, y él a su vez imitaba a otro ídolo existente en su memoria, según lo había visto alguna vez, hacía muchos años, en el Brasil. Los pulían toscamente con una piedra cualquiera, más dura, y después los enterraban durante algunos días. A veces les arrancaba un brazo o una pierna, y parece que así hasta tenían más valor. Juan no entendió al principio en qué consistía el negocio, pero cuando oyó a un turista exclamar: "pero esto tiene un valor arqueológico incalculable", se dio cuenta de que el abuelo sabía hacer las cosas." Y de dónde lo sacaron", preguntó el turista. "Lo encontramos enterrado cerca del río, allá abajo", dijo el abuelo. El turista puso ojos codiciosos y preguntó cuánto querían por él. "Y, déme lo

que quiera, nosotros somos muy pobres", dijo el abuelo, mientras él pensaba que si seguían así pronto tendrían veinte mil en el baúl.

Un día don Guido asomó la cabeza por el cerco que separaba ambas casas y viendo al abuelo dijo que aquello era un trabajo liviano, y que ellos, en cambio, tenían que trabajar como locos todos el día y tener más de veinte caballos y manturas y aperos y tantas cosas más para poder vivir. El abuelo lo miró y le dijo que a él nunca le habían gustado los caballos.

A Juan le llamaba a atención la cantidad de hebillas y correas de todos los tamaños que tenía que poner don Guido todos los días en los cuerpos de los caballos. Cuando lograba ensillar completamente alguno se le escapaba otro, sobre todo las yeguas

(que eran las más insultadas), mientras él murmuraba, con las luces del alba, miles y miles de insultos dirigidos no sólo a los caballos y a las yeguas sino a una cantidad impresionante de santos, cuyos nombres él jamás había oído.

Y además estaban las crecientes. El abuelo las olfateaba una media hora antes (porque a veces llovía en pueblos lejanos, pero la creciente llegaba hasta allí, aunque hiciese buen tiempo), tiempo suficiente para montar el aparato de desviar objetos sólidos. Consistía en un soporte de madera durísima, colocado al sesgo y sujeto con varias cadenas y estacas de hierro clavadas en el lecho del arroyo y en ambas orillas. Troncos de leña, ripio, arena, todo era despedido por el aparato hacia el terreno del abuelo e iba a parar finalmente a la prolongación interna que él había hecho del arroyo. La arena se amontonaba sola, de modo que la tarea restante era sarandearla para obtener así un poco más de ripio, que se vendía a precios altísimos. Venían los camiones y se llevaban todo hacia los hoteles en construcción. La gente rica construía hoteles inmensos, para albergar a los turistas, en las puntas de las montañas y en lo hondo de los valles.

Alguna vez vendían también párajos verdaderos. Pedro ~~se~~ solía

permanecer afuera, muy lejos, dos días con sus noches, y después aparecía con una jaula llena de calandrias, zorzales, jilgueros, colibríes, tordos y alguna reina mora. Los tordos eran muy estimados porque con unos pocos toques del abuelo pasaban perfectamente por zorzales. Los separaban en distintas jaulas y los repartían entre los vendedores de pájaros, dejando las mejores unidades para sus propias ventas.

Aquella tarde estaban trabajando debajo de las higueras. El abuelo realizaba la operación más delicada, o sea la de pintar los picos (mitad de un color y mitad de otro, según el remoto modelo brasileño), mientras Juan sostenía al pájaro firmemente, procurando que el pico permaneciese inmóvil. El abuelo hacía esa parte del trabajo generalmente silbando. Juan conocía la melodía, y su ritmo, tan extraño, pero aquella tarde le pareció que el abuelo se había equivocado.

-Es lindo ese otro canto - le dijo.

- No es otro canto - respondió el abuelo -. Es el mismo. Lo que pasa es que el que oíste silbar antes era la parte que hacían los clarinetes, en una banda que oí una vez en el Brasil; lo que silbaba ahora era la parte del trombón. Pero es siempre el mismo canto. Algún día lo voy a tocar entero, en el acordeón.

-¿Te gusta mucho silbar? - preguntó.

- ¿Silbar? - dijo el abuelo -. Es una de las cosas que nunca haría. Cuando tenía dientes vaya y pase. Silbar. Pero ahora tengo que silbar para ver si estas porquerías de loros aprenden a cantar alguna cosa. Si aprenden a hablar también pueden aprender a cantar, caraco.

- ¿Y pueden aprender a cantar?

- Si tienen buen oído, pueden. Nunca oí cantar a ninguno todavía, pero a lo mejor cantan cuando llegan a Buenos Aires. Yo aprendí a tocar el acordeón de oído. A mí nadie me enseñó a tocar el acordeón.

Oyeron el llamado y volvieron los rostros asombrados. Era Fede-

rico. Juan interrogó al abuelo con la vista, y éste le dijo que lo dejase entrar.

- Entrá - gritó Juan.

Federico se acercó tímidamente.

- Cómo - dijo el abuelo -. Parece que este chico ya no es tan pavo.

- Yo no soy pavo - dijo Federico con una vocecita trémula, parecida a la de algunos pájaros.

Se sentó en una piedra y apoyó la cara en las palmas de las manos, y los codos en las rodillas, como solía hacerlo cuando miraba correr el agua.

- Me alegro - dijo el abuelo corrigiendo con un cortaplumas muy agudo la línea de unión de ambos colores, en la parte lateral del pico del loro, previamente limado.

- ¿Qué están haciendo? - preguntó Federico.

- Pájaros - dijo el abuelo.

- Dice mi papá - dijo Federico - que juegue con los otros chicos.

- Estos pájaros son los mejores del mundo ^{cantó} ~~-/dijo~~ el abuelo, aplicando a la frase la melodía del canto que había estado silbando.

- ¿Y cómo se llaman esos pájaros? - preguntó Federico con su vocecita.

- Los de esta serie son "Ave del paraíso"; estos pájaros existen. Tenemos también "Pluma de nieve" y "Tijeretas dobles". Para el año que viene tendremos una nueva variedad; "Fuego verde".

La "Tijereta doble" era la tijereta común, modificada por el abuelo con un simple toque de tijeras en las plumas timoneras y algún toque en las cobijas caudales superiores. Juan conocía de memoria todas las partes de los pájaros, según habían visto en una enciclopedia cuando comenzaron a perfeccionar el trabajo: coronilla, occipucio, región parotídea, dorso, cobijas caudales, timoneras, obispillo, rémige, etc. Según el abuelo, una simple

intervención de la tijera convertía a un pájaro vulgar en una variedad interesante.

- Dice mi papá - dijo Federico - que yo no sé andar a caballo y que va a costar trabajo enseñarme.

- Los caballos no sirven para nada - aseguró el abuelo -. Viven ensuciando por todas partes y comen demasiado. Vos tenés que hacerte vendedor de pájaros. Si te hacés vendedor de pájaros vas a ganar mucha plata. Y después, si querés, puedo enseñarte a hacer pájaros. Vas a ver cómo ganás la plata.

Federico se fue cuando el sol todavía no se había puesto tras la montaña inmediata, y ellos trabajaron un rato todavía. Esa tarde la abuela y las tías habían hecho pan, y por la noche el abuelo y la abuela discutieron sobre el Brasil, la Argentina, el tío Juan y los abogados. La tía Elena y la tía Pina habían ido a un baile. El abuelo, probando el pan, dijo que el Brasil era mejor porque allá había bichos de toda clase y acá sólo había pájaros miserables, perros miserables y víboras miserables. Discutían en castellano, pero cuando se enojaban de veras lo hacían en dialecto. Era un dialecto muy difícil, mezclado con palabras portuguesas y españolas. Los abuelos habían recorrido tres países y hablaban con palabras de los tres. En el Brasil, donde estuvo diez años, el abuelo se levantaba muy temprano, echaba una ojeada a las plantas de café y después le preguntaba a la abuela: "¿Qué comemos hoy?". Si la abuela decía "carne", el abuelo tomaba la escopeta y, sacrificando un cartucho, derribaba en el mismo patio de la casa, una gallinácea cualquiera. Si la abuela decía "pez", el abuelo iba hasta el río, que estaba también casi en el patio de la casa, y pescaba un sábalo o cualquier otra variedad. El abuelo era una especie de amo del Brasil. Estuvo como diez años allá, con la abuela, antes de venir a la Argentina. Esa noche el abuelo dijo que ahí había empezado el error, cuando salieron del Brasil, y la abuela dijo que no y después hablaron del tío Juan y por eso siguieron hablando en dialecto. El entendió poco entonces, pero se dio cuenta de que

hablaban del tío Juan. Había que mandarle más plata al abogado para que lo sacara de la cárcel. El abuelo le había contado que una vez, en el Brasil, estaba pescando en el río, o sea casi en el patio de su propia casa, y puso el sombrero (el mismo sombrero de espantapájaros que tenía ahora) y la pipa sobre un tronco medio verde que había al lado. Y como era un poco corto de vista, como ahora, se puso muy inclinado hacia el río para ver la boya. Y en eso sintió que el sombrero y la pipa caían al suelo desde el palo donde estaban, y eso le pareció absurdo al abuelo. Pero mirando mejor, acercando la cara y los ojos al palo, vio que el palo era un cocodrilo que estaba bostezando, de modo que parecía que la mitad del palo se levantaba. El abuelo alzó la pipa y el sombrero y ayudó al cocodrilo a meterse en el agua, y hasta le sacudió un poco los ojos, ~~porque~~ porque parece que le había caído allí un poco de tabaco. Dijo el abuelo que los cocodrilos salían a la orilla del Amazonas a dormir la siesta y que fuera del agua eran muy pavos, como Federico por ejemplo. "Nunca maté cocodrilos fuera del agua", dijo. "Los cocodrilos fuera del agua son como palos y no sirven para nada", afirmó. De pronto la abuela dejó de discutir porque oyó que las gallinas gritaban, y fue al patio y al gallinero a ver si había alguna comadreja, y entonces al abuelo aprovechó para contarle otra vez ~~el~~ episodio de la víbora y el pájaro, que tanto le gustaba. Resulta que el abuelo estaba pescando, y un pajarito, en una rama vecina que estaba cerca de su cabeza y de su sombrero, cantaba demasiado fuerte. A él no le gustó mucho esa manera de cantar, así que oyendo mejor vio que no era un canto sino un llanto, y se levantó y se acercó hasta casi rozar al pájaro con su frente y el ala del sombrero, y el pájaro no se asustaba ni volaba, seguía cantando o llorando como un loco. Entonces el abuelo se acercó más y vio que una inmensa cabeza, la cabeza de una víbora, estaba hipnotizando al pájaro con sus ojos como brasas, para comerlo. La víbora tenía la boca abierta y se le veía la lengua así, como dos de-

dos separados. Entonces el abuelo alzó la escopeta que siempre llevaba consigo, y apretó el gatillo, y la víbora cayó como un trape. El sabía de antemano que caería así, porque todos los animales que cazaba el abuelo caían como un trape después que él les apuntaba. Cuando cayó, el pájaro salió volando y la víbora se hundió en el agua entre un mar de sangre. Después la abuela volvió del gallinero y le dijo en dialecto que él nunca había hecho nada bien y que no servía para nada. El abuelo la miró sin replicar. Volvió el rostro hacia ~~unam~~ él y empezó a contarle otra vez el asunto del caso hormiguero. La abuela, al rato, se acercó y sentándose cerca de ellos dijo que era cierto y que ella lo había visto con sus ojos, de modo que se olvidaron de discutir y siguieron hablando hasta muy tarde ^{de} las cacerías del abuelo.

Federico volvió varios días después y dijo:

- Dice mi papá que tengo que ir a la doctrina para hacer la primera comunión.

- Tenés que aprender todo el catecismo primero - dijo el abuelo -. Si no, no podés hacer la primera comunión.

- Pero a mí me gusta más aprender a hacer pájaros - dijo Federico.

El abuelo empujó hacia Juan seis o siete piedras para que terminara de pulirlas. La mica debía quedar bien visible. Esas piedras, después, se convertirían en "piedras de la gruta" (una gruta verdadera que había entre dos pueblos vecinos) y los turistas pagarían hasta cinco pesos por cada una de ellas. Juan tomó el cortafrío y el martillo y se puso a trabajar.

- ¿Usted sabe el catecismo? - preguntó Federico.

- Claro que lo sé. Yo aprendí a leer en un catecismo. Y nadie me enseñó. Había visto leer a otros y un día encontré un catecismo y me puse a mirarlo. Esta debe ser la A, dije, y era la A. Esta debe ser la B, y era la B. Así aprendí a leer y ahora puedo leer hasta los diarios si hay buena luz.

- Yo también sé leer los diarios - dijo Federico -. Le leo los diarios a mi papá.

- Entonces habrás leído que nuestros pájaros son los mejores del mundo - dijo el abuelo.

- Sí, lo leí - dijo Federico.

- Así me gusta; veo que sabés leer muy bien - dijo el abuelo.

- Mi papá me dijo que usted caza muchos pájaros - contó Federico.

- Pájaros - exclamó el abuelo soltando una risotada y mirándolo -. ¿Oíste lo que dijo? Pájaros. Yo he cazado - añadió mirando de frente a Federico y suspendiendo su tarea - toda clase de animales. He cazado tigres y leones, osos, cocodrilos, elefantes, panteras y animales que ustedes nunca han visto ni verán en ninguna parte.

- ¿Ha cazado monos? - preguntó Federico.

- Cuando llegué al Brasil cacé algunos. Después me aburrí. Los monos son bichos lindos. Una vez en Minas Gerais iba yo caminando. Llevaba el acordeón en un hombro, porque me iba a tocar a un baile, y la escopeta en el otro. En eso veo una mona grande en medio de un cocotero y digo: "El cuero de esta mona grande me hace falta". Entonces saco la escopeta del hombro, sin soltar el acordeón, le saco el seguro y apunto.

El abuelo sonrió. El le vio los bigotes subiendo para arriba, y vio también sus encías, duras como dientes, y cerró la boca y desaparecieron las encías y la sonrisa, y los bigotes bajaron otra vez, y ahora sus ojos parecían tristes, como cuando decía a los turistas que ellos eran muy pobres, y más tristes todavía. El abuelo dijo entonces, con los ojos pequeñísimos:

- Y justo cuando le voy a tirar, la mona alza un monito recién nacido que tenía ahí mismo y me lo muestra, llorando. La mona inclinaba la cabeza para los dos lados y lloraba. Entonces bajo la escopeta, le vuelvo a poner el seguro, la pongo en el hombro y digo: "bah, no creo que me haga tanta falta el cuero". Y me pongo a caminar y no quiero mirar para atrás porque se me hace un nudo en la garganta. Y entonces (aquí los ojos del abuelo se abrieron y los bigotes subieron un poco) siento un golpe

en la cabeza y atino a agarrar la escopeta mientras me caigo, y me doy vuelta y veo que la mona me ha tirado con un coco en la cabeza. Yo me teco entonces la cabeza y miro a la mona, y ella se me ríe en la cara. Después me fui al baile y toqué toda la noche, y al volver con mis amigos, cantando, les digo: "¿Ven? En ese árbol estaba la mona". Y ellos no me creían.

Esa noche hubo creciente. Menos mal que el abuelo, calculando que podía haberla, dejó puesto el aparato. Al día siguiente estaban sarandeando arena; como ya llevaban mucho tiempo haciéndolo, el abuelo y Juan se echaron sobre la arena sarandeada para descansar un rato. El sacó la pipa, la limpió durante un largo rato y después la encendió. A él ya se le había secado el sudor de la frente, pero al abuelo le colgaban todavía algunas gotitas.

Federico asomó la cabeza y después todo el cuerpo, y se quedó parado mirándolos.

- Vení - dijo el abuelo.

- Tengo que estudiar el catecismo - dijo Federico.

- Yo te enseñé el catecismo - dijo el abuelo, y mirándolo a él agregó: -Vamos a tener que enseñarle el catecismo a este chico.

Federico se sentó al lado de Juan y apoyó la cara en las palmas de la mano y los codos en las rodillas.

- ¿Usted hizo la primera comunión? - dijo.

- ¿Oíste? - dijo el abuelo - Me pregunta si hice la primera comunión. Yo la hice en el Vaticano, amigo. Y estaban allí todos los cardenales. ¿Quiénes fueron nuestros primeros padres, vamos a ver? Seguro que no sabés quiénes fueron nuestros primeros padres, de los que traemos el pecado original.

- Todavía no sé eso - dijo Federico, y agregó: ¿Cuál fue el primer pájaro?

El abuelo nunca había dicho cuál era el primer pájaro, de modo que él también aguardó la respuesta vivamente.

Movió las cejas y sin titubear dijo:

- El primer pájaro fue el gallo.

- ¿ Y el gallo es un pájaro entonces? - preguntó él.

- No - dijo el abuelo -.El gallo es un ave de corral.Pero antes era un pájaro, un pájaro grande y lindo. No tenía cresta ni espuelas. El canto de un solo gallo llenaba todo el paraíso terrenal, donde estaba junto con el hombre. Un día el gallo estaba durmiendo y el Señor le sacó una pluma y con la pluma hizo a la gallina. Y la gallina vivía feliz con el gallo y cantaban todo el día. Pero un día comieron maíz verde y entonces el Señor los arrojó del paraíso junto con el hombre y le dijo a la gallina:"Con dolor pondrás tus huevos, y vivirán toda la vida en los corrales". El gallo, después, para vengarse, negó tres veces a Cristo.

Federico parpadeó un rato y después lo miró a él, sonrió y le dijo que le había gustado. El abuelo lo oyó y dijo:

- Oh, sé muchas historias. Yo he leído toda la Biblia.

- Contale del Arca de Noé - dijo Juan.

El abuelo volvió a llenar la pipa, la encendió y dijo:

- Un día le dice Dios a Noé:"Va a ser mejor que te hagas un arca porque va a llover cuarenta días y cuarenta noches, y va a venir una creciente tan grande que llevará todo lo que hay en el mundo.Y en el arca vas a poner un animal de cada clase,toda clase de pájaros, culebras y chicharras". Entonces Noé agarró el hacha y se puso a cortar árboles.No como estos que se ven por aquí; árboles grandes como los que yo tenía en el Brasil, en el patio de mi casa. De los árboles sacó las tablas y fabricó un arca, y en eso empezó a llover. Entonces Noé llamó a todos los bichos para que entraran y se salvaran.Claro que algunos bichos se ahogaron y no pudieron entrar, y vaya a saber cómo eran. Dicen que los mejores animales se perdieron entonces.Mi abuelo, que era un hombre que sabía todas las cosas del mundo, me dijo una vez que él había leído un libro donde estaban varios de los animales que desaparecieron.Víboras con alas, de las que el Señor condenó a arrastrarse porque un día picaron a un ángel, pescados con cuatro patas, caballos de humo, más ligeros que el

viento (había muchos animales de humo, no solamente caballos), perros de nieve que andaban en la noche y servían de gufa, y muchos más que no me acuerdo. Pero mi abuelo los conocía a todos. En ese libro decía que el hombre descubrió el fuego gracias a un pájaro. Un día se estaban muriendo todos de frío, con montones de leña que no servía para nada, y vino un pájaro del cielo y encendió las ramas. Así nació el fuego. Era un pájaro de fuego. Vivía en la punta de las montañas, en medio de la nieve, y producía los deshielos. De él brotaron los ríos y los arroyos, este arroyo que ves ahí mismo. Bueno - siguió el abuelo -. Ya había llovido varios días seguidos y todavía faltaban muchos animales en el arca. Noé llamó a la mula y le dijo: "Si no entrás ahora no habrá lugar para vos". "No necesito ese lugar", dijo la Mula. "Desprecio tu arca y tus consejos". "Condenada seas", dijo Noé. Entonces la mula, enojada, le dio una patada al arca y le hizo un tremendo agujero, y empezó a entrar agua en el arca mojando a todos los pichones. Noé corrió a buscar brea, y alcanzó a arreglarla. Y cuando terminó de arreglarla le dijo a la mula: "Condenada seas, maldita mula. Nunca podrás tener hijos". Por eso las mulas no tienen cría. Mientras tanto las víboras revoloteaban para entrar en el arca. Noé las miró y les dijo: "La que quiera entrar va a tener que cortarse las alas. Condenadas sean por haber picado al ángel. Que entre una sola para que siempre se arrastre por la tierra". Entró una sola. Las demás murieron para siempre. Y cuando ya el arca navegaba hacia el monte Sinaí y todo estaba cubierto por el agua, vino una tortuga diciendo que la dejaran entrar. "Podrás entrar, pero, como llegaste tarde, condenada seas a arrastrarte por la tierra y serás el más lerdo de los animales", dijo Noé. Y pasaron muchos días, y Noé miraba y no se veía nada. Todo era agua. Entonces mandó a una palomita blanca ~~para~~ para que buscara tierra, y la paloma divisó el monte Sinaí. Como estaba muy cansada, porque había volado varios días y varias noches, quiso asentarse en

una ramita que asomaba en la punta del monte Sinaí. Resulta que era la rama de una higuera. La palomita se asentó y la higuera la flechó con esa leche que tienen. Entonces Noé maldijo a la higuera y le dijo: "Maldita higuera. Por qué flechaste a la paloma. Nunca más darás flores". Por eso la higuera no da flores. ¿Alguno de ustedes ha visto alguna vez su flor?

- No - dijeron los chicos.

- Algunos dicen - presiguió el abuelo - que a las doce de la noche da una flor chiquita, que se seca antes de que salga el sol. Yo me levanto temprano, pero no la he visto nunca.

Dio dos o tres chupadas a la pipa, que se había apagado. Se tanteó los bolsillos en busca de fósforos, y le dijo que fuese a buscar una brasa a la cocina. Cuando Juan volvió con la brasa en una chcharita, el abuelo estaba describiendo el Purgatorio. Había formado una cavidad con las dos manos, dejando un orificio, entre los pulgares, donde Federico apoyaba uno de sus ojos.

- ¿Ves algo de luz?- le decía.

- No, no veo nada.

- Bueno. Así es el Purgatorio, donde van los chicos sin bautizar. Allá no hay nada de luz. Todo es oscuro como una selva de noche. Cada noventa o cien años, los condenados pueden ver la luz del día a través del ojo de una aguja, por donde es más fácil que entre un camello y no un rico a la gloria.

Federico tenía los ojos como espantados. El abuelo tomó luego la brasa con los dedos índice y pulgar y la sostuvo un buen rato en el aire antes de que la pusiese sobre la boca de la pipa. Los detuvo para decir que los que iban al Purgatorio por pecados veniales, podían algún día ir al cielo, pero al mínimo desliz volvían al Purgatorio por períodos más largos todavía. Federico miraba ahora los dedos del abuelo, sorprendido de que no se quemasen con la brasa. El abuelo la acercó a la boca y la sopló para reavivarla. Después la puso cuidadosamente sobre la pipa, sin soltarla del todo, chupó un poco y la arrojó con fuerza al medio del arroyo diciendo que casi se había quemado.

El no se asombró mucho porque estaba acostumbrado a verle hacer aquello. Tomaba la brasa con los dedos y se ponía a hablar mal del país, donde todo era care y donde ya no se podía vivir más. Mientras él hablaba, la brasa iba quemando las dos o tres costras que tenía en los dedos, a fuerza de escarbar en los canteros. Cuando las costras sucesivas se habían quemado, el abuelo interrumpía el discurso y arrojaba la brasa con un insulto en dialecto, generalmente dedicada a las palabras pronunciando en el momento de quemarse.

Los turistas desaparecieron, el invierno llegó enseguida y ellos no vieron a Federico por mucho tiempo. Decían que se había encerrado para estudiar el catecismo. El abuelo ya le había hablado del cielo y del infierno y del fin del mundo. Federico se había asustado porque el abuelo aseguró que el fin del mundo ocurriría de un momento a otro. Dijo que Cristo había dicho que el mundo duraría mil años y pico. "Los mil años pasaron hace rato; el pico no se sabe", dijo el abuelo.

Por las tardes, cuando no lloviznaba, el abuelo sacaba el ^{acordeón} ~~tan~~ comprado en Casa América cuando se bajó del barco, y se iba al pueblo (llamaban así al cacerío central de la aldea). Cuando había viento del sur, podían oír desde la pieza de la abuela, acurrucados junto al fuego con la tía Elena y la tía Pina, las polcas y mazurcas y las rancheras que tocaba él allá, detrás de las lomas, en los boliches.

Una mañana la abuela lo despertó con voces estridentes y le dijo en dialecto que el abuelo no había vuelto esa noche. Y le pedía a Dios, también en dialecto, que no le hubiera pasado nada al abuelo. El salió tiritando de frío y vio que afuera todavía caía nieve. Había nevado toda la noche. Desde un cielo ausente seguían cayendo copos casi imperceptibles, y él subía por el sendero de la colina, viendo el humo largo que le salía por la boca. Y no había recorrido cien metros cuando sintió abajo, hacia la pendiente de la loma, algo así como un gemido. Miró y vio el acordeón y más allá el sombrero, y en medio del sus-

te descubrió de pronto los botines. "Abuelo", gritó, escarbando sobre la cara, casi cubierta por la nieve. Los botones del saco brillaban con un color inmortal sobre la nieve. Le destapó la cara y vio que echaba humo por la boca. "Qué pasa", le preguntó el abuelo. "Te dormiste en la nieve, te caíste", le dijo. El abuelo se sentó y sacudió un poco sus ropas. El sentía olor a alcohol. "¿He dormido aquí toda la noche? Nieve. En el Brasil jamás vi una gota de nieve". Tanteó a los costados buscando la pipa. El la divisó más abajo, encajada en una piedra, con la boquilla cubierta de nieve. Más allá estaba el acordeón, con el fuelle abierto, lleno de nieve. Entre los botones de los bajos todo era nieve. Con un palo sacó la nieve del fuelle, y cuando lo cerró sonó una música disonante. El abuelo ya se había parado y sacudía el sombrero. "Me debo haber caído esta mañana. No me acuerdo de nada. Vamos a casa a tomar café", dijo. Después repitió que en el Brasil jamás había visto nieve. La nieve era otro de los defectos de este cochino país.

Ese invierno fue larguísimo, y cuando dejó de helar aparecieron los primeros brotes. Eran brotes muy tiernos, y la gente decía que era primavera. Pero el abuelo cubría los brotes más tiernos por la noche, temiendo alguna helada tardía. "Uno no puede descuidarse con el tiempo en este país", le decía a los paisanos que iban a veces a visitarlo.

Un día de esos, después de una helada, Federico apareció con un traje de marinero y un librito de tapas de nácar en las manos. Había hecho la primera comunión. Traía una foto que le habían sacado. La abuela le elogió los zapatos tan brillantes y le dio un beso. El abuelo le tocó la cabeza y después dijo como para sí, o quizás dirigiéndose a la abuela: "Parece que ya no es tan pavo este chico".

Esa noche, varios caballos del padre de Federico rompieron el cerco y pisotearon todos los canteros y rompieron algunas viñas. Ninguno había oído nada, y todos estaban ahora aterrados, parados, contemplando la destrucción. Don Guido no apareció en toda la

mañana, y vino al mediodía a pedir disculpas. No sabía en qué momento los caballos habían roto el cerco. El abuelo se enojó y le dijo que la próxima vez le mataría los caballos uno por uno, con la escopeta. Don Guido trató de atemperar las cosas, pero como no pudo se enojó también. Y dijo que prefería tener caballos cochinos ~~y~~ en vez de estafar a la gente con pájaros falsos. "Yo sé de dónde saca usted los pájaros que vende; ya no quedan loros en toda la zona; esos son los pájaros que vende". El abuelo siguió gritando un rato y mencionó otra vez la escopeta. Don Guido estaba después más tranquilo, y le dijo que prefería estar todo el día entre el olor de los caballos, como le había dicho, en vez de andar mintiendo todo el día y contando embustes a la gente. "¿Yo mentiroso?", dijo el abuelo. "Sí, usted, que le contó a Federico todas esas mentiras del arca de Noé". Don Guido se metió en su casa, pero el abuelo le habló un rato todavía, a través del cerco, como si permaneciese aún allí. Y era seguro que el padre de Federico lo oía desde adentro.

Después llegó la noche y no había luna, y la montaña inmediata se confundía con la noche. Antes de acostarse hablaron mal de don Guido durante todo el tiempo. Cuando se acostaron, oyeron las primeras gotas sobre el cinc del techo. El se durmió y más tarde lo despertó el estruendo.

- ¿Oyeron? - dijo el abuelo desde la pieza contigua.

- Sí, menos mal que armamos todo - respondió, mientras Pedro se tapaba la cabeza para no oír nada.

- Es un diluvio - dijo el abuelo -. Con esta lluvia nos hacemos ricos.

Al otro día la creciente había pasado, dejando inmensas riquezas en el fondo del terreno. Tuvieron que sarandear arena durante dos días. Cuando descansaron un rato y él le trajo la brasa para la pipa, el ^{abuelo} ~~abuelo~~ lo miró y le dijo:

- Algún día te vas y no vas a ver nunca más al abuelo.

Los dos ~~se~~ quedaron un rato pensativos, pero después charlaron como nunca y rieron varias veces. Hablaron mal del país y del

mundo entero.

El abuelo se puso serio de pronto y le dijo:

- Y cuando te vayas, no debés pensar nunca que el abuelo era mentiroso. Recién has empezado a abrir los ojos. Yo llevo más de ochenta años en este cochino mundo. Me he gastado los ojos viendo todas las perquerías que hay. Cuando te vayas y estés bien sano, tratá algún día de ver las cosas como las descubrí yo en estos últimos años. Si podés hacerlo, vivirás bien y serás casi tan feliz como yo cuando estaba en el Brasil.

CAPITULO X

Menos mal que la tía Elena y la tía Pina trabajaban en el hotel y podían girar dinero todos los meses a Córdoba para evitar que los abogados se comieran la casa ladrillo por ladrillo, según había sentenciado el abuelo, porque éste "cayó enfermo", según la expresión de don Guido, y ya no podía dedicarse ni a las crecientes ni a los pájaros. El lo veía desde entonces, por las noches, ~~miran~~ frotarse las piernas, blancas y sin pelos, hacia abajo, para hacer correr el líquido que le inyectaba más arriba la tía Pina. El líquido debía llegar a las partes últimas del pie, donde el frío y el dolor se concentraban.

Todo lo vivido, todo lo ocurrido en los últimos tiempos sería para él una verdadera realidad ahora, cuando el abuelo terminase, por centésima vez, la relación de los ~~hechos~~ hechos, con aquella grase escupida entre los bigotes blancos: "los abogados querían comerse la casa, y todo se lo llevaba el diablo". O con las versiones fantásticas de Pedro, inventadas a su antojo aunque sin apartarse de lo que él mismo había visto. Y serían también una certeza aquellas cartas del tío Juan, desde la cárcel lejana, que hacían llorar a la abuela. Todo era tardío y lejano para él, y pasaría algún tiempo todavía hasta que pudiese reconstruirlo en la memoria. La tía Pina iba mucho a los bailes, con un novio que el abuelo llamaba "El gavilán"; incluso la misma tía Elena tenía también su gavilán. Y aquella

tarde habían ido todos a una fiesta, a un cumpleaños donde la tía Pina pensaba atrapar definitivamente a su gavilán.

Era un "rancho de mala muerte", según dijo el abuelo después, la casa donde celebraban el cumpleaños de alguien. Juan no sabía bien esto, y pensaba que quizás fuese un hombre moreno y gordo, al parecer dueño de la casa, o una de sus hijas, vestida con ropas anchas y vaperosas. La abuela ayudaba en la cocina, y el abuelo conversaba con varios hombres y mujeres sentados a su alrededor. El y Pedro estaban en el patio, debajo de un parral, jugando con otros chicos. La tía Pina y Robertito (el Gavilán) habían ido a buscar la victrola quién sabe adónde. A Juan se le ocurría que todos esos rostros nuevos y asombrados que rodeaban al abuelo eran presencias surgidas inevitablemente después de lo que pasó. Quizás, si nada hubiese ocurrido, estas caras no existieran, y su abuelo permaneciese en cambio debajo de aquel retrato de Yrigoyen. A la mañana siguiente el abuelo lo había arrancado de la pared y, saltando sobre el retrato y los trozos de vidrio, había maldecido largamente una buena parte de la Historia Argentina. Y a medida que el abuelo narraba, por centésima vez, todo lo que pasó, Juan, oyéndolo, recordaba unas frases dichas por Pedro unos días antes, mientras seguían las huellas de una iguana: "Entre jazmines y nardos, Sabatini-Gallardo. Entre pavos y sonsos, Aguirre Cámara-Alonso". El mismo había visto cosas incomprensibles que ahora podía asociar perfectamente para explicárselas: aquella manifestación, aquel grupo de hombres en fila atravesando las calles del pueblo hacia la Estación, en esa tarde morada, gritando "pasaré-mós, pasaré-mós", que él y Pedro miraron distraídamente, y aquella otra, un día después, formada por hombres vestidos de negro y con los sombreros puestos, gritando "no pasarán, no pasarán", y avanzando en dirección contraria.

"Los lomos negros", le había dicho Pedro, y él pudo por fin conocerlos, pensando que sin duda pasarían directamente al in-

fierno anunciado por el abuelo.

Por entonces todas las cosas parecían incomprendibles y adquirirían algún significado mucho después, cuando otros sucesos las completaban. Las elecciones, el tiroteo, el noviazgo de la tía Pina, la hipoteca de la casa con tantos billetes contados uno por uno, varias veces, y guardados luego por el abuelo en el fondo del baúl, las cartas del tío Juan desde la cárcel, la industria de los pájaros podían, sumadas, tener un sentido preciso.

Ahora que estaban por bailar, y la tía Pina había salido con Robertito para buscar la victrola, la misma que el tío Juan había arreglado algunas veces, tuvo conciencia del casamiento de una tía desconocida. Él estuvo allá esa noche, y allá también hubo bailes y victrolas, trajes y zapatos y sombreros y botellas, moviéndose todo con ritmos establecidos, como convergiendo todo hacia el casamiento de la tía Pina.

No puede decirse que hubiese aprendido todo lo que Pedro sabía, pero asistía a casi todos los acontecimientos con que éste rodeaba su vida, menos, claro está, a la casa de mister Robert. Hubiera sido imposible, por ejemplo, poder determinar como él la marca y aún el modelo de un automóvil sólo con oír su ruido a la distancia, conocer las diferencias entre un modelo y otro, con una palanca aquí y otra allá, la exacta biografía de Satuszeck, los promedios de sus carreras y su muerte estrepitosa. Difícil también, aunque pronto iría a la escuela, aprender a leer como él, tan de corrido, supuesto que se aceptase su afirmación de que quien leía más rápido era sin duda el ~~mejor~~ mejor lector. Difícil trepar como él por las montañas más abruptas, nadar tan rápido, salvar a tantos turistas y despreciar a todo el mundo. ~~Por~~ Peter Clayton estaba sin duda para las grandes soluciones. Aquella noche, aquella madrugada, después de lo que pasó, quedaron solos en la casa, en medio de la confusión. El tiroteo con la policía había sido terrible, su tío Juan estaba herido y lo habían llevado a Córdoba en una ambulancia, los policías muertos, las tías y los abuelos habían desaparecido. A él le gustaba, durante

esos momentos en que apreciaba largamente los hechos, comparar los instantes en que ambos, agazapados, ^{eludieron} ~~evadieron~~ la consigna policial apostada contra la puerta de la casa, para salir subrepticamente entre los alambrados, cruzar el arroyo y ganar la calle y luego el campo, a la luz incierta del alba, con aquellos otros del plácido viaje en ómnibus hacia la ciudad lejana, donde estaba, herido o muerto, el tío Juan. Pasaron por Cosquín y se taparon las narices. Llegaron a Córdoba, y en el hospital San Roque, desde la puerta de la sala policial, pudieron ver que su tío estaba vivo y que sonreía; pero no pudieron hablar con él. Juan tendría luego sobrado tiempo para recordarlo todo. La decisión de Pedro en esos momentos, idéntica a la que ostentaba cuando salvaba a un ahogado, cuando llegó, casi olfateando, al lugar donde habían escondido el tarro con el dinero. No dijo "aquí es", ni nada por el estilo. Sensillamente se dirigió al lugar exacto y cavó con las uñas. Parecía un perro buscando un hueso oculto de antemano, con los músculos en tensión y el rostro concentrado. Juan, sentado sobre una piedra, lo miraba con los ojos caídos de sueño y el mentón apoyado en ambas manos. La tarea duró unos instantes, y Pedro surgió de pronto, a través del sueño, con el tarro en la mano, de donde sacó inmediatamente el dinero, casi húmedo. "Vamos", le dijo después, y así como estaban, con la ropa hecha jirones, tomaron el ómnibus. Previamente compró chocolatines, la revista Mecánica y Ciencia y un paquete de cigarrillos importados. Nunca lo había visto fumar: parecía ser un acto utilizado para los viajes. En el ómnibus lo observó detenidamente: sus rasgos, los que le había conocido al llegar, se habían transformado, se transformaban sin duda. El cabello, antes hirsuto, se ondulaba aquí y allá; la tez parecía más blanca, la nariz libre de mocos; la barba crecía suavemente en cada poro de su piel tirante, aunque no se afeitase todavía. Estaba en mangas ^{de} camisa, y brazos y antebrazos florecían como ventosas. Cerca de un pueblo se descompuso el ómnibus, y Peter Clayton bajó inmediata-

mente para colocarse al lado del conductor, que revisaba cables y tornillos. Después de sonarse la nariz con los dedos (ya había hecho esto por la ventanilla) comenzó a dirigir preguntas al conductor, que ni le respondía ni lo miraba siquiera. Sin embargo, en un momento dado, cambiaron algunas frases con la palabra carburador, dicha por el conductor, y cigüeñal, dicha por Peter Clayton. "Si no le digo no lo arregla", le dijo después en voz baja, al sentarse otra vez, mientras el ómnibus arrancaba ya. "Lo que pasa es que no sabe manejar", agregó. Juan recordó entonces que, según su tío Juan, Pedro jamás había conducido un automóvil porque no sabía hacerlo. "Un día le di el volante del camión de Pascheta y casi se traga un árbol", había dicho. Peter Clayton se entregó luego a la lectura de su revista, interrumpida al llegar a Cosquín, cuando dijo "a taparse las narices", con los dedos en la misma. Juan lo imitó y se pusieron a conversar así, con voz gangosa, hasta que Cosquín quedó atrás con todos sus condenados. Juan, al recordar el codazo, creía sentirlo nuevamente en el costado. Fue un codazo fuerte, dado sin cálculo, sin pensar en el dolor que causaría. Pedro había encendido uno de sus aromáticos cigarrillos, tan caros, cuyo precio hubiese espantado al abuelo, y arrojaba bocanadas hacia todo el ómnibus. "Mirá cómo olen", fue la frase, seguida de un codazo en el mismo lugar. Efectivamente, algunos habían levantado sus narices, cuyas aletas parecían moverse para percibir aquel aroma importado.

El abuelo estaba en plena narración, y los chicos, en el patio, habían levantado un instante sus cabezas para oírlo y mirarlo a través de la puerta. Tenía un vaso de vino en la mano, y después de cada párrafo bebía un trago y se limpiaba los bigotes. Lo rodeaban rostros asombrados, entregados enteramente a la narración, como si en un momento dado estuviesen dispuestos a intervenir ellos mismos, a ser ellos mismos los protagonistas de lo que estaba sucediendo en las palabras del abuelo.

"Si hubiera llegado a tiempo lo salvaba, caraco. Pero cuando llegué con la escopeta, ya estaban en el suelo, como trapos. Juan en un mar de sangre, y el olor de la pólvora. Me quedé con la escopeta en la mano, sin poder hacer un tiro. A quién le iba a tirar si estaban todos muertos. Si hubiera habido más policías, no dejó vivo uno solo. Porque la escopeta mía no miente".

Juan se corrió un poco, en cuclillas, para ver mejor el gráfico que Pedro trazaba en el suelo. Estaban todos en cuclillas y miraban la mano que iba y venía, con un palito en la mano, trazando el alambrado, la puerta de calle, el algarrobo, las habitaciones y la calle. Los chicos habían bajado otra vez sus cabezas, atentas un instante a las palabras del viejo, allá adentro, que seguía murmurando.

"Por esta calle vinieron los policías - decía ahora Pedro -. Estábamos casi todos acostados porque eran más de las diez de la noche y lloviznaba. Yo oí que abrían la puerta de calle y que gritaban. De un salto me asomé y vi las linternas. Los milicos eran tres y les brillaban las chapas de las gorras y los betones de las chaquetillas. Caminaban haciendo ruido a latas".

"En eso ¡pum! - decía allá la voz del abuelo, y ellos tuvieron que levantar sus cabezas para oír aquello. Pero el abuelo había llevado el vaso a los labios y bebía. Sin embargo las cabezas quedaron inmóviles, para saber qué había ocurrido con aquella explosión." ¡Pum! Fueron dos las bombas, una detrás de otra, que había tirado Rupil para festejar el triunfo. Habíamos ganado por muchos votos. Se les terminaba el ^{queso,} ~~amigo,~~ amigo. Pero se quedaron con la sangre en el ojo y le echaron la culpa a Juan, que estaba en Los Nuevos. Las bombas reventaron cerca de casa, en medio de la calle, entre lo del Turco Llorón y Los Nuevos. Por eso le echaron la culpa a Juan, caraco".

El abuelo pronunciaba "caraco" por pura distracción, porque

en tantos años, acriollado como era, había aprendido casi perfectamente a pronunciar la J. Sin embargo en esta palabra, que completaba casi todos sus pensamientos, dejaba notar su antigua dificultad idiomática.

"Quién manda en esta casa, les pegué el grito, con los pantalones en la mano porque me estaba levantando. Ellos estaban, los tres, en el patio de mi casa. Violación de domicilio. A tu hijo, gringo patasucias, me dijo el más prepotente, que después saltaba en el suelo como una pelota de goma, con un plomo en la cabeza. A tu hijo, gringo comeyuyos, y la bala me silbó por la cabeza y me quemó los pelos".

El grupo de afuera, con las cabezas levantadas, vio que el abuelo se sacaba el sombrero para indicar el paso de la bala cerca de la cabeza. Pero la bala felizmente pasó, y ahora la voz de Pedro explicaba:

"Lo que pasa es que los tipos se quedaron con bronca después de saber que los radicales ganaban por cinco mil ochocientos votos. Y dijeron que mi hermano había tirado la bomba para hacerles tirar la bronca a ellos. Pero antes habían estado chupando en Los Nuevos y se vinieron con una curda bárbara y los revólveres en las manos. Cuando yo me levanté y vi las linternas, mi papá venía por atrás poniéndose los pantalones todavía. Yo oí el tiro que le hicieron, y me tiré de panza al suelo y me arrastré por los yuyos hasta cerca del pozo. El que le hizo el tiro a mi papá fue el agente Mercado, que fue después el primero en caer cuando mi hermano los hizo refusilar a balazos. La llorizna casi no se sentía, pero se veían en las linternas, y yo me di cuenta que por allí a la calle no podría salir, así que volví a arrastrarme de panza. Mi mamá y mis hermanas gritaban adentro como locas. Entonces lo agarré a éste, que lloraba en la cama, y le dije que no se levantara. "Te duermo de un sopapo si te levantás", le dije, y él siguió llorando. Mi hermano ya había salido con el Colt en la mano".

El mapa trazado en el suelo estaba ahora lleno de rayas que

señalaban el recorrido de Pedro , el itinerario del abuelo y el lugar de los policías.

"La culpa de todo - decía ahora el abuelo, aunque los chicos no lo oyesen porque preferían quizás el relato más detallado de Pedro - la tuvo el doctorcito ese que le llenó la cabeza de pajaritos. Pero no fue capaz de ir a Córdoba a visitarlo, y ahora cuando me ve se hace el loco." Sabattinó lo saca de la cárcel, pongalé la firma que Sabattinó lo saca de la cárcel". Qué va a sacar Sabattinó de la cárcel. Mi pobre hijo se está pudriendo en la cárcel y ya no hay sabatinis ni doctores que lo saquen. ¿Y qué comemos ahora, si se puede saber? ¿Me quieren decir ustedes qué comemos ahora? Después de los policías vinieron los abogados y empezaron a comerse mi casa ladrillo por ladrillo".

"Siga, don".

"Cuando sentí que la bala me había quemado los pelos me hirvió la sangre en las venas. Esa tarde, porque tenía que ser esa tarde, había desarmado la escopeta para limpiarla. Cuando entré, salía ya mi pobre hijo, con el cuerpo caliente y el Colt en la mano. Adentro, le grité, pero me contestó con un empujón. Yo tenía la ropa ^{mejorada} por la llovizna, que no se veía de tan fina, y tiritaba, no sé si de frío o de qué. Cuando él salió yo me puse a armar la escopeta, en menos que canta un gallo, la cargué y salí también. Pero ya se habían oído más de veinte balazos. Mi pobre hijo, al enfrentarse con ellos, les dijo que qué querían en mi casa y que mejor esas cosas se arreglaban en otro lado. Pero le contestaron con una lluvia de balas que pueden verse todavía, los agujeros, en la pared del frente de la casa".

Pedro proseguía en el patio:

"Cuando me hermano salió yo había sacado ya el arco y las flechas y me había escondido detrás del eucalipto grande. Mi hermano los enfrentó y les dijo "qué mierda quieren acá", y

los tipos por detrás de las linternas empezaron a tirarle tupidamente, meta bala por todas partes. Yo le metí un flechazo^a a uno, creo que en la pierna, a tiempo que mi hermano se echaba para adelante porque le habían pegado ya el primer balazo. Tiene la bala adentro todavía, y cuando cambia el tiempo le duele. Estaba muy cerca del corazón, por eso no se la sacaron. La bala le camina por dentro, y el día que le llegue al corazón queda seco en el acto. Mi hermano se echaba para adelante con el revólver en la mano, mientras yo me preparaba otra vez para romperles las linternas. Las balas volaban y silbaban en los yuyos de la quinta, y los caballos relinchaban como locos y saltaban entre los palos. En eso mi hermano se retorció otra vez, antes de caer: le habían metido otro balazo, esta vez en la pierna. La bala pegó en la hebilla del cinto, se desvió, le bandeó la pierna y quedó entre cuero y carne. Mi hermano al fin estaba en el suelo, entre la sangre y la lluvia, y apuntó a la chapa de la gorra de Mercado: ¡Crang! Y la bala perforó la chapa, la gorra y la cabeza, y Mercado cayó como un pájaro y la linterna se apagó en el acto. ¡Crang!, sonó de nuevo el revólver de mi hermano, que tiene una puntería bárbara, y el cabo Bermúdez recibió el tiro en la jeta. Mi hermano le tiró a la chapa también, que brillaba en la oscuridad, pero la bala se le desvió por la lluvia. Así y todo la bala le entró por la jeta. Saltaba en el suelo como una pelota".

Las cabezas giraron otra vez hacia el abuelo, visible apenas en su silla, rodeado de hombres y mujeres.

"Algunas balas daban en la pared y otras pasaban silbando para la quinta. El sinvergüenza de Pedro no estaba por ninguna parte para que cuidara a la madre, y los ojos del otro pobre chico en la cama daban miedo de mirarlos. Salí con la escopeta cargada y vi las linternas en el suelo. Papá, dijo mi hijo, y lo encontré en un mar de sangre. Me acerqué a los otros, cuando ya habían salido las mujeres de adentro, gritando, y los toqué

con el pie. Estaban muertos. Y yo no tenía a quién matar, amigo, porque el otro policía (eran tres) se había escapado al ver que la cosa se estaba poniendo fiera. Los caballos de don Guido querían saltar el cerco, enloquecidos por los balazos. En eso las linternas se apagaron solas en el suelo, y ahora ya no se veía nada y los vecinos venían como las moseas y las mujeres gritaban. Yo me quedé un rato con la escopeta alzada, por si alguno había quedado vivo por allí. Después oí que mi hijo me llamaba. Le di la escopeta a Pedro, que apareció entonces, y alcé a mi pobre hijo y lo llevé a la cama. Aquí, decía, y se tocaba en el agujero de la bala, y después en la pierna. La bala estaba aquí, entre cuero y carne, y se podía tocar con los dedos. El revólver quedó en el patio y alguien lo robó".

"Siga, don".

El abuelo había llevado otra vez el vaso a los labios, y después de secarse los bigotes aspirando el resto de vino que allí hubiese quedado, hizo una breve pausa.

"Eh, don, siga".

"Después vinieron otros policías y se llevaron a los muertos. El comisario habló conmigo. Me trató bien. Me dijo que lamentaba lo ocurrido y que podía quedarme esa noche en mi casa, pero que al otro día, me rogaba, fuese a la comisaría para prestar declaración. La ambulancia para llevar a mi hijo a Córdoba estaría lista más tarde, y mientras tanto, si yo deseaba un médico... pero le dije que gracias porque con mi plata podía pagarle a cualquier médico. Y el doctorcito ese llegó con la valija y después de revisar a mi hijo, que estaba inconciente, dijo que viviría. "Sabattini lo saca; pongalé la firma que Sabattini lo saca de la cárcel de un plumazo", dijo después el hijo de una gran perra. Después dijo que en Córdoba le sacarían las balas y que él hablaría con Sabattini por cualquier cosa. "Un golpe de teléfono y listo", mentía a cada rato, y mi hijo inconciente sobre la cama abría de vez en cuando la boca como para pedir agua".

"Siga".

"Ya desde ~~mucho~~ la mañana empecé a sentirle mal olor a las cosas. Y tuve que acompañarlo hasta la escuela donde votaba, porque sabía que algo iba a pasar. Los policías estaban ahí con su ruido a lata y miraban a la gente que votaba. Bermúdez tenía anteojos negros, de puro compadrón que era, y me miraba con la cabeza y los anteojos como diciéndome que sabía que mi hijo votaba por los radicales, y que si yo hubiera podido votar también votaba por los radicales. El otro no le sacaba la vista de encima a mi hijo, ni yo a él. Cuando terminó de votar, Bermúdez tuvo que decirle algo, algo tenía que decirle, le dijo que alguien había andado en el cuarto oscuro rompiendo votos demócratas y que tuviese mucho cuidado. Pero lo que pasaba es que se les estaba terminando el queso, amigo".

Juan, mientras las otras cabezas atendían a los trazos y palabras de Pedro, había vuelto la suya hacia el abuelo, pero no para oírlo, porque mientras él habló, se estaba figurando por primera vez el día aquel en el Comité, cuando el abuelo lo llevó "a comer carne con cuero". Era un patio muy grande, y en un extremo había una parrilla gigantesca, una nube de humo, olor a carne asada, y hombres con sombrero y en mangas de camisa. Cerca de allí, sobre una mesa, una verdadera montaña de empanadas y torres de cajones de vino. El y el abuelo se acercaron a la mesa y saludaron a varios y después comieron carne y tomaron vino. "Así que vos también sos radical", le dijo un hombre gordo. "Sí", respondió, y bebió un trago de la copa que el hombre le tendió. De manera que él también había sido radical durante un momento. Se sintió a gusto siendo radical, pero eso le duró poco, porque al ver cómo un radical, ya borracho, sacaba un puñal de la cintura y trazaba rayas en el suelo con la punta gritando "viva la Unión Cívica Radical", pensó que ser radical no convenía en modo alguno, y prefirió ser cualquier otra cosa. Había otro, un hombre renegrido, que de tanto en tanto

luego de tragar el asado y beber un gran sorbo de vino, decía, parándose de pronto: "viva el doctor Hipólito Yrigoyen". El lo miraba y pensaba que, siendo tan moreno, debería ser lomo negro en lugar de radical, y formar parte de aquella manifestación que él había visto, donde gritaban "no pasarán, no pasarán". El hombre comía ahora gravemente, como si con ese acto demostrase su correcta afiliación radical. Se paró otra vez, como en acción de gracias, y con aspecto solemne su boca dijo: "viva el doctor Amadeo Sabattini". Juan se acordó también de la noche aquella, cuando el médico miraba a su tío Juan sobre la cama, herido (aunque parecía dormido) y decía que Sabattini lo sacaría de la cárcel de un plumazo. Y pensaba ahora que como él no pudiese hacer nada por su tío, deseaba en cambio ardentemente que antes del amanecer llegase Sabattini de Córdoba para salvarlo. Sabattini era una de las tantas cosas que tenían que venir para remediar lo ocurrido. Era como la ambulancia, donde su tío sería transportado finalmente a Córdoba, para que le sacasen las balas. Y en un momento dado hasta pensó que esas dos cosas realmente buenas, Sabattini y la ambulancia, tendrían que venir juntas para que las cosas se solucionasen de una vez; Sabattini vendría al pueblo manejando la ambulancia. El hombre volvió a tragar, ahora con dificultad, otro bocado de carne, bebió un vaso lleno y parándose trabajosamente abrió sus labios hinchados y dijo: "Viva el Partido Demócrata; viva el doctor Aguirre Cámara". Después de esta frase no volvió a comer y quedó laxo. Miró los restos de carne, con un resto de conciencia, e inclinó la cabeza vencida, desplomándose sobre la silla. Alguien se acercó y le dio unos golpes en la cara, con la mano abierta. "Dejenlo a ese pobre muerto de hambre", decía alguien por ahí. Y lo perdió de vista enseguida porque varias voces allí cerca exclamaban "que hable, que hable". Después vio que el doctor López, el que lo había vacunado, subía posiblemente sobre una silla y que su cabeza quedaba encima de las otras. Su abuelo, que mordisqueaba en vano una costilla, le tomó la

mano y le dijo en voz baja: "Vamos a ver qué dice este estúpido".

"Correligionarios - comenzó la voz - no es sino con un gran sentido de fervor patriótico que llegó a esta tribuna popular, proa radiante de la libertad, la cultura, la justicia y el progreso, para dirigiros la palabra, precisamente en momentos en que la Patria, desde el norte hasta el sur y desde el este hasta el oeste, se prepara para uno de sus fastos inmarcesibles".

"Sempre stessa storia", dijo el abuelo, y Juan mientras tanto se deleitaba mirando el escarbadietes que el orador tenía todavía en la boca. Posiblemente el abuelo pudiera ver al orador entero. El sólo percibía la cara y parte de la corbata y las solapas.

"Para eterna e inmarcesible gloria de esta pintoresca villa serrana y veraniega, y de la Patria toda, votaremos por un hombre, oídlo bien, por un hombre que el país recordará eternamente por su entereza, su vigor, su probidad de hombre público, y por ser el heredero de las virtudes ciudadanas de aquel prócer y mártir de la patria, cuyo nombre no puede pronunciarse sin sentir que la emoción toca los dinteles del alma: el doctor Hipólito Yrigoyen".

Hipólito Yrigóyen, fuertemente acentuado, arrancó aplausos y exclamaciones jubilosas de la satisfecha concurrencia. Juan pudo ver después que los distintos oradores usaban siempre esta fórmula verbal para rematar los párrafos y producir aplausos, sólo que la pronunciaban con distintas entonaciones. El orador siguiente, por ejemplo, decía HipolitoYrigóyen, con la N final casi inaudible. El abuelo lo alzó ahora y él dejó de ver las líneas interminables de los pantalones, algunas alpargatas, rojas o negras, polvorientas, restos de huesos y de asado sobre la tierra húmeda, y vio en cambio la mitad del cuerpo del doctor López, con su escarbadietes fluctuando entre una y otra esquina de la boca, mientras proseguía diciendo:

"Y en la luz de un nuevo amanecer pletórico de gloria, como

aquel del veinticinco de mayo, tan lejano, de mil ochocientos diez, las flores tendrán otro perfume y las frutas otro sabor, porque entonces la Patria toda vibrará al unísono desde el Plata hasta el Ande, a lo ancho y a lo largo, bajo la advocación de ese padre y benefactor que fuera en vida el doctor Hipólito Yrigoyen, para demostrar a las generaciones futuras los manes de la libertad y de la democracia nadamás".

Las últimas palabras casi no se oyeron porque el Hipólito Yri goyen había puesto ya las manos y las bocas en movimiento.

El abuelo, siempre que narraba los hechos, señalaba este lugar como algo fatídico donde realmente comenzaba la tragedia, donde el pecado, enarbolado, comenzaba su destrucción. Era ése el lugar exacto de la caída, y no había que echarle la culpa ni a las bombas del tío Rupil, ni al vino que tomaron los finados, ni a las insinuaciones del doctor López. El asunto era haber ido allí, participar de ese gigantesco escenario de tierra húmeda donde todos se habían comprometido. Ya allí habían caído todos, el abuelo y su tío Juan habían sido arrastrados al lugar oscuro, habían participado del "fasto inmarcesible" enunciado por el doctor. Juan pensaría muchas veces que únicamente Pedro escapó a la corrupción, que únicamente él era algo indestructible.

"Siga, don".

El abuelo bebió otro vaso y miró hacia la cocina, donde varias mujeres, entre las que estaba la abuela y la tía Elena, preparaban empanadas. Todos parecían prepararse para comer interminablemente.

Juan y los otros seguían en cuclillas, pero ahora Pedro contaba cómo había salvado a un turista el último verano.

"Siga, don", dijo otra vez la voz, con menos entusiasmo esta vez, porque ya habían aparecido la tía Pina y Robertito con los discos.

"No hay que acordarse de cosas tristes, mi amigo", dijo el hombre que parecía ser el dueño de la casa y también padre de Roberti-

to. "A ver esos bailarines", dijo con voz de criollo, mientras daba cuerda a la victrola. Juan vio después las caderas y las piernas de su tía, rellenas, opulentas, balancearse al compás de la música, tomada de los hombros y de los brazos del gavilán aquel, que le ceñía la cintura como si su tía fuese una empanada más de las tantas que Robertito devoró esa tarde.

Y sí, ya había oído otra vez ese disco y visto llorar a la abuela por culpa de Agustín Magaldi. Era una voz dulce y gan-gosa, deformada por el aparato. Siempre, a la mitad del disco, había que darle cuerda otra vez, porque ésta, arreglada tantas veces por el tío Juan, a pedido del que había dicho "a ver esos bailarines", se había cortado varias veces, y en esas tantas su tío ^{había} tirado sin contemplaciones el pedazo cortado, destemplan-do la punta del resto en el fuego para hacerle un agujero, y vuelto a colocarla. Y había otro disco que hacía llorar a la abuela. Se llamaba "El penado 14", que cantaba la misma voz, la de Agustín Magaldi, un nombre que él conocía tan bien como el de Yrigoyen, Satuszeck o Amadeo Sabattini.

"Dios te salve m'hijo", dijo la voz de Robertito, y todos se concentraron en sus rostros para oír el tango. El se sentó al lado del abuelo, que había sacado su pipa, y la abuela había venido de la cocina para oír la maravilla aquella.

Los otros chicos se habían sentado, apoyados contra la pared, en el suelo. Pedro hojeaba una revista y todos permanecían allí mientras Robertito daba cuerda a la victrola, como dispuestos a contemplar un incendio, el paso de un tren o simplemente algo que se destruye. A él le disgustaba aquello, porque todos oían reverentes algo que el disco decía pero que no coincidía con la realidad. Eran simples alusiones a la misma, que desfiguraban todo, hasta darle por muerto a su tío, que en realidad y por fortuna estaba vivo todavía en la Cárcel Penitenciaria de Córdoba, de donde quizás Sabattini lo sacase algún día.

El disco comenzó: El pueblito estaba lleno de personas foraste-ras, y él ~~ya~~ figuró ahora sus propias experiencias de los hechos

Podía ser perfectamente cierto lo que tanto el abuelo como Pedro habían contado detalladamente, pero él no olvidaría las voces, los hechos convertidos en voces, oídas desde su cama, donde tiritaba por algo parecido al frío.

Los caudillos desplegaban lo más rudo de su acción arengando a los paisanos pa ganar las elecciones por la plata por la tumba por el voto a el facón. Era una perfecta introducción, y todos contenían el aliento por el resto, aunque ya lo supiesen de memoria. El, por su parte, no olvidaría las primeras voces de su tío Juan, dichas en respuesta a algo que no pudo oír. "Que te recontra", había dicho la voz de su tío, y del otro lado se oyó más o menos claro "la yegua de tu madre", mientras el abuelo decía algo en la pieza contigua y Pedro aparecía y le miraba a él los ojos y le decía que no se levantara. "Te duermo de un sopape si te levantás". Los disparos, afuera, se sucedían interminables, y junto a los insultos de su tío y de los policías se oyó también el "quién manda en esta casa" dicho por su abuelo, que después entró con el cuerpo de su tío Juan lleno de barro, de sangre y de lluvia, mientras los caballos relinchaban. Después la noche interminable, el doctor López, que dijo "muchacho", y las promesas para después, mientras la abuela lloraba y el retrato de Yrigoyen recibía las iracundas miradas del abuelo. Al instante que cruzaban desfilando los contrarios un paisano gritó viva y al caudillo mencionó y los otros respondieron sepultando sus puñales en el cuerpo valeroso del paisano que cayó. Esto proseguía en el disco, para el que su tío Juan estaba irremediablemente muerto, clavado por los mil puñales de los lomos negros. Evidentemente, el tango se equivocaba allí. Su tío no había dicho viva, aunque los contrarios, los lomos negros, hubiesen pasado desfilando al grito de "no pasarán, no pasarán". Hubo sólo algunas frases iracundas bajo la luz de las linternas en la noche lluviosa, algo como "qué tenés vos que tirar bombas", a lo cual su tío no respondió, porque su tío no se defendió ni dijo nada sobre las bom-

bas, y simplemente esperó el balazo aquel que lo hizo caer al suelo, y en cambio respondió luego con el Colt que había sacado del cajón de la mesa de luz. Un viejito lentamente se quitó el sombrero negro y estiró las piernas tibias del paisano que cayó lo besó con toda su alma, puso un Cristo entre sus dedos y goteando lágrimas entre dientes murmuró. "Questa terra maledetta" fue la frase que el abuelo, el presunto viejito del disco, enarboló toda esa noche tomándose la cabeza y dirigiendo miradas vidriosas al retrato de Yrigoyen. Cuando la ambulancia llegó finalmente, él estaba levantado aún. La llovizna cesaba y había charcos en la calle y la luna brillaba ahora. Y a la luz de esa luna metálica había llegado el tío Rupil, cuando ya el hombre aquel había cargado el cuerpo del tío Juan en la ambulancia y se disponía a viajar a Córdoba, sin duda para que Sabattini lo curase y le salvase la vida y lo sacase de la cárcel de un plumazo, tal como lo afirmaba el doctor López. El tío Rupil había llegado en su extraño vehículo, y, como era corto de vista, casi metió la cabeza en la cabina de la ambulancia para ver quién lo llevaría a su sobrino, que gemía adentro. "¿Vos, Barrionuevo?", dijo el tío Rupil, y se puso a hurgar en la cintura de sus pantalones. Al rato, como si los sacase desde el fondo, extrajo dos enormes revólveres cuyos caños se asentaron casi en los ojos de Barrionuevo. "Ningún lomo negro fiero como vos lleva a mi sobrino. Me dan la ambulancia". El otro se bajó ante la atenta mirada de los caños de los revólveres del tío Rupil, que todavía decía, rechinando los dientes mientras apretaba palancas y pedales y dejaba asomar, con la otra mano, el caño de uno de los revólveres en dirección a Barrionuevo y otros empleados de la Municipalidad. "¿Para que lo maten en el camino? Yo les voy a dar". Pobre m'hijo quién diría que por noble y por valiente pagaría con su vida el sostén de una opinión por no hacerme caso m'hijo se lo dije tantas veces no haga caso a los discursos del doctor ni del patrón. El y Pedro aprovecharon después, hacia el amanecer, la confusión de

vecinos y parientes para salir a buscar los cien pesos que los llevarían a Córdoba. Las voces de tanta gente habían comenzado ya a desfigurar los hechos. "Yo me estaba acostando cuando oí los tiros". "Yo oí las bombas y dije algo va a pasar". "Cuando sentí que Bermúdez insultaba, me di cuenta de todo. Yo lo conocía, podría haber hablado con él y llevarlo a la casa, pero llegué tarde. El pobrecito ya estaba muerto cuando llegué". Juan había seguido atentamente las palabras del abuelo, que maldecían al país, al pueblo y a las elecciones. No, sin duda su abuelo no era el viejito de quien hablaba el ~~humano~~ disco, el viejito que envolvía al hijo con su "poncho pampa" y lo llevaba al camposanto, donde cavaría una fosa "con ~~XMIKXKXKXKXKXKXKXKXKX~~ mi daga y con mis uñas". Alguien dio cuerda a la victrola, y el tango, cada vez más lastimero, comenzó a arrancar lágrimas a la abuela. La decidida intervención de Pedro interrumpió aquello. Cruzó la habitación y ante la sorpresa de todos paró el aparato y sacó el disco. "La hace llorar a mi mamá", dijo, y nadie respondió. Después alguien puso "Martín Pescador", se oyó "a bailar todos la ranchera", y salieron a bailar varias parejas. Ahora, con el relato del abuelo y las alusiones del disco, él suponía cabalmente que todo eso había ocurrido en realidad y que las protestas de su abuelo ya no tendrían fin. Había caído enfermo como pudo caer Yrigoyen, ya no podía trabajar, y la abuela mantenía la casa con la venta de huevos y gallinas, y el sueldo de las tías alcanzaba para girarle a los abogados. El retrato de Yrigoyen desapareció y sólo su abuelo, temible enjuiciador de todos los sucesos, había quedado en la casa como un retrato invulnerable, ante quien el mundo, lleno de corrupción y de equívocos, se desmenuzaba como un terrón.

CAPITULO XI

- ¿Satuszeck era lomo negro? - preguntó Juan.

Peter Clayton volvió el rostro y lo miró con indignación.

- Te hago volar la cabeza de un sopapo si volvés a decir eso - le dijo.

Habían salido a buscar hongos. Las lomas estaban mojadas todavía y el sol levantaba un vapor visible desde la tierra hacia las nubes.

- Y cómo era - preguntó.

- Grandote - dijo Peter Clayton sacándose la honda del cuello. Se agachó muy despacio y alzó una piedra. Con una mano abierta empujó un poco a Juan hacia atrás y le indicó que no hablara. Juan trababa de ubicar lo que Peter estaba mirando hacia adelante, a dos o tres metros, pero sólo veía pastos verdes, caracoles, palitos quebrados, piedras brillantes u opacas. Peter Clayton estiró las gomas de la honda, apuntando hacia abajo. Juan siguió la dirección de la honda y alcanzó a ver dos ojillos que brillaron un instante. Después oyó el ruido seco de la piedra, y los ojillos desaparecieron. §

Se acercaron.

- Un lagarto grande - dijo Juan.

- ¿Lagarto? Un chelco. Si te muerde estás listo. Los lagartos son verdes.

Juan miró detenidamente. En vez de los ojillos que había entrevisto antes, había como un envolverio sanguinolento

alrededor de la cabeza. Pedro lo pateó y guardó la honda.

- Vamos. Este ya no muerde más a nadie - dijo.

- ¿Vos eras amigo de él?

- ¿De Satuszeck? No. Pero me contaron. Una vez lo soñé.

- Y dónde vivía.

- En Alemania, o en Polonia. No me acuerdo. Pero vino acá y empezó a ganar todas las carreras. Yo leí la vida de él. Los corredores de acá no lo dejaban correr. Un día los agarró a trompadas a todos juntos y les ganó. Peleó solo contra Domingo Bucci(udson), Américo Marochi(estudebaker), Raúl Riganti (udson), Ernesto Blanco (reo), Luis Brosutti (mercedes benz), Angel Garabato (crisler), Mario Reibaldi (udson) y Domingo Marimón(fer). A Marimón lo conozco. Es un tuberculoso. Si yo corro le gano.

- ¿Pero vos sabés manejar bien?

- Te hago volar la cabeza de un sopapo si volvés a decir eso.

Juan se agachó para arrancar algunos hongos que había visto, pero Pedro se lo impidió estirando una pierna y atajándolo.

- Esos son venenosos - dijo. Los buenos tienen el anillito abajo.

Extendió luego los ojos como dudando y finalmente señaló unos arbustos, hacia los que corrieron.

- Hongos - dijo Pedro cuando llegaron. Había muchos. Juan llenó la bolsa.

El sol estaba altísimo en el cielo. Los hilos de vapores que ascendían desde la tierra mojada hacia el cielo, habían desaparecido. El aire parecía un inmenso vidrio ^{limpiísimo} ~~limpiísimo~~. Pedro alzó un brazo y señaló hacia lo alto de la colina inmediata.

- El tío Rupil.

El camioncito del tío Rupil reverberaba allá, la carroce-

ría llenada de una sustancia blanca.

- Bajó a la cantera; ahora vamos a subirnos al camión y después nos lleva a las casas - dijo Pedro.

Bajaron la loma corriendo y subieron la otra, donde estaba el camión.

Ahora el camión no se veía. A mitad de camino, Pedro alzó otra vez la mano.

- Un camoatí - dijo.

Se tanteó los bolsillos, hurgó un rato y finalmente sacó un fósforo.

- Vamos a comer miel - dijo.

Juan no hablaba. Sacaba la lengua. Pedro empezó a juntar ramitas y cortezas que arrancaba del tronco de los aromos. Juan se echó en el suelo, puso los brazos debajo de la cabeza, a manera de almohada, y miró largamente el inmenso cielo azul. A lo lejos cantaban las palomas. Una cigarra solitaria se dejaba oír de vez en cuando. Al rato giró la cabeza y miró a Pedro. Con las manos echaba aire al fuego incipiente, y sobre su cabeza pululaba una nube de avis-
pas.

- La leña está húmeda - gritó.

La nube comenzó a dispersarse con el humo. Juan vio que Pedro se erguía y tomaba la bola gris con las manos. Después oyó sus pasos, que eran como un trote, ~~arrumbando~~ hacia donde él estaba. Juan se había puesto en cuclillas. El trote de Pedro se convirtió luego en Pedro mismo, que arribando al lugar lo empujó haciéndolo caer de espaldas. Se sacó la blusa y cubrió su cabeza y la de él. Tenía el camoatí tomado con uno de sus brazos.

- Meté los brazos también adentro - le dijo -, si no éstas te clavan el agujón.

Se reía como loco.

- Lo tienen en el culo - dijo después dificultosamente,

con la nariz tapada.

- Sonate la nariz - dijo Juan.

Pedro se sonó allí mismo, sin destaparse, con los dedos según su costumbre.

- Cháchoⁿ - dijo Juan, y arrojó la blusa a un costado.

Al verse descubiertos alzaron la blusa y corrieron unos veinte metros. Se refugiaron detrás de unas piedras grandes. Con la blusa Pedro espantó algunas avispas morenas que habían quedado en el camoatí y revoloteaban todavía. Las pisotearon.

Chuparon todas las celdillas. Pedro guardó algunas en el bolsillo. Cuando llegaron a la cima y vieron otra vez el camión, Juan chupaba una todavía.

- Primera, marcha atrás, punto muerto, segunda - dijo Peter Clayton, moviendo el cambio de marcha.

- El Ford T de casa no tiene cambio de marcha - dijo Juan.

- Es a bigote - dijo Peter Clayton. El de Satuszeck era biplaza, de seis cilindros, con bomba eléctrica.

- Y para qué era eso - preguntó Juan.

- Vos no sabés - dijo Peter Clayton.

- ¿Y vos estabas cuando se mató?

- Yo lo vi - aseguró Pedro -. Estaba probando el coche para correr al otro día. Pista mojada. Iba despacio, regulando el motor. "Vamos a paso de tortuga", le dijo a su acompañante. Después apretó el fierro a fondo y dio siete vueltas en el aire. Se hizo pedazos. El acompañante cayó a quince metros.

Juan quedó pensativo. Pedro le dio un codazo en el estómago y le dijo:

- Oh, pero se mataron muchos con el Mercedes Benz. Le decían ~~gran~~ El Omnibus, porque era tan grandote como Satuszeck. Después se mató Fermín Martín, que iba con el hermano de

Satuszeck. El hermano de Satuszeck no servía para nada. Había una polvareda bárbara. Fermín Martín chocó contra un coche que estaba parado, y después chocaron otros diecisiete coches contra él. Se amontonaban uno encima del otro. No se salvó ni uno. Ernesto Blanco no se mató. Tenía miedo de manejar el coche de Satuszeck.

- ¿Vos sos corredor? - dijo Juan.

- Por supuesto. Pero no tengo coche. Algún día Mister Robert me regala uno y salgo a correr en el circuito de La Tablada.

- ¿La Tablada?

- Vos no sabés donde queda. Pero al coche que me regala Mister Robert hay que prepararlo. Le saco los guardabarros, la capota, le pongo inyector de nafta eléctrico, lo pinto de colorado y le escribo mi nombre a los costados. Le pongo caños flexibles de escape. Le gano a Marimón y a Ernesto Blanco, Marimón no sabe manejar.

- ¿Pero vos sabés manejar en serio? dijo Juan y cerró los ojos, inclinando la cabeza para esperar el golpe prometido en caso de repetir esa pregunta.

Peter Clayton caviló un momento. En realidad no sabía manejar.

- Llevo mucho peso - dijo señalando con la cabeza la carga de piedras calcáreas que había en la carrocería.

Volvió a cavilar y señalando una llave gritó:

- Mirá. La llave. Podemos manejar.

Accionó la llave, puso punto muerto y apretó el arranque. El motor rugió. Juan se asustó y pudo ver que Pedro también estaba asustado. Pero de la expresión de susto, su rostro pasó a una especie de alegría tremenda. Le temblaban los brazos, aferrados al volante, con la vibración del motor. Su rostro estaba encendido. Los ojos brillaban súbitos, como los del chelco que habían matado.

- Ahora pongo la primera y suelto el embrague. ¿Viste que sé manejar?

Juan no dijo nada. Miró hacia un costado y creyó ver que allá abajo asomaba la silueta del tío Rupil.

- Vamos hasta abajo y después volvemos - dijo Pedro como hablando consigo.

Levantó el pie. Juan oyó que las piedras se movían atrás. El camión comenzó a moverse. Avanzaron unos diez metros. Pedro, nervioso, frenó y volvió a poner en punto muerto. Vaciló otra vez y dijo:

- Vos te bajás.

- No quiero - dijo él decididamente.

- He dicho que te bajás - gritó. Juan vio que en sus ojos no había ahora resplandor. Era otra cosa. Pensó en el perro. El perro rabioso miraba a través de los ojos.

Juan se bajó. El resplandor volvió a los ojos de Pedro. Después el resplandor avanzó juntamente con el camión. El motor rugía más fuerte ahora. Oyó perfectamente los cambios de marcha, el cambio de ruido que Pedro solía hacer con la boca cuando jugaban a ser Peter Clayton. Después vio su cabeza, asomándose. El rostro era rojo. Los ojos no se veían. Desde abajo llegaban los gritos del tío Rupil, que corría y alzaba los brazos. Poco más allá empezaba la pendiente. El pudo ver que el camión se inclinaba para bajar. Desapareció luego, y reapareció detrás de una lomita. El y el tío Rupil corrían a través del monte, cortando camino, para acercarse al camión. El tío Rupil hablaba en dialecto, y él pudo entender Dios mío. Pensaban llegar antes al cruce. Llegaron juntos. Juan vio la cabeza de Pedro, de perfil. Pedro levantó un brazo y lo saludó. Hizo una seña como indicando que los esperaba abajo. El rostro no era rojo ahora. Contra el cielo inmenso y azul, y enmarcado en la ventanilla, se había empequeñecido y parecía amarillo. El tío Rupil se detuvo y se tocó la frente.

Juan lo vio otra vez, allá abajo, en otra de las tantas curvas, pero muy fugazmente. Ahora no levantó la mano. Su perfil era pequeñísimo. Corrieron otra vez. El tío Rupil se detuvo en otra curva. Habían cruzado el camino varias veces, sin poder anticiparse. No volvieron a ver el camión, pero oyeron los ruidos. Eran secos, lejanos. Fueron varios. Después no oyeron nada. Su tío Rupil se había tomado la cabeza. Juan vio que lloraba. El tío Rupil había puesto una pierna sobre una piedra, sobre la pierna apoyaba el codo. La cabeza estaba apoyada en la ^{palma} ~~palma~~ de la mano. ~~El tío Rupil seguía llorando.~~

El abuelo bombeó agua sobre la palangana. Con una mano la sostenía y con la otra bombeaba. Todavía había un resto de sol. El tío Rupil hablaba en voz baja con alguien a quien jamás había visto otra vez en la casa. La tía Elena y la tía Pina iban y venían y no lo miraban. El abuelo llevó la palangana a la galería y la puso sobre un banco. La tía Pina trajo una toalla limpia. El doctor López ya estaba secándose ^{con} una toalla que siempre estaba allí, colgada cerca del banco para lavarse.

- Está bien, deje no más - dijo el doctor López. Se había lavado las manos en la cocina, de modo que el agua que trajo el abuelo no fue utilizada.

Cuando tomó la valija, el abuelo lo miró intensamente. El doctor alzó una mano y le palmeó el hombro. No dijo nada.

- Sí, hijito, sí - le dijo la tía Elena, y abrió la puerta. Pedro tenía los ojos cerrados. Estaba tapado hasta el cuello. ~~SE~~ sentó al lado. Pedro entreabrió los ojos y lo miró. Después volvió a cerrarlos. Juan vio la honda sobre un banquito, a los pies de la cama. La horqueta estaba cubierta con la misma sustancia que salía de la cabeza del chelco.

Pedro quiso moverse, abrió un poco los ojos y gimió.

-¿Satuszeck? - dijo Juan mirándolo.

El rostro de Pedro no respondió enseguida. Al rato quiso sonreír.

En la ventana había desaparecido el sol. La abuela llovaba en una pieza lejana. Oyó que la tía Pina había ido al Correo a mandar telegramas.

- ¿Satuszeck? - volvió a preguntar.

- Sí - dijo la voz de Peter Clayton, y después agregó -; agua. Le dio a beber un trago.

- Colcha - dijo la voz después.

Juan no entendió.

- Colcha - dijo otra vez la voz.

Entró la tía Elena.

- Pide colcha - le dijo.

La tía Elena se acercó y dijo:

- No; no puede destaparse.

La tía Elena salió. La luz que entraba ahora era escasa. Durante unos momentos ~~esperó~~ esperó los pasos y los ruidos que hacía la abuela para encender las lámparas. Después oyó los ruidos que indicaban que estaban encendiéndolas, pero no eran de la abuela. Los sapos habían comenzado a cantar. Los sollozos lejanos de la abuela se oían a veces, y entonces el canto de los sapos parecía más fuerte. Alguien bombeaba agua afuera. Acercó más la silla a la cabecera.

- Almohada - dijo Pedro.

Juan acomodó mejor la almohada, para que la cabeza quedara más alta.

- Almohada - volvió a decir Pedro. ~~Y~~

La corrió entonces hacia atrás, y la cabeza bajó un poco. La boca de Pedro sonrió.

- ¿Satuszeck? - preguntó Juan.

- Satuszeck - respondió Pedro, con los ojos cerrados.

Después llevaron a Juan a la casa de la tía Margarita. Ya no volvió a ver a Peter Clayton. La tía Margarita le dijo que tenía que portarse bien porque iba a venir la mamá. "¿La mamá?",

~~sign~~

dijo extrañado. "Sí, tu ~~mapá~~ viene mañana, y también tu papá" dijo la tía Margarita. La noticia le hubiera gustado, pero estaba pensando en la tía Elena, que cuando él salió tenía guantes y su rostro no se movía, parecía una cosa definitiva junto al ala de su sombrero. Esa noche durmió en una cama muy grande, y al otro día se quedó allí y tomó café con leche en una mesa cubierta con un mantel azul. La tía Margarita le dijo después que a la noche podría volver a la casa de la abuela.

Esa noche vio que la casa estaba recién barrida. La abuela estaba en su cama, encerrada en su pieza, y el abuelo tomaba café. El abuelo no hablaba, y su cara parecía el retrato de Yrigoyen desaparecido. En su lugar había un retrato del tío Juan vestido de soldado. La tía Pina y la tía Elena cosían vestidos en silencio. Él durmió en la cama de la tía Elena. La tía lo desvistió y lo acostó y lo besó muchas veces. Cuando preguntó por Pedro le dijeron que se había ido al monte.

Y él también se fue, cuando los padres vinieron a buscarlo. Y después pasaron muchos años y un día el tío Juan había envejecido y fue a Buenos Aires. Y sus padres habían envejecido también, y hablaron con su tío de esto y de aquello. Y su tío no sabía quién era Peter Clayton ni Mister Robert. Pero cuando él le dijo que Peter Clayton era el nombre que Pedro usaba para jugar a ser corredor, dijo que sí, que ahora se acordaba de ese nombre. Y se acordaron de todo lo que pasó, del tiroteo y de todo aquello, pero no hablaron de Peter Clayton ni de los pájaros exóticos, que aparecían a veces en los recuerdos como un detalle accesorio. Y su tío tenía nubes blancas en los ojos, y cuando trataba de acordarse de algo ya olvidado, alzaba la cabeza y parecía que sus ojos buscaban dentro de un improbable pasado. Y costó mucho averiguar sobre la existencia de Mister Robert, pero parecía ser

don Roberto Rodriguez, un hombre que juntamente con su esposa cuidaba una casa de veraneo de unos ingleses. Pero era improbable que Pedro hubiera conocido al inglés dueño de la casa, que por otra parte no se llamaba Robert. El tío Juan sabía que Pedro hacía los mandados y limpiaba el gallinero en esa casa, a cambio de algunas monedas. Y hablaron de muchos tíos y tías, y muchos habían muerto y el tiempo había pasado. Después el tío mostró una fotografía de Pedro, y él la miró ávidamente, y vio que no se parecía a la forma de sus recuerdos. Y entonces advirtió que sus recuerdos también envejecían, y que éstos tenían casi la forma del olvido. Después el tío calló un largo rato y en eso su papá, soltando una gran bocanada de humo de la pipa dijo:

- ¿ Nunca les conté cuando yo y Contreras casi salvamos a Yrigoyen?

Juan vio que su madre destapaba ollas en la cocina, y vio también el vapor que salía de ellas, en forma de nubes. Eran nubes casi blancas, como los ojos del tío Juan.

Fin

